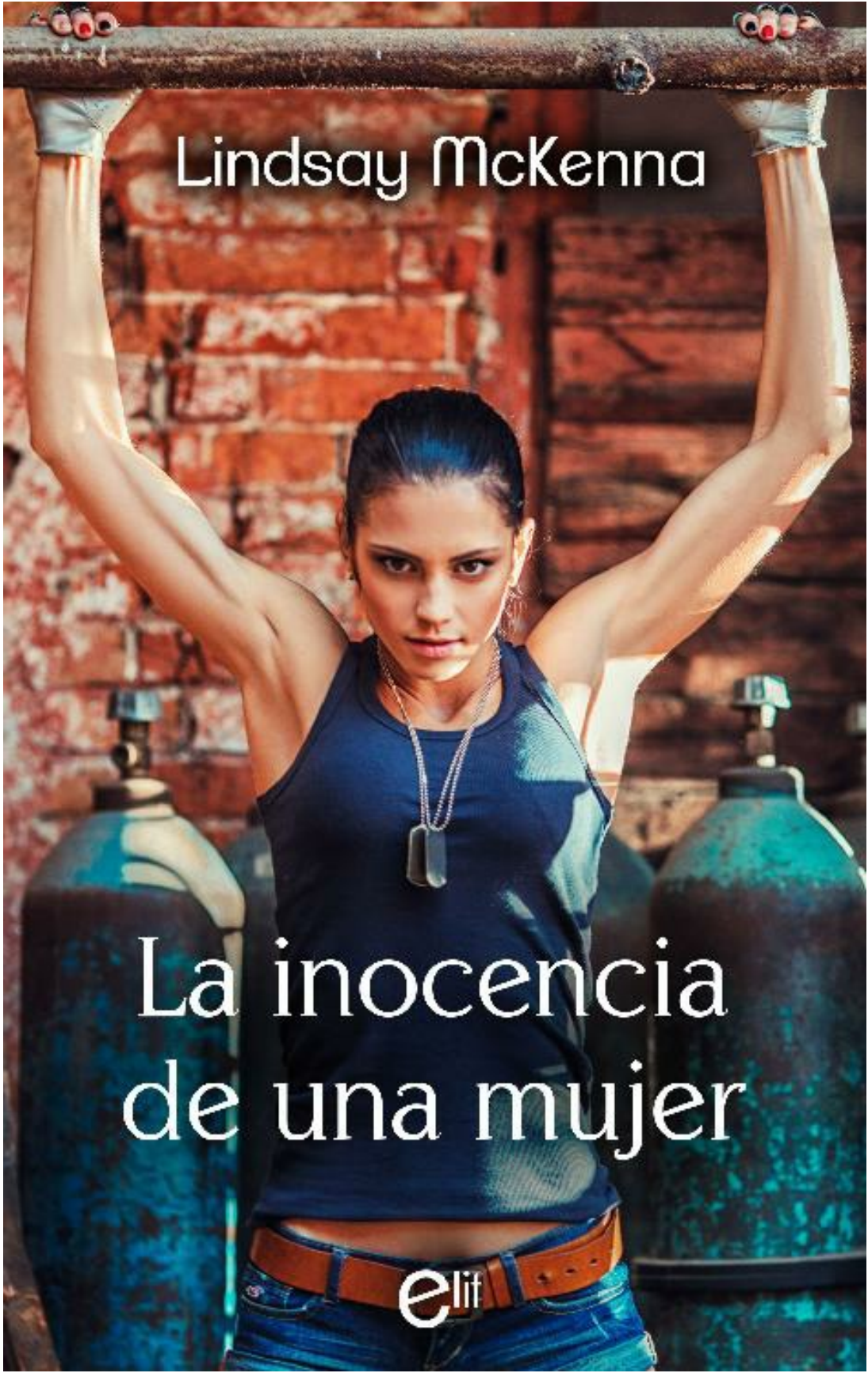




Lindsay McKenna

La inocencia
de una mujer

e^{lif}



Lindsay McKenna

La inocencia
de una mujer

elif

La inocencia de una mujer

Lindsay McKenna



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Lindsay Mckenna
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La inocencia de una mujer, n.º 174 - mayo 2018
Título original: Woman of Innocence
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-596-2

Capítulo 1

—Morgan, ¿estás despierto?

—Mmm...

Laura sonrió al mirar a su adormilado marido. Unos finos haces de luz de luna entraban en el dormitorio de la segunda planta de su cabaña. Pudo percibir el olor a pino cuando una leve brisa agitó las diáfanas cortinas blancas junto a la cama de latón. Se arrebujo contra la espalda de su marido y le acarició el pecho con movimientos circulares. Aunque una vida cómoda había añadido algunos kilos al cuerpo de Morgan, este aún se ejercitaba para mantener la complexión fuerte y atlética que había tenido de joven.

Apoyó la palma de la mano sobre el torso cubierto de vello y le dio un beso en el hombro desnudo.

—¿Estás despierto? —repitió.

Morgan se agitó. Se obligó a abrir los párpados. Al sentir la mano pequeña de Laura en el pecho, la cubrió con la suya.

—Ahora sí.

Ella rio y le dio un beso como recompensa.

—Sé que has tenido un día duro. Debí hablarte de esto antes.

A Morgan le encantaba el tacto del camisón sedoso de Laura. El modo en que fluía sobre su desnudez hacía que fuera muy consciente de sus curvas femeninas. Se puso boca arriba y la atrajo a sus brazos. Ella acomodó la cabeza rubia en su hombro. Después del secuestro, años atrás, el trauma sufrido la había hecho cambiar. Morgan no podía culparla en esas circunstancias. También él, al igual que su hijo mayor, Jason, habían cambiado durante el incidente.

—¿Qué te preocupa? —quiso saber mientras le besaba el cabello. Respiró hondo y saboreó el aroma dulce del champú de jengibre que había empleado antes para lavarse el pelo.

Laura rio un poco y se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—¿Cómo sabes que me preocupa algo?

Él esbozó una leve sonrisa. Los ojos de Laura brillaban con calidez y amor... hacia él. Le apretó el hombro con gentileza.

—¿Por qué no iba a saberlo? Llevamos casados mucho tiempo. Ya nos conocemos bastante bien, ¿no es verdad?

—Incluso a las dos de la mañana tienes sentido del humor —le dio un beso en la mandíbula y se pegó contra él.

—Solo contigo, créeme —suspiró.

Había perdido la cuenta de las veces que alguien de guardia lo había despertado en el cuartel general de Perseo para tratar sobre una misión. Le gustaba una buena noche de sueño, pero sabía que desde el secuestro, Laura había mantenido muchas de sus emociones encapsuladas y había perdido parte de su espontaneidad infantil. Con el tiempo había aprendido a interpretar cuándo interiorizaba las cosas y trataba de estimular la conversación con ella para averiguar qué sucedía dentro de su cabeza. Sabía que era una de esas noches, porque ella rara vez lo despertaba de esa

manera. Se preguntó si la preocuparía alguno de sus cuatro hijos. En especial Jason, el primogénito, que pasaba por unos momentos bastante complicados de adolescente que empezaba a madurar.

—¿Qué te preocupa? —musitó mientras le acariciaba la espalda.

—Es Jenny —Laura suspiró y cerró los ojos.

—¿Jenny? —Morgan frunció el ceño—. ¿Mi ayudante?

—Sí.

El sueño lo abandonó al preguntarse por qué Laura necesitaba hablar de la mujer que trabajaba para él en Perseo.

—¿Qué pasa con ella?

—Sabes lo bien que nos cae a los dos —comenzó Laura.

—Sí... —por lo general Laura no hablaba de trabajo con él a las dos de la mañana. De vez en cuando lo ayudaba en la contratación de gente para Perseo. Por lo demás, estaba ocupada con sus cuatro hijos y les dedicaba su vida y su tiempo a ellos, no a la empresa—. Se ha convertido en un quinto hijo para nosotros —convino.

A ninguno de los dos se le pasaba por alto que Jenny tenía muchos de los rasgos de Laura. El pelo rubio y corto y el rostro de duende travieso, la hacían parecer más uno de sus hijos que la asistente de Morgan. Había sido abandonada al nacer y entregada en adopción, y aún desconocía quiénes eran sus padres. Cuando Laura se enteró de eso, inmediatamente extendió una mano hacia la joven de veinticuatro años, y la convirtió en parte de su familia. A Morgan no le importaba. Jenny era una magnífica trabajadora, muy inteligente, y se había graduado en Bryn Mawr entre los mejores de su clase. Tenía una licenciatura en Psicología y hablaba con fluidez tres idiomas. Bajo ningún concepto era una asistente corriente. Era, literalmente, la mano derecha de Morgan en Perseo. Sabía todo lo que pasaba allí. Era una persona seria, de confianza y trabajadora.

—¿Sabes que dentro de una semana cumplirá veinticinco años?

—No, lo había olvidado —Morgan se frotó la cara—. Maldita sea..., menos mal que me lo has recordado —tenía por costumbre recordar el cumpleaños de todos sus empleados. Pero era Jenny quien le mantenía la lista actualizada, y conociéndola, sabía que nunca le diría que se aproximaba el suyo. No le gustaba llamar la atención. Era casi una sombra.

Laura asintió.

—Es un momento importante, cariño.

Los dos rieron. Con cincuenta y tantos años, Morgan había empezado a descubrir que su memoria no era lo que solía ser.

—Tengo en mente un regalo especial para ella —comentó Laura entusiasmada—. Y de eso necesito hablarte.

—De acuerdo... Lo que sea, cómpraselo. A ti te trata como a la madre que no tiene. No necesitas consultarme eso.

—No te muestres tan rápido en aceptar, Morgan —rio y lo abrazó—. El «regalo» que tengo en mente es poco usual y requiere tu aprobación.

—Tramas algo...

—Eres lento, Trayhern —volvió a reírse—. Debe de ser por la hora a la que te he despertado.

Le dio un beso en la frente. Morgan atesoraba esos momentos especiales que compartían. No tenían muchos, no con cuatro hijos y las exigencias de Perseo flotando sobre sus cabezas en todo momento.

—¿Por qué el hombre es el último en saberlo? —bromeó.

Laura le dio un beso en la mejilla y luego se sentó. La sábana cayó y quedó arrugada en torno a sus caderas. Vio el resplandor en los ojos azules de Morgan y alargó la mano para acariciarle el torso.

—Por eso los chicos nos necesitáis a vuestro lado.

—De acuerdo, me rindo —le tomó la mano y se la besó—. ¿De qué se trata? —le gustaba el modo en que el camisón de seda de color melocotón con el escote acentuado revelaba su cuerpo esbelto. Incluso después de haber tenido cuatro hijos, para él seguía siendo igual de hermosa y deseable.

—He estado pensando...

—Uy, uy, uy... ¡Ahora sí que estoy metido en un lío!

A pesar de la cantidad abrumadora de trabajo que tenía Morgan, cuando estaba con ella parecía más un niño que el serio y conservador estratega militar que era. Con ella se relajaba. Confiaba en ella y la amaba.

—Sí —susurró con tono perverso—, creo que así es.

Él suspiró y se incorporó hasta sentarse. Se apoyó contra el cabecero de latón sin soltarle la mano.

—De acuerdo, ¿qué has planeado para el cumpleaños de Jenny?

Laura perdió la sonrisa y se volvió un poco. La cara de Morgan era cuadrada y grande. Incluso a la luz de la luna, la cicatriz sobresalía, un recordatorio constante de aquel aciago día en la guerra de Vietnam.

—Sabes lo mucho que sueña con ir en una misión con un mercenario.

—Laura... —Morgan gimió.

—Escúchame hasta el final, cariño —alzó una mano.

—Son solo eso, Laura —explicó él—: sueños. Sabe que no puede ir en una misión. No está entrenada para ello —ceñudo, añadió—. Jenny es inteligente, brillante, ingeniosa y creativa, pero no es una mercenaria. No puedo permitir que ninguno de mis hombres corra riesgos con el fin de satisfacer un sueño romántico que ella tiene sobre esta profesión. Tú lo sabes.

—No exageres —le acarició la cara—. ¿Recuerdas que la semana pasada me mencionaste que tenías una misión de nivel uno en Agua Caliente, en Perú? Dijiste que necesitabas asignar a alguien para que entrevistara a las pilotos de los Apaches de la mayor Maya Stevenson, las de la misión de secreta que tendrá lugar en México. Jenny es psicóloga. ¿Quién mejor que ella para entrevistar y ayudar a seleccionar a las tres mujeres adecuadas para la misión? Una asignación de nivel uno no representa peligro. ¿Por qué no puedes destinar a Jenny al grupo y hacer que sienta que realiza algo importante? Deja que lleve las entrevistas y elija a las pilotos. Creo que si lo haces, conseguirás que pierda la visión romántica que tiene de ese mundo. Ahora mismo, de lo único de lo que habla es de formar parte de uno de tus equipos de mercenarios.

—Laura... —gimió y cerró los ojos.

—Morgan, es algo pequeño, pero que significará mucho para Jenny.

Él abrió los ojos y estudió la cara en sombras. Sabía que no podía negarle nada. Nunca había podido. Amar a Laura era toda su vida. Sus hijos eran prueba de ello, y su amor había profundizado y mejorado con los años. Era su mejor amiga. Y rara vez recurría a ese vínculo para conseguir algo, como estaba haciendo en ese momento.

Pensó en los muchos animales que Laura había rescatado en el transcurso de los años. Y si quería ser honesto, tenía que reconocer que también lo había rescatado a él. Había sido abandonado en todos los sentidos posibles, pero ella le había abierto su corazón y su vida, sin

preguntas.

No pensaba hacer que le suplicara. La respetaba demasiado para participar en ese tipo de juego. Vio que los ojos aterciopelados irradiaban amor por él. Suspiró y le apretó la mano.

—¿De acuerdo, de acuerdo! ¿Quién está disponible para ir en esta falsa misión de mercenarios? Laura soltó el aliento contenido, se adelantó y le rodeó los hombros anchos y cálidos.

—Gracias, cariño —le dio un beso rápido en la boca y añadió—: Matt Davis llega mañana de Bosnia. Ha estado en una misión de nivel cuatro, y supongo que le gustaría algo más seguro y tranquilo.

—¿Davis? —enarcó una ceja—. ¿Para hacer de canguro de Jenny? No, Laura. No es una pareja idónea. Es como querer mezclar agua y aceite.

—Él es el único disponible —se mordió el labio en un gesto reflexivo—. Es muy agradable. Y también atractivo. Y está soltero.

—¿Todo es en beneficio de Jenny?

—No empeora las cosas que no esté casado, Morgan —rio.

—No querrás hacer de casamentera otra vez, ¿verdad? —preguntó, ceñudo; sabía que tenía propensión.

—¿Yo? No. Si quieres, ve tú mismo a comprobar la base de datos. No hay nadie disponible salvo Matt. Estoy segura de que si le explicas los motivos por los que le ofreces esta misión, aceptará. Tiene un corazón blando.

—Mmm. Es mi cabeza la que está blanda si imagino que aceptará. Voy a tener que emplear mucha persuasión, Laura. Tiene treinta años y no le gustará el papel de canguro de una novata. Diablos, Jenny ni siquiera es eso —se mesó el pelo negro e hizo una mueca.

—Matt habla español. Y se trata de una misión de habla española —le recordó—. Y Jenny también conoce el idioma. No habrá problemas. Además, ella planifica todas las misiones contigo y con Mike Houston. El hecho de que no haya participado en ninguna no significa que no las conozca. Creo que si le explicas la causa a Matt, aceptará de buen grado.

—No estoy tan seguro...

—Por encima de cualquier cosa —continuó Laura—, no permitas que Jenny piense que no se trata de una misión importante. Deja que crea que contribuye de verdad..., que es la mejor persona para ese trabajo.

—No puedo dejar que Jenny piense que lo vamos a repetir, Laura. No está cualificada en maniobras militares ni entrenada para ello.

—Estoy de acuerdo —alzó la mano—. Dile que es su cumpleaños y que consideraste que podía llevar a cabo esta misión. Puedes dejar bien claro que nunca habrá otra. Creo que si Matt le permite probar lo que es una misión real, sin el peligro que conlleva, no tardará en perder la idea romántica que proyecta sobre los mercenarios y sus misiones. Quizá necesita participar en una, experimentarla, para comprender los rigores y tensiones por los que pasa nuestra gente. Podría ayudarla a ser una asistente mejor cuando planifique las misiones con Mike y contigo.

—Planteas argumentos razonables —convino Morgan—. Quizá deberíamos enviarla en una misión segura. Podría sugerirle a Matt que la dramatice un poco en su beneficio. Por lo general, las misiones de nivel uno son aburridas como mil demonios para un mercenario.

—Lo vas entendiendo, Morgan —suspiró—. Siento que esto beneficiará a todos los implicados. Jenny cumplirá su sueño. Y tú recuperarás una asistente con una comprensión más plena en la planificación de misiones.

—Matt es el único que no va a beneficiarse de este viaje —Morgan rio entre dientes.

—Mmm —murmuró Laura al acomodarse en sus brazos—. Matt es un chico grande. Creo que se adaptará a la situación. Jenny es bonita y en absoluto tonta. No tardará en descubrir que es una joven de recursos.

Morgan sonrió y la pegó a su cuerpo. Mientras ella se frotaba como una gata contra él, le susurró:

—¿Qué te parece si dejamos a un lado los negocios?

—Me gusta despertarte a las dos de la mañana, Trayhern...

Al besarse, Morgan sintió que ella sonreía. Tenía el cuerpo cálido y sensual mientras la rodeaba con los brazos.

—Sí —gruñó—, sin interrupciones...

—Ni teléfonos ni faxes...

—Ni niños que entren necesitando algo...

Laura suspiró.

—Solos nosotros dos... Aprovechémonos de la situación, ¿quieres, cariño?

—Necesito que me hagas un favor especial, Matt. Siéntate —le indicó el sillón de piel que había junto al enorme escritorio de madera de arce de su despacho en el complejo Perseo. Mientras se sentaba, Matt Davis lo observó con sus críticos ojos grises.

—¿Un favor?

La puerta del despacho de Morgan se abrió y los interrumpieron. Jenny entró con una bandeja de plata con café, leche, azúcar y unos deliciosos donuts de crema. Eran la perdición de Morgan. Por suerte, Jenny solo había puesto dos en la bandeja..., uno para cada uno de los interlocutores. Laura le había dado órdenes estrictas de que ya no podía llevar la habitual media docena.

—Pasa, Jenny —murmuró—. Puedes dejar la bandeja sobre la mesa, ahí.

Matt se frotó los ojos con gesto cansado. La pequeña asistente rubia le dedicó una sonrisa de bienvenida, igual que había hecho cuando esa mañana lo hizo pasar para la cita con Morgan. Percibió el aroma de una fragancia muy leve. «¿Quizá lilas?» Desterró ese pensamiento, molesto consigo mismo. En ese momento solo deseaba dormir una o dos semanas. No obstante, los ojos azules grandes y expresivos de la asistente atravesaron su corazón pertrechado y lo conmovieron como si careciera de defensas. Debía de medir un metro cincuenta y cinco aproximadamente, y su peso rondaría los cuarenta y cinco kilos como máximo. Tenía la complexión de un pájaro y parecía frágil. Como si pudiera romperse si alguien la miraba de mal humor o decía una palabrota en su presencia. Sin embargo, era vivaz, pura efervescencia. Un rayo de sol en su lóbrego trabajo. Quizá por eso Morgan la había contratado: aportaba luz al mundo tenebroso en el que ellos vivían. No podía culparlo. Jenny era atractiva sin ser una belleza despampanante. Los mayores atributos que tenía eran los ojos y esa sonrisa constante y dulce en una boca de labios llenos.

—Gracias, Jenny —murmuró Morgan mientras se preparaba para servir café en las delicadas tazas de porcelana—. Nosotros lo haremos.

—Claro... —ella asintió y se dio la vuelta. Al hacerlo, la punta de uno de sus delicados mocasines se enganchó con una bota gastada y sucia de Matt—. ¡Ay! —exclamó mientras trastabillaba y caía desequilibrada y agitando los brazos.

Matt la vio tropezar. Al instante se adelantó con un brazo extendido para sujetarla. No le costó ningún esfuerzo atraparla. En unos segundos tuvo su cuerpo ligero en brazos.

—¿Estás bien? —preguntó mientras la ayudaba a enderezarse. La vio ruborizarse, avergonzada.

Morgan se había incorporado del sillón que ocupaba, pero desde donde se hallaba, no habría podido ayudarla.

—¡Sí, sí..., lo siento! Lo siento mucho... —con rapidez se apartó de él y miró con pesar a Morgan—. Soy tan torpe... Estoy bien, Morgan. De verdad —alzó una mano para evitar que saliera de detrás de la mesa. La expresión que reflejaba en la cara era de auténtica preocupación. Adoraba a su jefe, que la trataba como a una igual, no como a una rubia tonta.

—¿Estás segura? —inquirió él, deteniéndose.

—Muy segura —agitada, se pasó la mano por el pelo. Lo llevaba corto—. Gracias por evitar que me abochornara por completo —le dedicó una sonrisa a Matt.

Este no pudo evitar devolverle el gesto. Era como un duendecillo. Más como el sol danzando sobre las aguas de la vida que una mujer corriente.

—No le des más importancia —musitó, alargando la mano hacia el café.

—Os dejo —dijo y salió con premura de la habitación.

Morgan tomó un donut de crema.

—¿Sabes?, estos donuts son los mejores del mundo —lo observó como haría un joyero con un diamante.

—Cómelos —bufó Matt—. Hoy no necesito azúcar.

—Mmm, yo tampoco, pero... ¿Seguro que no quieres el otro?

—Seguro —Davis sonrió y bebió el café, que tenía un aroma delicioso.

Morgan le dio un mordisco con expresión de absoluto placer en la cara.

—Es uno de los pequeños placeres de la vida —suspiró mientras disfrutaba de cada mordisco.

Davis rio entre dientes y se sentó; volvió a extender su cuerpo de un metro ochenta y cinco mientras sujetaba la taza entre las manos.

—Mejor que te lo comas tú. En nuestro trabajo no viene bien el sobrepeso.

—Yo tengo aquí unos tres kilos de más —se palmeó el estómago.

—Sí, pero tú has pasado de los cincuenta y yo tengo treinta. Hay una gran diferencia —Matt sonrió.

De buen humor, Morgan tomó el segundo donut y se sentó. Lo comió con la misma satisfacción lenta que había dedicado al primero.

—Será nuestro secreto. Laura cree que solo como uno al día.

—De acuerdo —convino Matt con el amago de una sonrisa.

Morgan se limpió las manos con la servilleta blanca de algodón que había en la bandeja, tomó un sorbo de café y rodeó otra vez su escritorio.

—Y ahora —murmuró—, tengo que pedirte un favor.

Capítulo 2

Feliz cumpleaños, Jenny —felicitó Morgan a su asistente. La miró con cariño mientras ella entraba en la sala de guerra, donde se asignaban todas las misiones. Laura permanecía a su lado con una sonrisa en la cara.

Jenny se detuvo frente a Morgan, sentado al otro lado de la enorme mesa oval. Abrió mucho los ojos al ver la tarta decorada con rosas amarillas.

—¿Una tarta? —musitó. Se llevó una mano al corazón al ver las veinticinco velas encendidas—. No teníais que hacer esto —comentó, conmovida. Con un nudo en la garganta, pidió un deseo y sopló las velas mientras los Trayhern aplaudían. A la izquierda de la tarta había una carpeta azul. La reconoció como una carpeta de misión. Encima tenía un lazo rojo y plateado. Lo que la desconcertó fue el hecho de que en la carpeta estaba escrito su nombre—. ¿Qué es? —preguntó con expectación.

—Tu regalo, Jenny —Laura sonrió con ternura—. De todos nosotros para ti. Adelante, ábrelo.

Vio la sonrisa que Morgan intercambió con Laura y la dominó la expectación.

—Pe... pero —tartamudeó, señalando la carpeta— se trata de una asignación de misión. ¿La he archivado incorrectamente? —se enorgullecía de su forma de archivar y aún no había perdido ninguna carpeta.

—Sí —musitó Morgan con su voz profunda—, exactamente. Y no, no la guardaste mal.

Con expresión confusa, Jenny introdujo los dedos debajo del lazo y lo retiró con cuidado. Con la carpeta en la mano, los miró perpleja.

—Tiene mi nombre, es un error. El mercenario que reciba esta misión debe tener su nombre en la...

—¿Por qué no la abres y lees lo que dice la asignación? Creo que gran parte de la confusión que te domina en este momento se aclarará.

Jenny se sentó, apoyó la carpeta en el regazo y la abrió. Los ojos se le desorbitaron. Se quedó boquiabierta. Miró a Morgan y a Laura y susurró:

—¿No puede ser!

—¿Por qué no? —quiso saber Morgan.

—Porque... mmm... solo soy tu asistente, Morgan... para Perseo... —observó incrédula la misión. Su nombre figuraba como comandante. Debajo había otro nombre: Matt Davis; era el segundo al mando. Leyó más y vio que era la misión de Agua Caliente, en Perú, en una instalación militar secreta conocida como Base Jaguar Negro.

Se le aceleró el corazón al continuar con la rápida inspección de la información. Se le encomendaba entrevistar a todas las candidatas voluntarias de la Base Jaguar Negro que quisieran trabajar de incógnito para Perseo en una futura misión en la frontera entre México y Estados Unidos. Tenía que entrevistar a las pilotos y luego seleccionar a las tres que considerara mejor cualificadas para la tarea. Era una misión de nivel uno, lo que significaba que no era arriesgada.

Morgan intercambió una mirada cálida con Laura. Volvió a centrar su atención en Jenny, que aún tenía la cabeza inclinada mientras repasaba el contenido de la carpeta con avidez. Tenía un rostro

muy abierto y expresivo, y a Morgan le gustó poder ver su reacción.

—Jenny, consideramos que has trabajado aquí el tiempo suficiente como para emprender una misión segura pero necesaria para Perseo —le explicó con voz de autoridad. Jenny alzó la cara para mirarlo y él vio que tenía los ojos húmedos—. Sabemos que hace mucho que sueñas con participar en una misión en vez de estar aquí sentada, procesando órdenes e informes. Creo que participar en una misión, te ayudará a entender mejor el trabajo que desempeñas aquí. Y Laura pensó que era un buen regalo de cumpleaños. ¿Tú qué dices?

Al borde de las lágrimas, Jenny luchó por contenerlas. Su mirada pasó de la expresión gentil de Morgan a las facciones sonrientes y orgullosas de Laura. Su corazón sabía que había sido Laura la instigadora de todo.

—No... no sé qué decir...

—Un «sí» bastará —rio Morgan.

—Pero... ¿cómo sabéis que estoy preparada? Quiero decir, no soy una mercenaria entrenada. Carezco de experiencia militar. Jamás he disparado una pistola... —se llevó la carpeta al pecho y la voz le desafinó por la ansiedad—. Sé que un millón de veces os he dicho que anhelaba la oportunidad de una misión..., pero también sé que no soy valiente ni tengo pasta de heroína como la gente maravillosa que empleáis. Soy un ratón, un ratón aburrido sin ningún entrenamiento militar como el de tus mercenarios, Morgan.

Laura sonrió con ternura.

—No todas las misiones requieren habilidad militar, Jenny. Eres licenciada en Psicología. Consideramos que eras la persona más cualificada para esta misión. Llevas un año con nosotros y conoces el procedimiento. Y también conoces a la mayoría de nuestros empleados y sabes el tipo de persona que buscamos —señaló la carpeta que Jenny aún aferraba contra el pecho—. La mayor Maya Stevenson ha aceptado dejar que vayáis a su base y entrevistéis a cualquier piloto de helicóptero Boeing Apache que pueda querer tomar parte en futuras misiones.

Bloqueada, con el corazón desbocado porque jamás había soñado con que le dieran una misión, dijo con voz temblorosa:

—Pero, Laura, no tengo conocimientos militares, a excepción de lo que he aprendido aquí. No sabría cómo evaluar a las voluntarias... —la miró con expresión de pánico.

Morgan carraspeó.

—Por eso te acompañará Matt Davis. Se formó en las fuerzas especiales de la Marina. Conoce a los militares y también lo que buscamos en esta misión. Podrá ayudarte con las preguntas que deberás formularle a las voluntarias, además de guiarte en tu selección. Desde luego, tú eres la jefa y él, tu ayudante. Al final, serán tu juicio y tus opiniones los que primarán.

—Santo cielo... —se sentó antes de caerse del susto. ¡Qué regalo de cumpleaños! Era uno de esos sueños tontos e idealistas que jamás había creído que se haría realidad. MoviÓ la cabeza y musitó más para sí misma—: Toda la vida he soñado con hacer algo heroico..., algo que ayudara a los demás...

—Creíamos que merecías esta oportunidad —indicó Morgan. Sonrió cuando Jenny lo miró aturdida—. ¿Vas a aceptar tu regalo de cumpleaños, para que podamos dedicarnos a cortar la tarta?

Con risa insegura, Jenny se puso de pie.

—Por supuesto. ¡Vaya! Estoy emocionada. ¡De verdad! Jamás soñé con que..., quiero decir, sí soñaba, pero nunca pensé que el sueño se haría realidad —les sonrió con timidez. Dejó la carpeta a un lado, agarró el cuchillo y tomó un plato de porcelana con filigrana dorada en el borde.

—Te has ganado la oportunidad, Jenny —aseveró Morgan—. Y, por favor, a mí puedes servirme una ración extra.

—Morgan... —advirtió Laura—, Estás tratando de reducir cintura, cariño, ¿lo recuerdas?

—¿Un poquito más grande que de costumbre? —miró con cariño la tarta—. Sabes que la de chocolate es mi favorita.

Con una breve risa, Jenny le cortó una porción grande. La depositó en el plato y dijo:

—Te la mereces por darme esta oportunidad. Os prometo que no os defraudaré..., de verdad.

Sin embargo, mientras le cortaba a Laura una porción mucho más pequeña, ya había empezado a experimentar una profunda angustia. No sabía si podría hacerlo. Jamás había participado en algo igual. No obstante, no pasaba un día sin que anhelara de todo corazón tomar parte en una misión con mercenarios.

El respeto y la admiración que sentía por las mujeres mercenarias, todas ellas procedentes de la carrera militar, era enorme. ¿Cuántas veces había deseado tener una décima parte de su seguridad y ecuanimidad? En comparación, se veía a sí misma como un ratón asustado. Y también eran inteligentes. Lo sabía porque en los ratos libres leía sus currículos: las universidades y academias militares a las que habían asistido apabullaban. La mayoría había salido de las diez mejores facultades de Estados Unidos, hecho que potenciaba su respeto y admiración. Y a diferencia de ella, esas mujeres no le tenían miedo a nada. Eran simplemente asombrosas y muchas veces deseaba tener el mismo valor y heroísmo, agallas y cerebro para llevar a buen puerto misiones difíciles.

Mientras cortaba la tarta, sintió que se derrumbaba. Sin embargo, debía parecer fuerte y dar la impresión de que podía llevar a cabo esa misión. Por encima de todo, no podía decepcionar a Morgan. Ni a Laura, que a menudo le daba palmaditas en el hombro y le decía lo mucho que se parecía a las mujeres mercenarias que pasaban por Perseo. Jenny no comprendía la comparación y se preguntaba qué veía Laura en su persona que ella misma no era capaz de ver.

Se mordió el labio inferior y alzó la vista. Morgan ya estaba devorando la porción de tarta. Laura se había sentado al lado de él y extendía una servilleta sobre su regazo.

—¿Queréis que distribuya la tarta por el resto de la oficina?

—No —Morgan movió la cabeza—. Siéntate y disfrútala con nosotros. Le pediré a Roy que lo haga. Hoy es tu día, Jenny. Además, ya no eres mi asistente. Ahora eres una mercenaria que tiene asignada una misión.

Con una sonrisa que no sentía, Jenny trató de concentrarse en comer la tarta. Tenía un nudo en el estómago y el corazón le palpitaba desacompañadamente. Las emociones que la embargaban pasaban de la euforia al terror.

En ese momento entró Roy, serio y respetuoso, y le deseó un feliz cumpleaños. Ella le respondió con una sonrisa y lo observó ir de un lado a otro repartiendo tarta entre el personal que había en las otras salas. De pronto vio a un hombre muy alto y bronceado detenerse en el umbral justo después de que Roy se hubiera marchado con una última porción para él. Reconoció a Matt Davis mientras este estudiaba la sala con sus ojos grises.

—Matt, pasa —llamó Morgan—. Llegas justo a tiempo —señaló el último plato—. Prueba la tarta de cumpleaños de Jenny. Ya era hora que te presentara de forma adecuada a tu nueva compañera.

Con un gesto de asentimiento, Matt entró en silencio y cerró la puerta a su espalda. Los ojos le quemaban. En ese momento, no quería estar ahí. Solo deseaba veinticuatro horas de sueño ininterrumpido.

—Muy bien —murmuró, y se volvió hacia la mesa larga y ovalada.

Jenny contuvo el aliento. Matt Davis. El famoso Matt Davis. Era uno de los mejores mercenarios de Morgan..., de nivel cuatro. Al observarlo, vio que sus ojos brillaban con una inteligencia aguda. Tenía un rostro ancho y ovalado de mandíbula prominente, una nariz fuerte y la boca, carnosa. Era uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida. ¡Y lo asignaban para trabajar con ella!

Hizo todo lo posible para ocultar sus impresiones y no mirarlo fijamente como una adolescente enamorada. Pero le costó, ya que ese día estaba más atractivo que nunca. Llevaba unos chinos oscuros, un polo gris carbón bajo una chaqueta de ante y botas texanas negras. El pelo, castaño oscuro y cortado al estilo militar, resaltaba sus rasgos fuertes. Atravesó la sala como un puma al acecho, irradiando una poderosa energía contenida. En ningún momento dejó de mirarla. Y a juzgar por la expresión de su boca, no le gustaba nada tener que trabajar con ella. Jenny se encogió por dentro y agarró el plato que tenía en el regazo como si fuera un bote salvavidas en un mar encrespado.

—Matt, esta es Jenny, tu jefa y compañera en la próxima misión —comentó Morgan con sonrisa afable.

Matt se detuvo frente a ella. La timidez apenas permitió a Jenny sostener su mirada. Qué pequeña era, pensó Matt. La recordaba del otro día en el despacho de Morgan, cuando había acudido a Perseo para recibir su siguiente misión. Si ni siquiera era una mercenaria... Incluso en ese momento se amilanaba ante él y tenía que luchar para mostrarse segura.

—Me alegro de verte de nuevo —dijo Matt y extendió la mano. Morgan le había advertido de que no debía permitir que Jenny supiera que no le gustaba nada esa misión.

Ella se ruborizó ante la mención de su primer encuentro. Hizo acopio del poco valor que le quedaba, alzó el mentón y se obligó a mirar esos ojos grises, enormes y centelleantes. Después de todo, Matt no quería a una cobarde por compañera. «¡Tiene una mano tan grande!», pensó cuando la suya desapareció entre los dedos de él. No obstante, aceptó el apretón firme pero cuidadoso. Su piel estaba fría y húmeda por los nervios. La de Matt, cálida y seca.

Durante un momento fugaz, Jenny vio una emoción desconocida brillar en esos ojos que la evaluaban. ¿Desdén? ¿Querría fruncir los labios por tener que trabajar con alguien que ni siquiera era mercenaria ni tenía entrenamiento militar?, ¿alguien que solo era una secretaria que cumplía un sueño romántico?

Con ansiedad, indagó en los ojos de Matt en busca de alguna señal que indicara sus verdaderos sentimientos hacia ella y la misión. No vio nada, salvo lo que había creído percibir unos momentos atrás. Mientras le estrechaba la mano, el plato con la tarta se le deslizó del regazo.

—¡Ay! —exclamó. Se incorporó de un salto y le soltó la mano. Al levantarse, calculó mal el espacio de que disponía y se golpeó la cadera contra la mesa, desequilibrándose. Unas manos fuertes y cálidas la sujetaron por los hombros, la alzaron en el aire y volvieron a depositarla en el suelo. Tragó saliva y lo miró abochornada—. Gracias —susurró, otra vez humillada en su presencia.

Cuando Matt la soltó, se agachó para recoger la tarta de la alfombra clara y devolverla al plato. La piel le hormigueaba allí donde sus dedos ásperos la habían tocado. Sintió una oleada de calor y experimentó un cierto mareo después del contacto inesperado. Matt la había levantado como si fuera una pluma.

Laura rodeó la mesa para ayudarla a recoger las últimas migas.

—Qué mala suerte, Jenny —le susurró con gentileza—. Está bien. Deja que te ayude.

—Lo siento mucho —se disculpó casi sin voz—. Soy tan torpe...

—No te preocupes —rio Laura.

Matt rodeó a las dos mujeres y se dirigió al aparador, donde había una cafetera. Eligió una de las tazas blancas, grandes y sencillas, en vez de las de porcelana pintada a mano. Miró a Morgan de reojo y vio que su jefe sonreía un poco. Era una orden no verbal para que no dijera nada, y para que fuera amable y paciente con Jenny.

Después de servirse el café, con la taza en la mano observó a las dos mujeres limpiar la alfombra. Jenny era pequeña como un pájaro de huesos frágiles. Al ponerse de pie le temblaron un poco las manos. Se llevó los dedos a la mejilla encendida y, sin darse cuenta, se manchó con azúcar glasé. Le recordaba a un conejo..., una criatura sin defensas y completamente vulnerable. Pero se tuvo que recordar de que ninguna mujer estaba indefensa. Había aprendido esa lección de la forma más dura.

Jenny abandonó la sala en dirección a los aseos, donde humedeció unas toallitas de papel. Matt era tan alto, fuerte y silencioso... Podía sentir cómo vigilaba todos sus movimientos. Se preguntó por qué habría deseado esa misión. Se había avergonzado delante de todo el mundo, cuando con desesperación necesitaba creer que estaba al mando de su vida y era una mujer segura. Había dado la impresión de ser la mujer torpe que había sido toda la vida.

Al regresar a la sala, vio que Laura se había vuelto a sentar junto a Morgan. Cuando entró, ella le sonrió con expresión maternal y eso hizo que se sintiera mejor, pero no mucho. Morgan le lanzó una mirada que decía: «Relájate». Matt la contemplaba como si fuera una extraterrestre que acabara de llegar de otro planeta. Bajo su escrutinio analítico se sintió como un espécimen que iba a ser analizado. En su interior debía estar riéndose de ella.

Se arrodilló y comenzó a frotar el azúcar glasé de la alfombra. Para su sorpresa, vio unas piernas enfundadas en chinos ponerse en cuclillas muy cerca de ella... Matt.

—Aquí te has dejado un poco.

La voz profunda vibró a través de su cuerpo cuando ella se apoyó sobre los talones para mirarlo. Se vio reflejada en unos ojos grises que de pronto la hicieron sentir maravillosa. Cuando él empleó el dedo pulgar para quitarle un poco de azúcar de la mejilla izquierda, contuvo el aliento, ya que no esperaba esa clase de intimidad o preocupación de parte de Matt. En las comisuras de sus labios acechaba una sonrisa tierna.

Las tres veces que él se había acercado a su escritorio para recoger detalles de misiones, la había tratado con frialdad, sin sonreír. Desde luego, no la había reconocido como una persona de carne y hueso. Y el otro día ella prácticamente había aterrizado sobre su regazo.

Sin embargo, en ese momento parecía diferente. Vio diversión y calidez en sus ojos mientras apartaba el dedo manchado de azúcar.

—No creo que necesites este azúcar glasé para estar hermosa —le ofreció una leve sonrisa al ver lo mortificada que estaba. Se había puesto más colorada que si hubiera tomado el sol sin protección. Los ojos azules, luminosos y enormes, reflejaban miedo, humillación y bochorno por el gesto que acababa de hacer. Se preguntó de dónde habían salido sus palabras. No era dado a hacerles cumplidos a las mujeres. Se lamió el dedo pulgar para eliminar el azúcar. Luego sonrió un poco para tratar de aliviar la vergüenza que sentía Jenny—. ¿Lo ves? Ha desaparecido. Tampoco sabe mal.

Se puso de pie y le ofreció una mano. Jenny la contempló inexpresivamente. Parecía paralizada por aquel gesto galante. Cuando levantó el mentón y lo miró, Matt volvió a quedar asombrado por la confianza infantil que emanaba de ella, a pesar de ser ya una mujer de veinticinco años. Y

siempre se había conducido con severa eficiencia como asistente de Morgan. Ese día veía un lado completamente nuevo de ella.

—No muerdo —dijo.

Jenny hizo una mueca. Alargó la mano con suma facilidad y él la ayudó a ponerse de pie. Al instante retiró la mano y, con las toallas húmedas estrujadas entre los dedos, se dirigió a todos con un susurro inseguro:

—Disculpadme. Voy a tirar esto y a lavarme las manos... Enseguida vuelvo.

Matt enarcó las cejas cuando la puerta se cerró. Miró a Morgan con expresión curiosa.

—¿Estás seguro de que quieres que dirija esta misión?

—Sí, Matt. Siéntate y toma un poco de tarta. Jenny se siente alterada, eso es todo. Se tranquilizará si le das algo de espacio.

Laura carraspeó y consiguió la atención de Matt.

—Sé amable con ella, Matt. Es una persona maravillosa, abierta y servicial. Creo que si eres capaz de guiarla con suavidad, desempeñará muy bien esta misión de selección.

—Supongo que será como cuidar de una hermana pequeña —se sirvió el último trozo de tarta—, aunque no tengo hermanas... Es torpe. Y se altera con demasiada facilidad.

—Sé que no es la clase de misión que querías —Laura frunció el ceño—, pero eras el único mercenario disponible. Jenny es un libro abierto. Se puede herir sus sentimientos con facilidad, y es muy sensible. Lee el lenguaje corporal como una profesional.

—Estupendo —musitó mientras se llevaba un trozo de tarta a la boca. No solo iba a tener que cuidar lo que le decía, sino que también debería controlar sus reacciones.

—Esta misión carece de peligro —apuntó Morgan—. Puedes considerarla como unas minivacaciones en Perú. Disfruta del país y de su gente. Tienes que estar ahí para Jenny, para apoyarla y darle a entender que puede llevar adelante la misión.

—Bueno —dijo Matt mientras comía otro bocado—, al menos no se parece al tiburón de mi ex mujer —hizo una mueca.

Capítulo 3

Matt trató de olvidarse de Jenny, que se contoneaba como un cachorro feliz en la sección de primera clase del avión de Condor Airlines en el que volaban. Habían tomado un vuelo local de Montana a Seattle, Washington, y allí habían subido al vuelo internacional a Lima. Jenny le recordaba a una bebida espumosa. Como si percibiera que no tenía ganas de hablar, ella se esforzaba en no darle conversación muy a menudo. A cambio, centraba su atención en el ordenador portátil, en el que introducía preguntas para las entrevistas.

Matt fingía tener sueño y mantenía los ojos cerrados, los brazos cruzados y las piernas estiradas. Aun cuando había una amplia separación entre los asientos de piel de color tabaco, podía sentir el nerviosismo de ella. Quizá se mostraba demasiado duro. Jenny estaba en constante movimiento, tal vez era más parecida a una mariposa que a un cachorro. Mentalmente, se burló de su instinto protector. En el aeropuerto ella se había aferrado al maletín negro de piel como si alguien fuera a robárselo. Matt había intentado tranquilizarla recordándole que era una misión de nivel uno, que no surgiría ningún enemigo de la nada para arrebatárselo. Ella lo había mirado con expresión de no creer una palabra.

Había sonreído para sus adentros. Jenny se hallaba en constante alerta mientras pasaban de una instalación a otra del aeropuerto y estudiaba a la gente que la rodeaba como si alguno pudiera ser «el enemigo». Matt no había tenido corazón para decirle que los espías no funcionaban de esa manera. Su fantasía era que se hallaban en una misión peligrosa y secreta. No obstante, él no podía desterrar la calidez que invadía con obstinación su corazón cada vez que pensaba en ella y en su torpeza o en su risa entrecortada. Sus ojos azules brillaban con tanta vida... Se preguntó cómo alguien como ella, con veinticinco años, había escapado de los golpes duros de la vida.

Se comportaba como si el mundo fuera un lugar maravilloso en el que estar y vivir. No lo era, desde luego. Nunca lo había sido ni lo sería.

—¿Matt? ¿Estás dormido?

Contuvo una risita al sentir la tímida mano de Jenny en el brazo. Abrió un ojo y la miró.

—Ya no —repuso.

—Yo, mmm..., bueno, pensaba que me gustaría que discutiéramos las futuras entrevistas con los pilotos de los helicópteros Apache —la miraba como si fuera un bicho al que hubiera que quitarse de encima. Tragó saliva, hizo acopio de valor y señaló la bandeja del asiento donde estaba su ordenador portátil—. No soy militar —indicó en voz muy baja para que nadie los oyera. No se sabía quién podía ir sentado delante, al lado o detrás de ellos. Se inclinó hacia Matt cuando este abrió los dos ojos y descruzó los brazos—. Siento..., bueno, me siento incómoda por dirigir esta misión, Matt. Sé que no soy militar y, sin embargo, Morgan quiere que entreviste a los pilotos militares de la base —frunció el ceño—. En estas dos últimas horas he preparado algunas de las preguntas que podemos formularles. Necesito tu experiencia. Me siento nerviosa y no quiero estropearlo —soltó una risa breve e insegura—. Y créeme, puedo estropearlo todo. ¿Podrías echarle un vistazo a las preguntas?

Agarró una hoja con preguntas escritas a mano y la agitó a la altura de sus ojos. Vio que Matt

fruncía el ceño, se erguía y se frotaba la cara con fuerza. Jenny se encogió por dentro. Sabía que él estaba cansado, pero cinco horas más tarde aterrizarían en Lima y no quería formular allí las preguntas para las entrevistas.

Matt trató de no sonreír y vio que ella se había quitado los prácticos zapatos marrones. Para el vuelo se había vestido con un traje de seda de color púrpura que iba de maravilla con sus ojos y su pelo. En ese momento vio que llevaba unos calcetines también de color púrpura. Había tenido intención de decirle lo bonita que estaba, en particular con los pendientes de oro y amatista y el collar a juego, que tenía un colgante de amatista en forma de lágrima. Conseguía parecer profesional y femenina al mismo tiempo.

—Veamos lo que has pensado —musitó.

El auxiliar de vuelo les preguntó si querían beber algo. Los dos respondieron que no.

Jenny permaneció mordiéndose el labio inferior, con la vista clavada en el rostro duro e inescrutable de Matt. Tenía una boca hermosamente perfilada. Suspiró para sus adentros y trató de contener el nerviosismo que sentía mientras él repasaba sus preguntas. Apenas lo conseguía.

—¿Y bien? —aventuró con temor apenas oculto—. Seguro que son terribles, ya que jamás he formado parte del ejército...

Matt la miró y vio preocupación y ansiedad en su rostro ovalado. Tanta angustia en alguien de su edad..., ¿qué la había condicionado a responder de esa manera? Hasta el modo en que se erguía, tan recta y rígida, como si esperara un golpe, lo desconcertaba.

—No... Las preguntas son buenas. Perceptivas —señaló el papel con el dedo índice—. Me gusta el hecho de que formules preguntas en un plano humano, en vez de exclusivamente militar.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿De verdad? ¿Quieres decir que te gustan? ¿No son terribles?

Él dejó las hojas en el regazo y le dedicó toda su atención.

—Jenny, necesito saber un poco sobre ti. Tu pasado. Eso me guiará a la hora de ayudarte a formular las preguntas para la base.

La sinceridad en la voz de Matt la conmovió y reconfortó al mismo tiempo. Jamás había esperado que sus preguntas estuvieran a la altura de las entrevistas, y menos que recibieran la aprobación de Matt Davis.

Lo miró con incredulidad.

—¿Quieres... saber de mí?

—¿Por qué no? —se encogió de hombros—. Eres mi compañera de misión.

—Comprendo...

—¿Sabes?, a pesar de toda tu afabilidad y disposición a ayudar, eres un libro cerrado.

Jenny bajó la vista a los papeles que sostenía.

—Me temo que no he llevado una vida muy emocionante... y no quiero aburrirte contándotela.

Matt se contuvo para no alargar la mano y acariciarle el pelo. Jenny no llevaba maquillaje y el modo en que el pelo corto le enmarcaba la cara le daba un aspecto de duendecillo. Parecía muy joven. Sin embargo, en sus ojos había dolor y eso despertó su curiosidad.

—Entonces ¿prefieres jugar a las veinte preguntas?

—No, no es necesario —ella logró esbozar una sonrisa débil—. Te la contaré. Pero te advierto que te pondrás a roncar igual que hacías cinco minutos antes de que te despertara.

—¿Roncaba? —enarcó las cejas.

—Nada sonoro —rió con timidez—. Tenías la cabeza hacia atrás, eso es todo. La lengua de una persona se relaja cuando duerme, y estoy segura de que la tuya se hallaba contra la tráquea y por

eso roncabas.

—Eres una fuente de información, ¿verdad? —la miró con renovado respeto.

Ella se llevó las manos a las mejillas, encendidas bajo la implacable inspección de Matt, y sintió que el corazón le palpitaba de manera desacompasada. ¿Sabría él que era capaz de encantar a la serpiente más peligrosa con esos ojos? Anhelaba ahogarse en su mirada cálida. Cuando sonreía, esa máscara dura se desprendía y eso permitía ver al verdadero Matt Davis.

—Una de mis madres adoptivas siempre decía que yo era una persona con muchas aptitudes que no se especializaba en ninguna —comenzó en respuesta a su pregunta—. Supongo que sé lo suficiente sobre muchos temas como para ser peligrosa —agitó la mano con gesto nervioso y añadió—: Me cuesta ceñirme a una cosa y llegar hasta el final. Soy piscis. Tengo la luna en Géminis con ascendente Libra. Estoy llena de aire y agua, dos elementos que no se mezclan muy bien, de modo que siempre me encuentro en conflicto conmigo misma. Por lo menos, eso es lo que ella decía.

«¿Madre adoptiva?» Matt frunció el ceño al verla tan nerviosa. Percibió la preocupación en sus ojos y el modo en que su boca se tensaba.

—No sé mucho de astrología —reconoció.

—¡Tú eres escorpio! —soltó antes de poder contenerse. Se llevó una mano a la boca y lo miró con los ojos muy abiertos mientras él ladeaba la cabeza y la observaba en silencio.

—¿Has sacado mi fecha de nacimiento de mi historial? —ella asintió con un nudo en el estómago—. Comprendo.

—No te preocupes —musitó—. La información no irá a ninguna parte. Sé que a los escorpio les gusta su privacidad. Y tampoco les agradan las personas que hablan de ellos con otros. Son muy, muy intensos. Muy centrados. Por eso se te da tan bien ser mercenario. Eres un guerrero natural. Sabes cómo evaluar a la gente. Tus juicios rara vez se equivocan.

—Estoy impresionado. Casi haces que parezca un buen tipo —vio que ella se movía incómoda en su asiento—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Cómo fue tu infancia? ¿Dónde naciste?

Jenny sintió un nudo en el estómago. Sabía que Matt provenía de una familia de mucho prestigio y dinero. Había asistido a la Academia Naval y era de los mejores de su promoción. Había sido condecorado en la Guerra del Golfo. Había sido el jefe de su equipo en las fuerzas especiales hasta que lo dejó para irse a trabajar a Perseo. También sabía que sus padres llevaban casados más de treinta años; no había duda de que los Davis eran una familia feliz. Tenía una hermana mayor, licenciada cum laude en Medicina por la Universidad de Princeton.

—Nací en Medford, Oregon —repuso Jenny con timidez.

—Oregon es un sitio bonito. A menudo he ido a pescar truchas a las Cascade Mountains —de algún modo anhelaba aliviar la tensión alrededor de esa boca preciosa y desterrar el temor de sus ojos—. ¿Alguna vez has ido a pescar al lago Klamath?

Ella movió la cabeza y miró por la ventanilla. El cielo era de un azul brillante, con algunas nubes altas.

—Mmm, no...

—Así que no te gusta pescar —bromeó.

Ella se negó a mirarlo. Tenía las manos cerradas con fuerza sobre el regazo.

—No... no me gusta hacerle daño a nada —musitó—. Me duele incluso pensar en atravesar a una indefensa lombriz con un anzuelo. No tiene modo de protegerse de nosotros..., de lo que podríamos hacerle. Los humanos somos mucho más fuertes y, a veces, brutales...

Matt frunció el ceño. La voz de Jenny irradiaba mucho dolor. Había palidecido y estaba sentada

muy quieta. Dándose cuenta de que entraba en un terreno muy delicado de su vida personal, aventuró:

—No me hagas caso. A veces soy como un elefante en una cacharrería. No sé cuándo dejar de hacer preguntas. Mi ex mujer te confirmará mi asombrosa destreza en ese sentido.

Ella giró la cabeza y sostuvo su mirada. Una vez más, lo veía sin la máscara que lo protegía. En ese momento parecía inseguro de sí mismo. Jamás habría creído que algo pudiera sacudir al heroico Matt Davis. Y menos algo que ella hubiera dicho. Una persona tan corriente que nunca había logrado nada de mérito en la vida, salvo ser la estúpida asistente de Morgan Trayhern. Y licenciarse en Psicología. También estaba orgullosa de eso. Pero no era lo mismo que salvar vidas, como hacía Matt.

—Mi vida —comenzó ella en voz baja— no es nada de lo que se pueda escribir —se encogió de hombros, abrió las manos y continuó—: Me separaron de mi madre, que era adicta al crack, al nacer. Murió cuando yo tenía un año. En realidad, no recuerdo nada de ella... Me pusieron bajo la custodia del estado, y durante los siguientes dieciocho años pasé por cinco hogares adoptivos —vio simpatía reflejada en los ojos de él. Animada al comprobar que no iba a burlarse, añadió—: Supongo que quizá por eso me incliné por estudiar Psicología..., para tratar de entenderme. En el jardín de infancia era hiperactiva, me resultaba imposible permanecer quieta. Perturbaba la clase. Decían que era porque mi madre había sido drogadicta, pero yo jamás he tocado las drogas... Nunca. Después de dejar mi último hogar adoptivo, fui a Bryn Mawr y trabajé para pagarme los estudios. Tenía que hacer algo para demostrarme que no era un ser humano completamente inútil.

Se tocó la cabeza.

—Aún sufro de DDA, desorden de déficit de atención. De niña intentaron drogarme hasta la coronilla en un afán por calmarme. Simplemente, tengo una manera distinta de trabajar y pensar que la de la mayoría de la gente. Pensé que hacerme psicóloga me ayudaría..., tratar de descubrir quién soy... o qué podría ser... Bueno, sé que soy una persona muy asustadiza. Me asusto enseguida si veo una araña... o una serpiente —hizo una mueca—. Doy un bote en la silla si veo un ratón. Soy muy cobarde. Después de todo, soy más grande que todos esos bichos —suspiró con tristeza.

—Hay mucha gente que procede de hogares rotos —indicó Matt—. Y sigue adelante hasta llegar a convertirse en alguien en la vida. No es nada de lo que debas avergonzarte, Jenny. Tú no fuiste drogadicta, esa fue tu madre. Tú no tienes ninguna culpa —sin pensar, alzó la mano y le acarició con suavidad los hombros pequeños y encorvados.

El contacto de Matt fue mágico. Mientras aquellos dedos fuertes se movían por sus hombros tensos, Jenny cerró los ojos. Sintió el calor de la mano, la fuerza y, al mismo tiempo, la ternura del contacto. Asombrada de que un hombre tan grande pudiera ser tan delicado, exhaló un suspiro. Abrió los ojos en el momento en que la mano de él se apartaba y logró esbozar una débil sonrisa.

—Eres muy amable. Gracias. Sé que no tienes por qué serlo. Eres un héroe y no tienes por qué soportar a gente insignificante como yo —evitó la mirada de Matt—. Estoy segura de que no querías esta misión conmigo. No, nadie lo ha dicho... —alzó las manos—. Probablemente lo haces porque Morgan te lo pidió. Sé que a veces presiona a un mercenario para que trabaje en equipo con alguien con quien jamás ha colaborado.

—¡Vaya! —murmuró él—. Relájate, ¿quieres?

—Lo sé... Habló a cien por minuto. Es esa luna en Géminis que tengo, que me impulsa a no parar. Las personas como yo no sabemos cuándo callarnos.

—Me interesa lo que dices, pero vas a velocidad de Mach 3 y no consigo introducir ninguna pregunta.

—Es justo —ella rio—. De acuerdo, me callaré y tú puedes preguntar lo que quieras.

Él bajó la vista y estudió con más detenimiento el cuestionario.

—Para alguien que sufre de DDA, has hecho un trabajo disciplinado y reflexivo con estas preguntas. Jamás pensaría que tienes problemas de atención.

Jenny emitió un gemido de frustración y frunció la nariz.

—Tenía mucho miedo de que Morgan no me contratara cuando lo informé del DDA. La gente como yo, a menudo lo estropea todo, Matt —señaló con nerviosismo las notas que él sostenía—. Mi mente trabaja de manera diferente. Veo cosas, letras y palabras, de modo distinto que la mayoría. He tenido que volver a entrenarme y a enseñarme a pensar y hacer las cosas a vuestra manera, no a la mía —logró esbozar una sonrisa triunfal—. Fue duro, pero realmente quería lograrlo... Encajar, ¿sabes?

—¿Sobresaliste en el colegio? —Matt vio la angustia instantánea en los ojos de ella. Evitó su mirada y volvió a cerrar las manos sobre el regazo. Empezaba a descubrir que cuando tocaba un punto doloroso, Jenny adoptaba esa postura encogida de forma natural.

—Fue terrible... —reconoció en voz baja y trémula—. Me pusieron en una clase para niños atrasados. Me llamaban estúpida, idiota. Se volvió tan reiterativo que terminé por esconderme —se tocó el pelo con gesto nervioso—. No era bonita. Era muy flaca comparada con otras chicas... y ningún chico quería acercarse a mí. Me llamaban «la gata miedosa» —suspiró y se obligó a mirarlo. El rostro de Matt estaba encendido por la furia. Al principio pensó que estaba enfadado con ella, pero cuando de forma inesperada le tomó la mano, supo que no era así.

—Los niños pueden ser brutales —gruñó.

Matt no quería soltarle la mano. Al ver que la expresión de Jenny se tornaba tierna, con suavidad le apretó los dedos húmedos y fríos. Todos sus instintos de protección salieron a la superficie. Con los fragmentos de información que le transmitía, podía comprender por qué resultaba dolorosamente nerviosa y escurridiza. El DDA la volvía una mujer inquieta que no podía permanecer en un sitio durante mucho tiempo. Y él lo había confundido con torpeza... Jamás se le había pasado por la cabeza que pudiera sufrir DDA. Volvió a apretarle los dedos y se obligó a soltarla.

—Quiero que me escuches, Jenny.

—Claro —se quedó quieta, con los dedos que le hormigueaban sobre el regazo. ¡Cómo disfrutaba de aquel contacto! Ni en un millón de años habría imaginado que Matt Davis tuviera un lado tan tierno. Se sentía como una flor que se abría bajo el calor de su interés y preocupación. La invadió tanto gozo que se quedó sin aliento. Intentó mantenerse quieta bajo su escrutinio y esperó que hablara.

—¿Sabes? Me gusta como eres. Saber por todo lo que has pasado hace que te respete aún más —indicó los papeles—. Estas preguntas son excelentes. Van al fondo de la cuestión. No podrías formular preguntas tan perceptivas si no fueras inteligente y muy buena conocedora de la condición humana. Como mercenario, me afano por mantener cualidades similares porque eso nos ayuda a seguir vivos en el campo de batalla. Tienes lo que hay que tener, Jenny. Se ve aquí —volvió a señalar los papeles—. Eres muy buena en tu campo. Y no me molesta que seas inquieta y que hables a toda velocidad. Me gusta oír lo que piensas, lo que hay en ese cerebro tuyo y la forma en que percibes el mundo —vio cómo ella abría mucho los ojos y se ruborizaba hasta la raíz del pelo.

»Y en cuanto a eso de ser una gata asustada, deja que sea sincero contigo. Yo estoy asustado todo el tiempo. Lo único que es diferente entre nosotros, es que yo no me excedo en mis

reacciones en todo momento —sonrió—. Donde vamos habrá un montón de bichos y arañas, porque es la selva. Pero apuesto que sabrás aprovechar la situación para trabajar en tus miedos y seguir pensando, a pesar de lo que puedas sentir. Tengo fe en ti, Jenny. Creo que Morgan eligió a la persona perfecta para la misión. Yo no habría sido capaz de formular las preguntas que tú has ideado. No soy psicólogo. Es evidente que tú conoces a la gente, sabes cómo llegar hasta su núcleo.

Jenny lo observó con un nudo en la garganta. Estaba conmovida. Al final logró decir:

—Yo... jamás había oído a nadie ofrecerme tantos cumplidos seguidos. ¿De verdad piensas todo lo que has dicho? ¿No lo has dicho porque sientes pena por mí?

Matt se olvidó de todo y le acarició la mejilla con el dedo pulgar. Al ver la expresión suave de sus ojos, supo que el contacto surtía un efecto positivo y mágico en Jenny. Era imposible no tocarla. Y hacía mucho que no deseaba tocar a una mujer tal como la estaba tocando a ella. Quizá la vulnerabilidad de Jenny sacaba a la luz su propio lado vulnerable, que con tanto cuidado había ocultado al mundo.

—A medida que me conozcas mejor, Jenny, descubrirás que no soy la persona más diplomática del mundo. Soy sincero, hasta el punto de que se puede considerar como un defecto. Y a veces... —hizo una mueca—, a veces esa sinceridad descarnada hace daño sin que sea esa mi intención.

—La sinceridad es buena. La verdad jamás pasa de moda —apartó la vista—. ¿De verdad crees que encajo en esta misión? Me ha producido mucha angustia. Me preocupa que creas que no soy capaz de cumplir con mi cometido. Y que tengas que cuidar de mí porque Morgan te presionó.

Matt rio con suavidad y alzó la vista al techo.

—Te gusta preocuparte, Jenny. No hay duda al respecto —al ver la mueca de ella, añadió con gentileza—: Puedo sobrellevar tus preocupaciones. Lo que tú tienes que hacer es desterrar todo lo demás. Nada es verdad. Me alegra participar en la misión. Y sí, Morgan me presionó... un poco. Y no, no creía que tuvieras lo que hacía falta hasta que conseguí más información sobre ti. Si ahora lo sumo todo, me siento muy seguro acerca de la misión y de ti. Morgan tenía razón: necesitas tener el mando. Yo estaré a tu lado para apoyarte cuando solicites mi ayuda. Con franqueza, creo que vas a realizar un magnífico trabajo. Creo que serás capaz de elegir a las tres voluntarias adecuadas para esas misiones.

Jenny escuchaba asombrada. La sinceridad en la voz de Matt y ese increíble calor que irradiaban sus ojos la llenaron de una felicidad que nunca antes había experimentado. Matt creía en ella. Y en el fondo de su corazón, Jenny sabía que no mentía. Su autoestima recibió un gran empujón. Por primera vez sentía que podía lograrlo.

Dejándose llevar por un impulso, alzó la mano y la pasó por la mejilla áspera de Matt. Vio que él entrecerraba los ojos al sentir la caricia suave. El corazón de Jenny se desbocó al reconocer la expresión; era la mirada de un cazador al acecho de su presa: ella. No supo qué pensar o decir. Nunca había visto a un hombre mirarla de esa manera..., con deseo abierto y manifiesto.

Un calor se agitó en su interior, y eso también la sorprendió. Todo su cuerpo respondía a la mirada abrasadora de Matt. No sabía qué estaba sucediendo. Se sentía muy insegura.

Apartó la mano y volvió a posarla en su regazo.

—Jamás esperé este... Eres muy amable y considerado...

Matt tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no tomarla en brazos y cobijarla en ellos. Eso era lo que Jenny necesitaba. Que alguien la alabara, que le dijera que era una buena persona, capaz de llevar a cabo un trabajo inteligente. Tensó los brazos para asegurarse de que no hacía algo que luego podía lamentar y gruñó:

—Tú sacas todo eso de mí. Eres tú.

Capítulo 4

Jenny trató de tragarse su sorpresa en la oficina del Hostal Gringo Bill cuando oyó lo que decía la propietaria, Margerite Kaiser.

—Se alojan en la habitación treinta y cinco, señor Williams. Su esposa y usted están en la última planta, con una vista completa de la plaza, por no mencionar el hermoso Machu Pichu.

Margerite, una mujer baja de pelo negro y rizado, sonrió al sacar la llave del cajetín de la pared; sus ojos castaños centelleaban.

Jenny tragó saliva. ¿«Esposa»? ¿la había llamado de esa manera? Su cerebro cansado no consiguió recordar semejante detalle. Habían aterrizado en Lima a las cuatro y media de la madrugada y a las cinco y veinte habían tomado un vuelo a Cuzco. Desde allí habían viajado en el tren Inca hasta Agua Caliente. Mientras observaba a Matt inclinarse sobre el mostrador para firmar con su nombre falso, trató de recordar si Morgan o él habían mencionado que viajarían como marido y mujer. Entonces recordó haber leído en alguna parte del informe que Matt y ella se harían pasar por una pareja de turistas estadounidenses, Matt y Jenny Williams. Ya no era Jenny Wright, una chica soltera de Montana.

—Gracias, señora Kaiser —murmuró Matt mientras aceptaba la llave. Se volvió y le sonrió a Jenny—. ¿Lista para nuestra aventura, cariño?

Tardíamente, se dio cuenta de que empleaba ese tono íntimo y sensual para hablar con ella.

—Vaya..., sí. Claro que sí, mi amor...

—Da la impresión de que los dos necesitan dormir —Margerite rio entre dientes. Miró el reloj y dijo—: Son las dos de la tarde. Les sugiero que se echen una siesta. Después de dos o tres horas de descanso, se sentirán mejor. Y cuando se levanten, vayan a cenar al India Feliz. Es el mejor restaurante que tenemos en Agua Caliente.

Jenny le dio las gracias a su amable anfitriona y salió del despacho en compañía de Matt. El hostel era bonito. Tenía tres plantas y estaba construido con piedras sacadas del poderoso río Urubamba, situado a unos doscientos metros de la plaza central, donde se alzaba el Gringo Bill. Al pasar delante de una enorme maceta que había en el centro del vestíbulo, llena de arbustos y orquídeas, se sintió feliz de estar allí. Hacía mucha humedad a esa hora del día y transpiraba mucho. En Cuzco, Matt la había llevado de compras, para que eligiera unos pantalones holgados de algodón y camisetas que sustituyeran al traje de seda, que sobraba en ese clima.

Mientras subían por las escaleras de piedra hasta la tercera planta, notó que cada habitación tenía la puerta pintada de un color diferente.

—Este sitio me recuerda un arcoiris —le dijo a Matt antes de adelantarse.

—Es agradable —convino él. Con las dos maletas en cada mano, la observó subir como un cervatillo ágil. Los ojos le brillaban como profundos zafiros; sonrió. No había nada que no le gustara de Jenny Wright. Era el polo opuesto de su ex mujer, que jamás había tenido un gramo de espontaneidad.

Jenny marchó por el pasillo mientras leía el número en cada puerta. Cuando al fin encontró la habitación treinta y cinco al final del pasillo, abrió la puerta y entró mientras Matt introducía las

maletas en la habitación, espaciosa y alfombrada, con forma de ele. Se sobresaltó. Solo había una cama de matrimonio.

Observó cómo Matt apoyaba las maletas encima de la cama y comenzaba a abrir la suya.

—Solo hay una cama —comentó débilmente.

—Cuando te haces pasar por una pareja casada, por lo general sucede eso —asintió.

—¿Qué... qué hacías en el pasado cuando tu compañera era una mujer? —en las misiones de Perseo, Morgan siempre unía a los dos sexos. Había descubierto que por lo general se complementaban y aportaban habilidades únicas y necesarias para la misión. Quería saber cómo llevaba la situación.

El corazón le dio un vuelco al pensar que dormiría allí, con Matt apenas a unos centímetros de distancia. No le tenía miedo ni temía lo que pudiera hacer. ¡La aterrorizaba lo que podía hacer ella durante el sueño! Incluso durmiendo era inquieta y no paraba de moverse.

Matt abrió los cajones de la cómoda y metió toda su ropa en ellos.

—Dormir en la misma cama, juntos. ¿Por qué?

Jenny se acercó a su maleta y se puso a llenar los cajones de otra cómoda en el extremo opuesto del cuarto.

—No pensé en lo que implicaría este ardid de... estar casados.

—Relájate, estás a salvo, Jenny —murmuró con expresión divertida—. Me quedaré en mi lado de la cama, si eso es lo que te preocupa —alzó un pijama azul—. Hasta me he traído un pijama, ¿ves? Por lo general, duermo desnudo, pero como venías tú, pensé que era mejor que me vistiera para la ocasión —al ver que casi se le salían los ojos de las órbitas, decidió dejar de provocarla y guardó los pantalones del pijama en un cajón—. Querías una misión secreta. Y son así —metió el bolso de lona bajo la cama.

—Sí..., claro, tienes razón —el corazón se le aceleró—. Me preocupa mantenerte despierto por la noche. Me muevo mientras duermo, hablo... A veces incluso camino dormida —continuó diciendo mientras guardaba todo en los cajones.

—Ya lo solucionaremos —la tranquilizó.

Se dirigió hacia las persianas, todas levantadas para permitir que entrara el aire fresco. Debajo de ellos se encontraba la plaza de cemento, con una escuela larga y rectangular coronada por un tejado rojo de estilo colonial, una iglesia de piedra gris en otro y el Inca Pizza Restaurant en el tercero. En la calle principal, llena de turistas de todo el mundo, se alzaban edificios pintados de colores brillantes en una hilera interminable. Cerró las cortinas de color verde oscuro para conseguir un mínimo de oscuridad en la habitación.

—Tienes que estar agotada —comentó. Se sentó en la cama y comenzó a desabrocharse las botas.

Jenny se volvió y se quedó junto a la cómoda con los brazos cruzados.

—Supongo que sí —repuso, estudiándolo. Matt parecía exhausto; tenía ojeras. El vuelo había sido largo y agotador.

Él terminó de quitarse las botas, plantó las manos grandes sobre los muslos y la miró.

—¿Lo supones? Yo estoy rendido. Vamos, compartiré la cama contigo —se echó con un suspiro y ocupó el espacio más próximo a la pared de yeso, de color verde pálido.

—Adelante... —dijo ella al tiempo que se mordía el labio—. Tú duerme, Matt. Creo que yo estoy demasiado tensa para poder hacerlo en este momento —fue a la ventana y miró hacia la plaza. La escuela acababa de terminar y niños de todas las edades, con sus uniformes azules y blancos, se reunían para jugar al fútbol. Las risas llegaron flotando hasta la habitación y ella

sonrió. Le encantaban los niños—. Yo voy a bajar a la plaza, Matt. Si me quedo aquí, no pararé de moverme; te volveré loco y no conseguirás dormir. Hay un montón de bancos en la plaza. Me sentaré en uno de ellos. He de relajarme del viaje. Miraré a los niños y descansaré de esa manera.

—De acuerdo, como tú quieras —cerró los ojos—. ¿Tienes la llave de la habitación?

—Sí. Duérmete. Me mantendré ocupada, no te preocupes.

De hecho, se sentía absolutamente petrificada ante la idea de tumbarse en la cama junto a Matt. No sabía muy bien lo que haría esa noche, pero al menos en ese momento, había ganado un respiro. Fue a la puerta, agarró el bolso y el sombrero de paja de ala ancha y salió con el máximo sigilo.

Gringo Bill se alzaba en un rincón de la plaza principal. Mientras bajaba por la calle que daba a la plaza, notó que el cielo se veía de un azul pálido con algunas nubes. Vio un banco verde en un costado, cerca de donde jugaban los niños, y fue hacia allí con un suspiro de alivio.

Miró alrededor y vio la magnífica montaña negra del Machu Pichu, que se elevaba en su gran esplendor hasta una altura de tres mil metros. Las laderas de la cumbre de basalto y granito se hallaban cubiertas de verde, miles y miles de bromelias y orquídeas. Sabía que Agua Caliente estaba a una altitud de mil ochocientos metros. Se alegró de vivir en Philipsburg, Montana, que se encontraba casi a la misma altitud. Gracias a ello, no le costaba nada respirar.

Cuando se sentó en el banco, una mujer con un sombrero marrón de fieltro se unió a ella. Aunque apenas medía un metro cincuenta, era de huesos grandes y de aspecto fuerte. El rostro ovalado y los pómulos elevados hablaban de su origen indio, igual que el pelo de color ébano, peinado en dos trenzas. Llevaba una blusa roja bordada con flores brillantes y una chaqueta vieja de alpaca marrón con motivos de llamas blancas. Cuando sonrió con un gesto de asentimiento en dirección a Jenny, esta notó que le faltaban los dos incisivos superiores.

Jenny sonrió también y le dijo «hola» en español. A la mujer se le iluminó el rostro. En la mano llevaba varios jerséis de colorida alpaca tejidos a mano, sin duda para vender. A su lado había un niño de unos cuatro años, demasiado pequeño para ir a la escuela, que se aferraba a la falda de algodón azul oscuro de su madre.

—Hola —Jenny lo saludó con gesto afable. Hurgó en el bolsillo del pantalón en busca de una bolsa de caramelos que había comprado Matt. Sacó un caramelo con una envoltura dorada y le preguntó a la mujer si podía dárselo al pequeño.

—Sí, sí, señorita —la mujer inclinó la cabeza y se lo agradeció de forma efusiva.

—Estupendo —le entregó el caramelo al pequeño.

Con marcada timidez, el niño alargó el brazo. Tenía los ojos castaños clavados en el pelo de Jenny. Esta supuso que lo más probable era que no hubiera visto a muchas personas rubias, ya que los indígenas eran mayoritarios en muchas regiones del Perú, y tenían el pelo negro y la piel cetrina.

—Gracias...

Sorprendida, le sonrió a la madre.

—¿Habla inglés? —preguntó.

—Un poco —respondió la mujer con orgullo.

—¡Es maravilloso! Me llamo Jenny. ¿Y usted?

—María —miró con ternura a su pequeño, que ya se había adelantado un poco y chupaba con furia el caramelo—. Y este es Daniel, mi hijo.

Jenny se adelantó y sonrió a los ojos brillantes y curiosos del pequeño.

—Hola, Daniel —extendió la mano hacia él—. Encantada de conocerte.

Él alargó una mano pegajosa de dedos pequeños y finos. Jenny la estrechó con gentileza y luego la soltó.

—Tenga, señorita —María sacó un trapo limpio del bolsillo de la falda—. Para su mano.

Se lo agradeció y se limpió los dedos.

—Es culpa mía. Yo le di el caramelo.

—Señorita —suplicó María mientras mostraba la mercancía que llevaba—, ¿querría comprar uno de mis bonitos jerséis de alpaca? Los he tejido yo misma a mano.

Jenny observó a la mujer extender ante ella y con cuidado los exquisitos jerséis.

—Son preciosos, María —«y suaves», pensó al pasar los dedos sobre la lana delicada y teñida de color brillante.

—Se la vería muy linda con este —comentó la mujer peruana con timidez, evitando sus ojos—. El color hace juego con su pelo de Inti.

—¿Inti?

—Sí. Inti es nuestro dios, el Sol. Su pelo es del mismo color —señaló hacia las montañas, donde el sol acababa de desaparecer—. Cabello dorado. Es muy lindo.

Al ver la expresión melancólica de la mujer, Jenny sonrió.

—A mí me parece que el pelo negro también es hermoso —alargó la mano y pasó los dedos por el pelo corto de Daniel. Con timidez, este alargó la mano hacia ella cuando terminó el caramelo—. ¿Otro? —Jenny rio y miró a la madre solicitando permiso. María miró a su hijo con ternura y asintió.

—Es el último de nuestros hijos —informó con tristeza—. Mis otros dos pequeños murieron. El agua. No es buena —palmeó con suavidad la cabeza de Daniel.

—¿El agua? —se irguió con el corazón en un puño.

—Sí, señorita. Aquí no tenemos agua buena. Nos dicen que hay que hervirla. Pero mis otros dos hijos, ambos mayores que Daniel, bebieron del río —cerró los ojos y se secó las lágrimas de los bordes—. Les supliqué que siempre bebieran la que yo había hervido. Pero no me escucharon. Y ahora... —sollozó— ya no están. A diario le rezo a Inti para que vele por Daniel. Que el agua envenenada del río no se lo lleve también a él.

—Santo cielo... —palmeó la mano de la mujer. María parecía tener treinta y pocos años, pero la dureza de su vida ya le había marcado el rostro—. Lo siento mucho, señora. De verdad —debía ser una mujer muy fuerte para continuar después de semejante pérdida.

—Necesitamos que se abran pozos —reveló con voz rota—. Dicen que los pozos nos proporcionarían agua limpia. Y somos tan pobres... Pero salvaría la vida de nuestros hijos. Ojalá tuviéramos el dinero para perforar esos pozos...

Angustiada, Jenny permaneció en silencio. Daniel, que ya había perdido gran parte de su timidez, se subió a su regazo y apoyó la cabeza en su hombro izquierdo, con los ojos levantados para mirar más de cerca su pelo rubio. Mientras mecía al pequeño, no pudo imaginar perder a alguien tan hermoso y gracioso como Daniel. Sintió una profunda compasión por la mujer.

—Bueno —susurró mientras acariciaba las prendas delicadas de lana—. Necesito unos jerséis, señora. Tengo una buena amiga en casa a la que le gustaría tener uno. Y desde luego a mí me hace falta.

—¿Sí? —al instante los ojos de María se iluminaron—. ¿Dos jerséis, señorita?

—Son jerséis de mujer los que tiene aquí. ¿Teje para hombres? Tengo un buen amigo que es muy corpulento. ¿Tiene alguna talla grande?

—Sí, sí, señorita. Pero están en mi casa —señaló la calle de cemento que subía desde un

costado de la plaza.

—¿Por qué no damos un paseo hasta allí? —sonrió—. Me encantaría ver todos los jerséis que ha tejido. Son preciosos —sabía que a María le iría bien el dinero.

—¡Por supuesto, señorita! —María recogió todas las prendas y las introdujo en un bolso que luego se echó al hombro. Le dijo a Daniel que bajara, pero el pequeño negó con la cabeza.

Riendo, Jenny se incorporó y acomodó a Daniel sobre su cadera izquierda.

—Yo lo llevaré, señora. No se preocupe.

—¿Está segura, señorita?

Jenny palmeó el hombro de la mujer. María era más baja que ella, pero fuerte y firme, consecuencia del trabajo que realizaba.

—Sí. Vamos. Tengo ganas de ver todos sus jerséis.

Matt despertó con un sobresalto. Casi había oscurecido. Gimió y se puso de costado. Miró su reloj y vio que eran las seis.

La puerta se abrió con un crujido de protesta. Se sentó con los ojos entrecerrados. Era Jenny. Vio que llegaba cargada. Cerró la puerta con el pie.

—Veo que no te puedo dejar sola. Terminarás por comprar Agua Caliente —observó con tono grave.

—Voy a encender la luz —rio ella—. Tienes que ver los preciosos jerséis de alpaca que he comprado. ¡Y a qué precios!

Matt sonrió un poco mientras Jenny encendía la luz del techo. Se frotó los ojos y sintió que el sueño lo abandonaba. Ella se sentó con el montón de bolsas de plástico y rápidamente comenzó a sacar jerséis para su inspección.

—¡Mira! —alzó uno de color granate con hibiscos rojos, rosas y anaranjados sobre un fondo verde oscuro—. Este es para Laura. ¿No te parece maravilloso? ¿Crees que le gustará?

Él abrió la boca para hablar, pero Jenny ya había sacado un segundo jersey grande, evidentemente para hombre.

—Y encontré este para Morgan. ¡Es enorme! Pero él también lo es. ¿Crees que le gustará? La señora María tenía cinco de hombre, pero a mí me encantó este dorado viejo, con marrones, rojos y anaranjados. Me recuerda al otoño. ¿A ti? ¿De verdad crees que le gustará?

—¿Estás interesada en mi respuesta o primero vas a formularme cien preguntas? —rio Matt.

—Soy culpable —sonrió—. Lo siento. ¡Me dejé llevar!

—Ya lo veo.

—¿Y bien? —insistió con ansiedad—. ¿Qué te parece? ¿Crees que les gustarán a Morgan y a Laura?

Matt alzó los jerséis, les dio la vuelta y los estudió. Al devolvérselos, comentó:

—Creo que les gustarán. Por lo que sé de Laura, le gusta vestir con colores vivos. Y Morgan lleva mucho marrón y dorado.

Jenny suspiró de forma teatral para expresar alivio.

—Estaba tan preocupada, Matt. Sentí pena por la señora María y su hijo, Daniel. Son tan pobres —añadió con pesar—. Deberías ver su casa: unas cuantas piezas de chapa corrugada unidas con alambres. Duermen en el suelo de tierra. ¡Un suelo de tierra! ¿Puedes imaginártelo? Yo no. Ella se mostró muy amable. Me preparó un té de hoja de coca y me ofreció algo para comer, pero no pude aceptar, Matt. No quería quitarles la comida de la boca. Era terrible. Nunca

imaginé... Estamos tan mimados... En comparación somos ricos. Mi corazón lloraba por ella. Y trabaja todo el día y toda la noche para su familia. Me mostró las madejas de alpaca que ella misma tiñe y que dedica a tejer los jerséis. Se gana la vida lavando la ropa de la gente en un río más pequeño que desemboca en el Urubamba, junto a su cabaña. ¡Trabaja tanto! Juro que nunca más volveré a quejarme cuando tenga que hacer alguna hora extraordinaria en la oficina. Siempre recordaré a María y sus condiciones de trabajo.

—Eres muy blanda, Jenny Wright —apoyó la mano en su hombro y lo apretó con delicadeza. Cuando ella lo miró con expresión de pesar, Matt vio las lágrimas que se afanaba por contener mientras se mordía el labio—. Me gusta que te sientas tan conmovida por esta gente.

Ella se encogió de hombros y absorbió el calor de aquel contacto inesperado. El rostro de Matt se veía sincero. Una vez más volvía a ser accesible para ella. Las ojeras habían desaparecido y parecía bien descansado, a pesar del largo vuelo que habían tenido que soportar.

—¿Cómo alguien no va a quedar conmovido, Matt? Los peruanos son tan amables y amigables. ¡Me encantan!

—Y por eso —indicó con tono risueño mientras se obligaba a apartar la mano de su hombro— has comprado un millón de jerséis para ayudar a esa mujer, para poner alimentos en su mesa. ¿Correcto?

—¿Cómo lo has adivinado? —lo miró atónita.

—Jenny, tienes un corazón tan grande como Montana —movió la cabeza, miró los jerséis y esbozó una sonrisa irónica—. Bueno..., ¿a mí también me has comprado uno?

Capítulo 5

Por una vez en la vida, Jenny decidió que iba a mostrar valor ante lo desconocido. Mientras se daba una ducha en el cuarto de baño de la habitación y se preparaba para meterse en la cama después de la maravillosa cena que había compartido con Matt en el restaurante India Feliz, se había prometido no actuar como una mojitata nerviosa por el hecho de tener que compartir la cama con él. Matt había dejado bien claro que iba a ser un caballero. Además, no podía sentir interés por ella. Estaba convencida de que sus otros compañeros de misión, todas mujeres, no se parecían en nada a ella. Pero esa noche iba a mostrar coraje, lo sintiera o no.

Mientras se secaba con la toalla, se dedicó a mentalizarse. Matt ya se había duchado y puesto el pijama. Pero la idea de que normalmente se fuera a la cama desnudo le resultaba provocativa. Sintió que se ruborizaba. Aparte de ser atractivo, era sensible a sus necesidades. Se había mostrado muy expresivo por el jersey de alpaca que le había regalado. El placer que había visto reflejado en su cara había hecho que su corazón diera un vuelco. Empezaba a conocer al Matt Davis hombre, más allá del héroe militar y el mercenario que había visto en Perseo en algunas ocasiones.

Entre los desafíos a los que iba a enfrentarse al día siguiente por la mañana, cuando una de las mujeres piloto de los Apache los trasladara a Matt y a ella a la base secreta Jaguar Negro para comenzar las entrevistas, y la idea de dormir en la misma cama con él esa noche, se sentía bastante tensa.

—Serénate —se dijo mientras se ponía el camisón de seda verde pálido. Se mesó el pelo mojado y se asomó con cautela por la puerta. Menos mal que Matt había apagado la luz del techo. Debió de percibir su inquietud. La luz azulada que iluminaba tenuemente la habitación venía de la plaza.

Atravesó el suelo alfombrado y vio que Matt había apartado la sábana y la ligera manta en su lado de la cama. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Él estaba echado de espaldas a ella, de cara a la pared. Tenía un brazo por debajo de la almohada. Tragó saliva y se metió en la cama con el mayor sigilo posible. Aferró el borde de la sábana y se tapó hasta los hombros. En la habitación hacía bastante calor.

—Buenas noches, Matt —susurró. El corazón le palpitaba, dominado por el deseo.

—Nos vemos por la mañana, Jenny. Que descanses.

Aquella voz profunda mitigó su ansiedad. Soltó un suspiro contenido y cerró los ojos. Desde más allá de la plaza le llegaba el profundo y continuo rugido del poderoso río Urubamba, que corría entre el Machu Pichu y Agua Caliente. De algún modo, el sonido salvaje y remolineante también la relajó.

No tardó en sumirse en un sueño exhausto.

Matt se despertó sobresaltado. ¿Qué era ese ruido? Se volvió a medias desde su lado. El brazo golpeó algo suave y cálido. Al instante se quedó paralizada. Una vez más oyó el sonido, parecido

a un maullido. Parpadeó varias veces y se volvió despacio para quedar frente a Jenny. El sonido salía de ella. Con el ceño fruncido, se apoyó en un codo.

Estaba de costado y en una posición casi fetal. Tenía una expresión tensa. Los músculos faciales estaban estirados, la boca era una línea torturada. Observó sus manos, que no paraban de abrirse y cerrarse sobre la almohada, y la oyó gemir otra vez. El sonido era suave pero desgarrador. ¿Tendría una pesadilla? Contuvo el deseo de alargar los dedos y pasarlos entre el cabello dorado que le enmarcaba el rostro.

Recordó lo que ella le había contado sobre la vida que había llevado de niña. Nunca había experimentado una verdadera seguridad, una sensación real de certidumbre. Debido al DDA que padecía, la habían etiquetado como una niña problemática. Podía imaginar a los diversos padres adoptivos llevándola a otro hogar porque era demasiado para ellos. Movi6 la cabeza y sintió furia. El mensaje que debió recibir era que no merecía el amor de aquellas personas, que no valía la pena que la ayudaran a adaptarse a la vida y sus exigencias. La senda de la ira se abrió paso por sus entrañas hasta el corazón.

Jenny se puso boca arriba y luego sobre el costado derecho.

¿Dormiría así todas las noches? ¿Tendría siempre un sueño agitado e inquieto? Movi6 otra vez la cabeza. Parecía tan vulnerable e indefensa con ese camis6n verde... Puso las manos bajo la cabeza y suspir6. Lo que quería era tomarla en brazos. Sabía que podía darle esa seguridad, esa sensación de certeza que Jenny quería. Todas las emociones eran tan obvias en ese rostro de expresión frágil... Sabía que un contacto suyo podía calmarla. El corazón se le inflam6 por el deseo de tocarla.

Cerr6 los ojos y se dijo que no. No podía volver a involucrarse con una mujer. Su ex mujer lo había marcado lo suficiente como para no querer saber nada más de ellas. Sin embargo, esa joven menuda, vivaz, con el pelo como el sol y ojos tan grandes como Montana, lo hacía anhelar volver a estar en pareja. Lleg6 a la conclusión de que estaba loco.

No sabía si Jenny estaría descansada a la mañana siguiente, pero él debía estarlo. Se puso de costado, de espaldas a ella, cerr6 los ojos y se orden6 dormir. Quería que triunfara en esa misi6n porque eso potenciaría su autoestima y le haría ganar confianza en sí misma. Nadie quería verla salir más airosa de esa misi6n que Matt. Nadie.

Jenny estaba sentada con Matt en el comedor del Gringo Bill. Eran las seis de la mañana. Rosemary, la cocinera, les había llevado tortillas francesas de queso con beicon, tostadas y café. Ese día iba mejor vestida para el clima imperante, con una camisa de manga larga remangada hasta los codos, unos pantalones de algod6n de color caqui y botas para andar. Llevaba unos pendientes de oro y perlas y, a pesar de la humedad, tenía el pelo bastante arreglado. En el exterior no se podía ver el sol. Las nubes remolineaban bajas alrededor de la montaña de lava negra del Machu Pichu.

—¿Dormiste bien? —pregunt6 Matt mientras cortaba un poco de tortilla francesa.

Ruborizada, Jenny extendió mermelada de fresa sobre la tostada.

—Supongo que sí. ¿Por qué? —estaba muy atractivo con su camisa verde de manga corta y sus chinos tostados. Le cost6 no mirarlo fijamente.

—Estabas muy agitada.

—¿Sí? —lo mir6 consternada—. Ay, no. No me digas que te mantuve despierto...

Movi6 la cabeza y sonri6 levemente.

—Me desperté una vez, eso es todo. Pero volví a dormirme de inmediato —examinó la cara de ella, mientras los turistas y excursionistas se preparaban para subir al autobús que los llevaría hasta las ruinas incas que había en la cima del Machu Pichu.

—Lo siento de verdad, Matt —susurró—. Sé lo cansado que estabas.

Él le tomó la mano y, mientras establecía ese contacto íntimo, se dijo que en público debían comportarse como pareja para no levantar sospechas.

—Eh, yo estoy más preocupado por ti —le apretó los dedos—. Esta mañana tienes ojeras.

Ella absorbió el contacto cálido y fuerte y a regañadientes le soltó la mano, a pesar de que era lo último que deseaba hacer. Le dio un mordisco a la tostada.

—Me siento descansada —aseguró—. Aunque sí hay ocasiones en que no me recupero bien.

—Gemías en tu sueño. ¿Tenías alguna pesadilla?

—Ah..., eso —inclinó la cabeza y se mordió el labio.

—¿Es por tu pasado? —inquirió al ver un destello de angustia.

Jenny se encogió de hombros y se centró en la tortilla francesa. Sabía que debía comer bien para soportar el estrés que le causarían las entrevistas inminentes, aunque hubiera perdido el apetito.

—Más o menos...

—¿Quieres hablar de ello? Soy bueno escuchando.

El modo en que lo dijo quebró la reserva de Jenny. Por lo general, jamás hablaba de su infancia. Quería olvidarla, pero su niñez la seguía como un viejo y a veces problemático amigo. Agitó las manos con gesto nervioso.

—Le tengo miedo a la oscuridad... Soy de naturaleza asustadiza...

—Las cortinas dejaban pasar luz —comentó con el ceño fruncido. ¿Qué le pasaba a Jenny?

—No suficiente para mí —puso los ojos en blanco—. Soy un desastre, Matt. De verdad. En mi apartamento, en Philipsburg, dejo encendida toda la noche la lámpara de la mesilla. Me ayuda a dormir mejor.

—Entonces —gruñó él—, encontraré una en Agua Caliente y la colocaremos en nuestra habitación. Para esta misión, necesitas estar descansada.

Lo miró. Vio la furia contenida en sus ojos y comprendió que no estaba enojado con ella. Agradecida, susurró con voz trémula:

—Eres un caballero andante. Sé que soy un incordio con tanta excentricidad...

—No, no lo eres, cariño —titubeó. Se preguntó de dónde había salido esa palabra. Vio que Jenny abría mucho los ojos.

No podía soportar la mirada de Matt. Si no la interpretaba mal, era protectora y cariñosa. ¿Por qué iba a preocuparse por ella? No significaba nada para él. No era nadie. Pero lo que la conmovía era que en el fondo sabía que le interesaba de verdad. La había llamado «cariño».

Ceñudo, Matt se concentró en el desayuno y el silencio que reinó en la mesa fue tenso. Jenny había reaccionado con mucha intensidad a la palabra «cariño». ¿Lo habría considerado un acoso sexual? A veces sus palabras resultaban inoportunas. A juzgar por el rubor de sus mejillas, la había aturdido.

Jenny carraspeó y dijo en voz baja:

—Recuerdo que de pequeña tenía una mofeta de peluche que me encantaba. La llamé Sarah. No recuerdo cuándo la conseguí..., solo que estuvo conmigo en todas las casas adoptivas en las que viví. Cuando me la llevaba a la cama por la noche, sentía como si me protegiera. Empecé a tenerle miedo a la oscuridad cuando me enviaron a otro hogar y mi nueva madre adoptiva no quería que

tuviera encendida la lámpara de mi dormitorio. Decía que necesitaba crecer, que una niña de mi edad ya no necesitaba una luz o un animal de peluche.

—¿Cuántos años tenías cuando sucedió eso?

—Siete..., creo —sonrió débilmente—. Desde luego, mi madre adoptiva tenía razón, pero algo pequeño y asustado en lo más hondo de mí se negó a crecer.

—¿Y entonces empezaste a dormir mal? —contuvo la furia que bullía en su interior.

—Sí. Después de que me quitara la lámpara, y cuando ya no tenía a Sarah, empecé a sufrir pesadillas. Ya sabes, cosas estúpidas como monstruos que se escondían debajo de mi cama para atraparme... o en el armario... —se obligó a comer la tostada con mermelada—. Cuando me enviaron con la siguiente familia adoptiva, siempre dejaba encendida la lámpara de mi habitación, pero mi padrastro la apagaba y me decía que la electricidad era cara y que tener una bombilla encendida toda la noche le costaba mucho dinero. Cuando cumplí quince años, descubrí las luces de noche, me compré una y empecé a conseguir dormir de forma razonable —amplió la sonrisa—. Olvidé traerla conmigo en este viaje. Es culpa mía.

—Veré lo que puedo hacer para conseguirte una hoy —musitó Matt con el ceño fruncido. Terminó de comer, se limpió la boca con la servilleta y la miró. Jenny parecía ansiosa por irse—. ¿Lista? —se incorporó.

—Más que lista —susurró animada.

Él rodeó la mesa, la tomó de la mano y le sonrió para tranquilizarla. Al ver que la esperanza aparecía en los ojos de Jenny, comprendió que era muy fácil fingir que estaban casados. Con timidez ella le devolvió el apretón.

—Vamos a tomar ese vuelo —murmuró Matt.

Jenny estaba boquiabierta. Los llevaban en un cochecito, parecido a los que se emplean en los campos de golf, por un túnel secreto abierto en la ladera de la montaña y que conducía a la base secreta Jaguar Negro. Los habían trasladado hasta la zona en un helicóptero civil pilotado por una integrante del personal de la base, la suboficial Jessica Merrill. La piloto llevaba el pelo rubio corto adornado con una brillante mecha roja. En opinión de Jenny, la hacía parece una mujer salvaje. Merrill era abierta, segura y vivaz. La media hora de vuelo más allá de las famosas ruinas arquitectónicas de Machu Pichu se hizo corta gracias a los divertidos comentarios de la piloto. Jenny no recordaba cuándo se había reído tanto. Si Jessica era un reflejo de todo el personal de la base, estaba ansiosa por conocer a esas mujeres tan valientes. Matt ya la había informado de que al principio en la base solo había personal femenino. Pero eso había empezado a cambiar y ya tenían un diez por ciento de hombres.

Mientras el carrito era conducido por un sargento del ejército, de aproximadamente la misma edad que Jenny, esta miró asombrada cuando dejaron el túnel y desembocaron en una caverna enorme y profunda.

—Santo cielo —se volvió y aferró el brazo de Matt—. ¡Es gigantesca!

—Estoy de acuerdo —musitó él, impresionado.

La caverna no solo tenía barracones para el personal, sino un edificio de dos plantas y una enorme pista de aterrizaje donde había dos helicópteros Boeing Apache Longbow y un Blackhawk. El lugar era un hervidero de actividad, con gente yendo y viniendo en todas direcciones. Matt supuso que la electricidad debía escasear y que lo más probable era que la base funcionara con los enormes generadores que había visto al entrar.

La conductora se detuvo ante el edificio de dos plantas, donde se veía un cartel con letras negras que decía *Cuartel General*. Jenny bajó del cochecito.

—Solo tiene que subir las escaleras, señora —informó la sargento de pelo rojo—. La mayor Stevenson está en el despacho 208. La está esperando.

Después de darle las gracias, subió por las escaleras de metal hasta la primera planta, seguida por Matt. De repente reverberó en el complejo el sonido irritante de una campana. Jenny titubeó al ver a cuatro mujeres vestidas de negro, con uniformes ceñidos y cascos en la mano, correr hacia los helicópteros Apache.

—Tienen una misión —le indicó Matt al detenerse a su lado y contemplar la escena—. Esa campana les dice que vayan a sus aparatos y despeguen. Lo más probable es que hayan localizado en el radar a traficantes de droga y vayan a interceptarlos.

Jenny lo miró. Matt tenía el rostro sombrío y tenso. Volvía a ver su faceta de guerrero. Al observar a las mujeres que subían a las cabinas dobles de los Apache, con las caras pintadas de verde oscuro, dijo:

—Van a arriesgar sus vidas, ¿verdad?

Matt asintió y estudió el rostro que lo contemplaba.

—A juzgar por el informe, estas pilotos arriesgan la vida cada vez que vuelan. Mira el agujero por el que tienen que salir..., ¡es muy pequeño! Un movimiento equivocado y chocarían contra el costado de ese muro de lava.

Alarmada, Jenny comprobó que tenía razón. Después de asegurar las puertas de las cabinas, los motores comenzaron a girar. Los motores dobles de los Apache se calentaban mientras su zumbido agudo hería los oídos sensibles de Jenny, que supo que jamás podría hacer lo que esas mujeres. En su interior creció la admiración que le inspiraban. Giró el pomo de la puerta y la abrió.

—Creo que tenemos que reunirnos con la mayor Stevenson —dijo mientras miraba la hora.

Él la siguió al interior por un pasillo lleno de mujeres que entraban y salían de diversos despachos. No tardaron en localizar el de la mayor, en el lado derecho del corredor.

Jenny se detuvo ante la puerta abierta y llamó. La mujer sentada tras el escritorio de metal alzó la cabeza.

—¿Es usted Jenny Wright, de Perseo?

—Sí. Y este es Matt Davis —avanzó con una seguridad que no sentía, pero tenía que fingir por respeto a la oficial al mando. A sus ojos, Maya Stevenson era más que una heroína. Se parecía a Pallas Athenea, una diosa sabia y guerrera de la mitología griega.

Los ojos esmeralda de la mayor se posaron en ella, pero, cosa rara, Jenny dejó de sentirse ansiosa o preocupada. De algún modo, la expresión de la mayor Stevenson calmó su estado nervioso. Empezaba a descubrir que los buenos líderes tenían esa habilidad.

—Me alegro de que estén aquí. Señorita Wright, señor Davis, siéntense. Hablemos. ¿Café? —se volvió hacia la cafetera que tenía detrás del escritorio.

Jenny miró a Matt, quien acercó dos sillas de la pared y las llevó al centro del despacho pequeño y atestado. En su expresión se podía leer: «Todo está bien, cariño». Quizá no hubiera dicho «cariño», pero a ella le gustaba pensar que sí.

—Me encantaría tomar una taza —aceptó Jenny.

—Bien. Una mujer como yo —murmuró la mayor mientras llenaba una taza blanca— no confía en una persona que no beba un poco de veneno —miró por encima del hombro—. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Mmm..., no. Solo, por favor. ¿Matt? ¿Quieres un poco?

—Será mejor que beba o la mayor me va a emplear como cebo para cazar jaguares —sonrió—. ¿Verdad, mayor?

—Verdad, señor Davis —concedió de buen humor—. ¿Solo?

—Sí, por favor.

Jenny vio y percibió la comunicación instantánea que Matt estableció con la mayor. Se debía a que ambos eran militares, con su propio lenguaje, su jerga y, por encima de todo, una camaradería que a menudo era más estrecha que los lazos de familia. Jenny sabía que era una advenediza en su mundo. No obstante, Maya la trató como si formara parte del grupo, y en su interior, ella se lo agradeció.

Después de entregarle a Matt el café, la mayor Stevenson se sentó. Desplazó unas carpetas en dirección a Jenny.

—Tengo siete mujeres que quieren ofrecerse voluntarias para esas misiones, señorita Wright.

—Por favor, llámeme Jenny. Me temo que no se me da bien la formalidad.

—Como a su jefe, ya veo —sonrió—. Muy bien, Jenny. Usted llámeme Maya. ¿Le parece bien?

—Claro —sonrió. Se adelantó y preguntó—: ¿Estas son las pilotos bajo su mando que quieren trabajar con Perseo?

—Sí —Maya bebió café mientras seguía evaluándola con ojos semi entornados—. Su misión consiste en dilucidar qué tres serán, Jenny. Morgan Trayhern dijo que usted tiene un título en Psicología. Eso me gusta. Da la impresión de dirigir su vida con fuerza. Con intuición, ¿verdad?

Aturdida por la perspicacia de la oficial, Jenny se irguió y respondió:

—Sí, es cierto.

—Bien —asintió con un gesto brusco—. No confío en una mujer que no siga sus corazonadas —señaló las carpetas—. Llévselas, Jenny. Y fijemos una reunión para más adelante con el fin de comentar sus decisiones antes de anunciar los nombres de las tres afortunadas.

—¿Tiene alguna sugerencia? Me gustaría conocerla.

—Veamos... —la sonrisa se amplió—. Sé lo suficiente de psicología como para pegarme un tiro en el dedo si lo intentara, Jenny. Creo que tiene que hacer esto usted misma. No necesita mis consejos superficiales. Usted conoce la misión. Sabe lo que se requiere. Cualquiera de mis pilotos podría llevarla a cabo, pero Morgan y usted han establecido ciertos protocolos. Conocen a las personas con las que tendrán que relacionarse mis mujeres, de modo que todo se va a reducir a una cuestión de compatibilidad de caracteres, ¿verdad? ¿Quién se llevará bien con quién? Y yo estoy fuera de ese círculo. De modo que después de que entrevistaste a mis pilotos, nos reuniremos para hablar, ¿le parece?

Jenny asintió y dio un sorbo de café. Una sargento entró en ese momento y le entregó a Maya unos papeles. La mayor le dio las gracias, los miró y suspiró.

—El deber me llama —se puso de pie—. La sargento Joann Prater les mostrará la sala en la que mantendrán las entrevistas, Jenny. Si necesitan algo, ella será su contacto. ¿De acuerdo?

La sargento, una pelirroja de cabello corto y ojos azul claro, dio un paso al frente y sonrió.

—¿Me permite que le enseñe la sala, señorita Wright?

Jenny se levantó de inmediato con la taza de café en la mano y recogió el maletín mientras Matt se adelantaba y recogía las carpetas del personal.

—Gracias, Maya. Esperamos terminar en dos o tres días —murmuró Jenny.

—Perfecto —asintió la mayor—. Nos vemos luego.

Mientras se volvía, Jenny vio que Maya alzaba el auricular del teléfono con expresión lóbrega y molesta. Mientras Matt y ella seguían a la sargento Prater por el pasillo hasta una habitación

situada en el extremo izquierdo, Jenny comenzó a comprender la presión con la que debían trabajar continuamente esas mujeres. Se preguntó si ella podría trabajar con tanta tensión. Supo que no.

El cuarto en el que entraron era pequeño y económico en el mobiliario. En el centro había un escritorio verde de metal y varias sillas del mismo color y material. Eso era todo. Matt depositó las carpetas en el escritorio y se retiró mientras Jenny dejaba la taza sobre la mesa y acomodaba el maletín pesado en el suelo. La sargento se marchó. Jenny miró alrededor y plantó las manos en las caderas.

—Nuestro hogar. Al menos durante los próximos días.

—Podría ser mucho peor —observó Matt—. A propósito, le has causado una buena impresión a la mayor.

—¿Sí?

—Te trató como a una de las tuyas. Es un buen signo.

—Eso me pareció —repuso mientras subía el maletín al escritorio—. Sé que a los militares no necesariamente les caen bien los civiles.

—Me parece que le gustas.

—Entonces he cruzado mi primer puente. Sé que si a un oficial al mando no le caes bien, estás perdida.

Riendo entre dientes, Matt acomodó las sillas para dejarlas delante de la mesa.

—Avanzas deprisa, cariño. Deprisa de verdad —en esa ocasión empleó a propósito el término, para ver qué efecto surtía en ella. Vio que lo miraba entre sorprendida y complacida.

—Apuesto que llamas «cariño» a todas las mujeres —le reprochó de buen humor mientras sacaba el ordenador portátil y buscaba una toma a la que enchufarlo. El corazón le palpitaba de forma desacompañada, pues Matt la miraba con interés y... deseo.

—No —respondió él despacio al ir a la puerta y asomarse al pasillo—. No es cierto.

Azorada, Jenny se sentó, levantó la tapa del ordenador y lo encendió. Al observar a Matt, apoyado de forma casual contra el marco, con las manos en los bolsillos de los chinos, se sintió un poco insegura acerca de la relación que mantenían. Esa noche iba a tener que regresar al hostel y dormir en aquella cama con él... otra vez. No sabía cómo iba a sobrellevarlo.

Capítulo 6

La fatiga la envolvió al sentarse en la cama del hostel. Eran casi las diez de la noche y acababan de terminar una cena rápida en el India Feliz. Matt se sentó ante el pequeño escritorio para leer la información que Jenny había redactado sobre las tres pilotos que había entrevistado ese día.

Se desabrochó las botas y deseó poder echarse a dormir. El día había sido muy estresante para ella, aunque no había dejado que nadie lo notara. Se había comportado con seguridad, como si supiera exactamente lo que hacía. Jeremy bostezó y se tumbó con las manos metidas bajo la almohada.

Matt levantó la vista. Vio que ella cerraba los ojos y doblaba las rodillas hacia el cuerpo. El interior de la habitación estaba algo húmedo y se había tumbado sobre la colcha. Se levantó, sacó la ligera manta de alpaca y la extendió sobre su diminuto cuerpo. Al taparle los hombros, vio que Jenny sonreía con gesto agotado.

—Gracias..., estoy destrozada. Creo que cerraré los ojos un rato antes de ducharme, Matt...

Matt se inclinó y siguió el deseo de tocarla. Pasó los dedos por su pelo corto y rubio al tiempo que susurraba:

—Duérmete, cariño. Te lo has ganado. Hoy has hecho un buen trabajo —vio que ella separaba los labios y comprendió que ya estaba dormida. Sabía que la noche anterior no había conseguido descansar mucho.

La contempló y absorbió sus facciones suaves y apacibles. Era una mujer muy valerosa a la que le resultaba imposible reconocerlo. Había conducido las tres entrevistas largas e intensivas con profesionalidad e inteligencia. Ese día había visto otro lado de ella y estaba muy impresionado. Durante las entrevistas, no se mostraba voluble, inquieta o habladora. Tenía sus preguntas y las formulaba. E introducía con fidelidad las respuestas de las pilotos en el ordenador. En todo momento se mostró cordial pero reservada. Suponía que sus estudios de Psicología le habían enseñado a controlarse en semejantes situaciones.

Regresó a la mesa y siguió leyendo las respuestas que habían dado las pilotos durante las entrevistas. Jenny le había pedido que repasara el material para aportar comentarios o preguntas complementarias, si era necesario, porque con su conocimiento del ámbito militar podría deducir mucho más que ella. Era una jugadora de equipo. A lo largo del día lo había hecho sentir importante y parte de cada entrevista. No lo había relegado a un rincón, no. E incluso entre entrevista y entrevista, había dedicado treinta minutos, a veces hasta una hora, a recabar sus opiniones y su experiencia con el fin de evaluar a las voluntarias.

Horas más tarde, Matt apagó el ordenador y fue a darse una ducha. Era casi medianoche. Al salir del cuarto de baño, vio que Jenny seguía en su sueño apacible. ¿Quizá porque le había comprado una luz nocturna en un puesto callejero de regreso aquella tarde? Su luz constante refulgía desde el enchufe. Al ir a darse la ducha, había apagado todas las luces con la excepción de la luz nocturna.

Al acercarse a la cama su corazón dio un vuelco. Lo dominó una ternura enorme. Jenny dormía como el ángel que era. Sonrió al recordar su amabilidad. A pesar de lo hambrienta y cansada que

estaba, había insistido en que pasaran a ver a María y a Daniel para entregarle al pequeño la tarta de chocolate que les habían servido en la cafetería de la base. Los ojos del pequeño se habían encendido como un árbol de Navidad. Era dolorosamente obvio que a Jenny le encantaban los niños. Había abrazado y besado a Daniel antes de entregarle un regalo. El marido de María, Juan, les había agradecido su generosidad.

Se puso en cuclillas y se apoyó en la cama.

—Eres una persona increíble, Jenny Wright —susurró al pasar los dedos por su mejilla cálida—. ¿Qué eres? ¿Un hada hermosa? ¿Una mariposa? Eres más imaginada que real, ¿verdad? —al acariciarle la mejilla, ella se movió levemente en respuesta. Era tan sensible. Tan frágil. Pero, al mismo tiempo, y a pesar de sus difíciles años de juventud, avanzaba con valor decidido.

Descubrió que quería ayudarla a seguir creciendo, a evolucionar y abandonar la prisión de su pasado. Ese mismo día había descubierto que las pocas relaciones que Jenny había tenido con hombres, habían sido negativas. Se culpaba a sí misma de esos resultados. Sin embargo, en ningún momento dijo nada negativo o despectivo sobre los hombres. Desde el punto de vista de Matt, y solo por lo que sabía de lo que ella había compartido con él, los hombres que había conocido eran imbéciles declarados que no tenían idea de cómo apreciar a alguien como Jenny. No eran capaces de ir más allá de la inquietud y la locuacidad que la dominaban cuando se ponía nerviosa, ni de su falta de autoestima.

—No —musitó—, no se domestica a una mariposa, ¿verdad, cariño? Hay que darle libertad y apreciarla por lo que es y no...

Se levantó despacio y rodeó la cama. Levantó la sábana y la colcha de su lado y se metió con sigilo, sin querer despertarla. Una vez acostado, se puso de cara a la pared, porque si no, iba a darse la vuelta y a acomodarla en el hueco del brazo. Su corazón era lo que más deseaba..., pero con contundencia se recordó que las mujeres solo representaban problemas, con pe mayúscula. Su ex mujer se lo había enseñado.

Jenny contuvo momentáneamente el aliento cuando la suboficial Akiva Redtail entró en el cuarto de entrevistas. Tenía la piel cobriza, los ojos dorados y levemente rasgados. Aunque llevaba el mismo uniforme oscuro y ceñido de las otras pilotos, varias cosas la separaban de las mujeres que Jenny había entrevistado el día anterior. Principalmente, la energía invisible pero poderosa que envolvía a aquella mujer de casi un metro ochenta de estatura y de fuerte complexión ósea. El pelo de Akiva, negro y abundante, caía lacio y lustroso hasta su pecho. Lucía una banda roja en la frente que resaltaba su aspecto de india. Lo que llamó la atención de Jenny fue una fina trenza que nacía en el centro de su cabeza y estaba recogida detrás de la oreja derecha. En el cinturón llevaba un hacha de aspecto antiguo, con la hoja cubierta por una funda de cuero y la empuñadura desgastada. A la derecha, cerca de la pistola, colgaba una funda india con abalorios que contenía un cuchillo enorme.

—Hola, señorita Wright —saludó al tiempo que extendía la mano por encima de la mesa—. Tengo entendido que es usted la mujer que va a seleccionar a las tres afortunadas.

Jenny no pudo evitar sonreírle a esa piloto atrevida y segura. Le estrechó la mano con calor.

—Así es. El señor Davis, mi compañero, ha sido militar y él me ayudará a realizar la selección definitiva. Siéntese. Seré lo más rápida que pueda.

La piloto soltó la mano de Jenny y se acercó a Matt para estrechar la suya.

—Hoy estoy de guardia. Esperemos que no suene la campana —sonrió y se sentó. Se sacó un

chicle enorme de la boca y lo tiró a la papelera cercana—. Masco chicle cuando estoy de guardia. Reduce mi nivel de estrés —explicó mientras cruzaba una pierna.

—Admiro lo que hacen ustedes. Es peligroso.

—Gracias. Es agradable recibir un cumplido de fuera. Pocos nos conocen o saben lo que hacemos —acordó la mujer de buen humor. Echó una mirada en torno al austero despacho—. Pero este es nuestro hogar y nos encanta. Somos buenas en lo que hacemos y conocemos nuestro trabajo —esbozó una sonrisa enorme—. Me gusta estar en primera línea. Ahí está la acción, y yo nací para la acción.

Con una sonrisa, Jenny introdujo el nombre de la piloto en el ordenador. Le caía muy bien Akiva Redtail. En sus ojos dorados, que no pasaban nada por alto, había mucha jovialidad y calor. Abrió su historial y lo estudió un momento; luego la miró.

—Voy a serle completamente franca y a decirle que desconozco las costumbres de los indios de Estados Unidos. ¿Podría ayudarme a entender de dónde viene, cuál es su origen? De ese modo, tendré una mejor idea de cómo puede encajar en la futura misión de Perseo.

—Por supuesto. ¿Qué quiere saber? Soy un libro abierto —rió con ganas.

—Espero que no se lo tome como un insulto —comenzó Jenny—, pero tiene un nombre hermoso. ¿Puedo llamarla Akiva? ¿Y puede hablarme del nombre? ¿Por qué se lo pusieron?

Akiva asintió con las gruesas cejas enarcadas.

—Claro, no hay problema. Soy mitad apache charicauha y mitad lakota santee. Por el lado de mi madre, el apache, mi tatarabuela cabalgó junto a Gerónimo. Fue una de sus mujeres guerreras.

—¿Una mujer guerrera? —Jenny se quedó boquiabierta—. ¿De verdad? No sabía que los apaches dejaran que las mujeres lucharan.

Akiva rio entre dientes y la miró con ironía.

—Los apaches forman una sociedad matriarcal. Si una mujer tiene lo que hace falta para ser una guerrera, entonces se convierte en una. Por mis venas corre sangre guerrera. Y mi tatarabuela cabalgó durante años con Gerónimo, hasta que el ejército de Estados Unidos les tendió una emboscada. Recibió un tiro en la espalda, quedó paralizada y terminó por morir meses después. Era su mayor guerrera y él confiaba mucho de ella. Después de aquel ataque, Gerónimo regresó a México.

Akiva señaló el hacha y el cuchillo que llevaba en el cinturón.

—¿Ven estas armas? Pertenecieron a mi tatarabuela. También las empleó. Son un legado de mi familia. Mi madre me las entregó cuando entré en el ejército. Justo antes de alistarme, me convertí en una guerrera apache. Hay que superar una larga y dura prueba de resistencia para serlo —señaló la trenza—. ¿Ven esto? Es lo que se conoce como «la tercera trenza del guerrero». Solo un apache, hombre o mujer, puede llevarla, después de haber pasado muchas, muchas pruebas difíciles, de vida o muerte, para ganarla. Yo gané mi tercera trenza a los diecisiete años.

—¡Vaya! —susurró Jenny, cautivada por la historia de Akiva—. Qué maravilloso entorno familiar. Mujeres guerreras... y mírese ahora.

—Sí, en vez de un caballo, montó en un Boeing Apache Longbow. Fantástico, ¿verdad? —rió entre dientes—. Pero me encanta. No es más que un caballo de distinto color, eso es todo. Sigo haciendo lo que mejor sé hacer, que es luchar por la justicia y la luz.

—¿Y su nombre? ¿Significa algo?

—Los nombres nativos americanos siempre tienen un significado, señorita Wright. Akiva es de mi lado apache. Cuando realizamos una ceremonia, creamos un kiva, un lugar donde se puede celebrar la ceremonia sagrada. Mi abuela y mi madre eran hechiceras. Tenían la medicina del

jaguar. Ya sabe, en tiempos pasados, el jaguar vagaba libremente por el sudoeste. Cada uno de mis familiares se enfrentó al jaguar e intercambió su espíritu con él —sonrió con expresión indescifrable—. Y ahora soy yo quien los tiene todos. ¿Puede sentirlos a mi alrededor?

—¿Medicina del jaguar? —Jenny se reclinó asombrada.

—Claro. Mi abuela me dio su espíritu jaguar guía al morir. Mi madre falleció hace poco y me entregó el suyo. Ahora tengo dos, y créame, los utilizo en todo momento en mi trabajo. Sus ojos y oídos me alertan de la presencia de los helicópteros rusos Kamov que desean derribarnos. Me advierten. Es como una poderosa intuición que nace en las entrañas.

Jenny asimiló la intensidad de Akiva y quedó cautiva de sus ojos dorados. No le costaba fantasear que Akiva era más jaguar que mujer, y durante un momento fugaz habría jurado que veía la cara de un jaguar superpuesta sobre las facciones de la piloto. Parpadeó y rio, incómoda, reprendiéndose por esa reacción excesiva de la imaginación.

—No cabe duda de que siento un poder a su alrededor. Ahora ya sé por qué.

Akiva asintió, como satisfecha consigo misma.

—Extrema. Así soy yo. Si busca a alguien para ejecutar una misión imposible, entonces ha de pensar primero en mí.

—Sin duda —dijo Jenny—. Si Akiva viene de su lado apache, su apellido, Redtail, ¿viene del lado lakota?

—Sí —Akiva adelantó el torso—. La familia de mi padre es lakota santee y vive en Nebraska. Redtail es mi apellido. Lo adoptaron cuando el ejército de Estados Unidos los obligó a dar un nombre y un apellido. El tótem de nuestra familia es el halcón de cola roja —sonrió y se señaló los ojos—. Yo también tengo ojos de halcón. Puedo ver cosas que otros muchos pilotos no pueden. No se me pasa nada por alto.

—De modo que también tiene medicina de halcón —conjeturó Jenny.

—Lo ha captado —sonrió con ganas—. Creo que la mayor Stevenson debería mantenerla en la base, señorita Wright. Tiene lo que hace falta. Es veloz y encaja con nosotras, rebeldes con causa.

El halago sincero de la piloto le causó rubor. La expresión en los ojos de Akiva le recordaba a la de un halcón que evaluara a sus competidores. Era evidente que la piloto ansiaba la misión. Y al mismo tiempo, tenía la elegancia de admirar a la propia Jenny por lo que aportaba a la entrevista. Reafirmada por la confianza que emanaba de las palabras de la piloto, miró a Matt, el cual estudiaba a Akiva con la misma expresión que había empleado con las demás pilotos: cara de póquer.

—¿Dígame por qué quiere obtener esta misión, Akiva? —le preguntó.

La otra se levantó y se alisó el uniforme.

—Soy buena en lo que hago. Tengo entendido que hay tres puestos. Quiero que se me tenga en cuenta solo para la misión secreta. No me interesa la de la frontera ni entrenar a esos tipos para que vuelen por la noche y descubran los aviones con droga que aterrizan en Estados Unidos —agitó la mano y movió la cabeza—. Quiero la misión secreta. Hablo cinco idiomas además del inglés. El español lo domino bastante bien —se señaló la piel y sonrió—. Parezco mexicana, ¿no cree? Siempre me toman por hispana. Tengo entendido que la misión será en México. Considero que con mi intuición y mi capacidad de raciocinio, podría cumplir con éxito los requisitos para la misión.

—¿Y estar de incógnito no la asusta?

—Estoy asustada en todo momento, señorita Wright —se encogió de hombros—. Vivo asustada. La diferencia que hay entre la mayoría de la gente y yo es que puedo pensar a través de mi miedo y

sé lo que hay que hacer para sacar adelante el trabajo. Eso es lo que me separa de casi todos los demás.

Admirando su fuerza, belleza y seguridad, Jenny dijo:

—Resulta convincente, Akiva.

—Siempre lo intento.

Jenny deseó poder tener un ápice de la seguridad que irradiaba Akiva. No solo era una mujer que aceptaba con plenitud lo que era, sino que florecía con su propio poder. No podía culparla por tener un ego sano. En esas circunstancias, con el peligro al que se enfrentaban esas mujeres a diario, hacía falta tener mucha seguridad. Akiva era sincera consigo misma y su capacidad, pero también era capaz de alabar a los demás.

—¿Prefiere trabajar sola o con un compañero?

La piloto dio una vuelta por el cuarto mientras reflexionaba. Finalmente, se detuvo delante del escritorio y miró a Jenny.

—Dependería de las circunstancias. Como mujer, me inclino por el trabajo en equipo, pero también hay una faceta en mí que se siente muy a gusto asumiendo sola el peligro. Quizá sea por mi sangre apache. Me da igual, señorita Wright —sonrió—.

—¿Y si la misión requiriera que trabajara sola? No tendría compañero ni apoyo. Ni ayuda si las cosas se torcieran.

Akiva alzó el mentón con decisión y miró alrededor.

—Parece la descripción de mi vida aquí —rio con expresión desdeñosa y luego se puso seria—. Siempre corremos peligro, porque no podemos identificar la señal de los Kamov rusos en el radar. Si las cosas se pusieran mal ahí afuera, es ellos contra nosotros. No podemos esperar la llegada de la caballería de Estados Unidos. Solo de Perseo y Morgan Trayhern —sonrió—. ¿No es fantástico? Dos generaciones después, formo parte del mismo ejército que persiguió y abatió a mi tatarabuela. ¿Qué le parece ese karma?

Jenny introdujo la respuesta.

—¿De modo que no le importaría vivir sola, en alerta permanente en un emplazamiento remoto en la selva y sin ninguna ayuda?

—No —entrecerró los ojos hasta que parecieron dos rendijas—. Dispongo de mi propia ayuda de otro mundo, señorita Wright. Sé que ustedes, los anglosajones de Estados Unidos, no creen en los espíritus guía, pero nosotros, los indios, sí. Y son tan reales como usted y como yo. Usted no tiene que creerlo si no quiere. Pero yo sí. Una y otra vez me han demostrado que mis espíritus guía no solo me ayudan sino que me guían, y en más de una ocasión me han salvado la vida —atravesó el aire con un dedo—. Tengo mis espíritus jaguares, dos pares adicionales de ojos, narices y orejas, que me ayudan a sobrevivir y a luchar.

La energía remolineó en la habitación. Jenny la sintió. Y evidentemente Matt también. Se movió incómodo, pero no dijo nada. Akiva permanecía allí, con las manos en las caderas, desafiante, segura, palpable ese poder invisible.

—La creo —le dijo a Akiva mientras copiaba la respuesta.

Justo en ese momento sonó la alarma. Jenny alzó la cabeza con brusquedad al oír el sonido. Vio que el rostro de Akiva se endurecía. Con un movimiento felino, dio media vuelta, salió por la puerta y se marchó.

—¡Vaya! —exclamó Jenny al levantarse—. ¡Esa mujer es algo distinto, Matt!

Él se dirigió a la puerta para observar la acción mientras la alarma seguía sonando en el complejo. En cuanto un operador de radar avistaba un avión o un helicóptero de los traficantes,

hacía sonar la alarma para indicar que dos Apache y un Blackhawk de apoyo tenían que despegar para ir en su persecución. Esa acción acarreaba un movimiento frenético tanto por parte del equipo de tierra como de las pilotos.

Matt se volvió y vio que los ojos de Jenny estaban muy abiertos por la emoción. Sonrió un poco y se apoyó en la puerta.

—Das la impresión de querer seguir a Akiva y estar en el Apache cuando despegue.

—¡Me encantaría! —reconoció con asombro—. Me gustaría... me gustaría poseer esa clase de valor y seguridad. Es una mujer tan increíblemente fuerte y segura de sí misma y de lo que hace.

—No seas tan rápida en condenarte —advirtió al apartarse de la puerta y regresar a la mesa—. No todo el mundo necesita ser un guerrero de primera línea como estas mujeres. El equipo de apoyo que hay tras ellas es igual de importante. Sin él, los helicópteros no podrían ser reparados, no podrían repostar..., no irían a ninguna parte. Y el personal de oficina maneja el tráfico, las llamadas de teléfono, la operación interior que coordina todo, desde las bombas hasta las balas con las que esos enormes aparatos van equipados.

—Tienes razón —asintió, sabiendo que se refería a las personas como ella, que trabajaban entre bambalinas..., que ayudaban a Morgan a dirigir con eficacia Perseo. Cerró el ordenador y se reclinó en la silla—. Ni siquiera hemos tenido oportunidad de charlar sobre lo de anoche.

—¡Ah! —sonrió y se sentó en el borde de la mesa—. ¿Te refieres a no poder darte una ducha antes de caer rendida?

—Sí —frunció la nariz.

—Yo no noté ningún olor, si es lo que te carcome por dentro.

—¡Me lees el pensamiento! —rio.

—Es difícil no hacerlo cuando cada emoción que sientes atraviesa esa preciosa cara tuya.

Un calor delicioso inundó el corazón de Jenny y esta se sintió eufórica al recibir esa mirada especial. Literalmente, podía ahogarse en los ojos de Matt.

—¿Preciosa? ¿Yo? No. Si quieres ver a alguien hermoso, mira a Akiva. ¡Es magnífica! Es tan visceral y salvaje, una mujer muy carnal y sensual.

—Es un tipo de belleza —convino Matt con los brazos cruzados mientras la miraba jugar con sus papeles y lápices, y supo que anhelaba creer que la consideraba hermosa. Solo tenía que convencerla de que era verdad—. Tu belleza no es tan impresionante, pero es igual de conmovedora para un hombre.

—¿Qué? —sintió un cosquilleo en la piel mientras él la observaba. Nunca un hombre había hecho que sintiera eso, como si una mirada fuera un contacto físico.

—Tu belleza es un rayo de luz sereno y cálido para el alma hambrienta y fría de un hombre —musitó Matt—. Tu calor, tu espontaneidad y generosidad derretirían el corazón más duro, cariño —«y has derretido el mío hasta el punto de que solo puedo pensar en tocarte, en besarte, en hacerte mía de todas las maneras posibles», quiso añadir. Pero guardó silencio mientras absorbía la gentil mirada de ella.

Se preguntó cómo iba a mantener la distancia con ella esa noche en la cama. Debido a los horarios de las pilotos y a las misiones inesperadas que surgían, las entrevistas iban a tardar más de lo previsto. Eso significaba más noches con Jenny. ¿Cómo diablos iba a mantener las manos lejos de ella?

Capítulo 7

No puedo dormir —Jenny suspiró mientras se daba la vuelta para mirar a su derecha. Matt estaba con las manos bajo la cabeza. A la débil luz de la luna que se filtraba por la ventana, y con el resplandor de la luz de noche, podía verle el perfil. Según las manecillas luminosas de su reloj, era casi medianoche.

—Yo tampoco —gruñó él.

—No dejo de repasar mentalmente las entrevistas. Maldita sea, todas las pilotos que hemos entrevistado hasta ahora podrían participar en las misiones que Mike Houston ha diseñado para Perseo.

—En especial, Akiva. Tiene madera de mercenaria, sería una excelente compañera. Sé que a Morgan le encantaría quitársela a la base y ofrecerle un trabajo en Perseo.

—Sí —Jenny susurró con admiración—. ¡Es tan especial! Tienes razón.. A Morgan le encantaría que se uniera a nosotros. Me encanta esa seguridad, sólida como una roca, que tiene en sí misma. Quiero decir, todas las mujeres pilotos la tienen, pero ella la tiene de verdad.

—¿Sabes?, tú también la tienes.

Ella se puso de costado y se permitió el lujo de mirarlo fijamente. Había llegado a esperar con gusto esas noches compartidas con Matt. Incluso ya dormía bien. Quizá se debiera a la luz nocturna... o tal vez a Matt, quien le proporcionaba una gran sensación de seguridad.

Vio que le lanzaba una mirada divertida.

—Me siento más segura desde que llegamos aquí —reconoció—. Creo que es por ti, y también por el modo en que me tratan las pilotos. Me respetan.

Matt también se puso de lado y se apoyó en un codo. Le hizo falta una gran fuerza de voluntad para no alargar la mano y revolverle el pelo. Al ver la boca entreabierta, gimió para sus adentros. Se preguntó cómo sería tenerla bajo su boca. ¿Qué sabor tendría? Le ordenó a su mente que se centrara.

—Lo que no comprendes es que mucha gente te respeta. Lo que pasa es que eres la última en captarlo —la vio esbozar una sonrisa triste.

—Es posible... —con la yema del dedo trazó un dibujo invisible en la sábana, entre los dos. El corazón comenzaba a martillearle otra vez con fuerza. Quería alargar la mano y tocarle la cara—. ¿Y qué me dices de ti, Matt? Siempre quieres saber de mí, pero nunca hablas de ti..., de tu pasado... o de lo que te ha traído hasta este punto en tu vida.

—Uy, uy —se burló—. Ya veo un cuestionario de veinte preguntas.

Con una risita, Jenny mantuvo su mirada cálida y experimentó un torrente de calor en el vientre, donde se centraba una palpitación constante.

—Sé que eres mercenario y que valoras los secretos. Pero ¿no podrías compartir un poco de ti? Después de todo, yo fui como un libro abierto contigo. Confíe lo suficiente en ti como para hablarte de mi bochornosa vida.

Matt mandó todo al infierno. Alargó la mano, la tomó del mentón y la miró a los ojos cada vez más abiertos.

—Escúchame, cariño, no hay nada de lo que debas avergonzarte de tu pasado o de tu infancia. Fueron duros. Y sobreviviste. Estoy muy orgulloso de ti, Jenny. Has avanzado mucho. Te entregaron trapos y con eso hiciste una manta con los colores del arcoiris.

Ella cerró los ojos y tembló al asimilar la caricia. Cuando Matt retiró los dedos, abrió lentamente los ojos. Una sensación de mareo, de desear más de lo que merecía, le carcomía el corazón y el cuerpo.

—Una manta con los colores del arcoiris —repitió en voz baja—. ¿Es así como ves mi vida? —se preguntó si estaría leyendo mal las señales, pero los ojos de él la hacían sentirse deseada. Pero, si de verdad la deseaba, ¿por qué no la besaba? ¿O solo buscaba una aventura de una noche? Jamás aceptaría eso. Ya había cometido errores con hombres, pero de cada uno había aprendido. Una relación debía tener algo más que simple sexo. Tenía que haber júbilo auténtico y amistad entre las dos personas. Por la cabeza le pasó la idea de que no era lo bastante valiente como para buscar una relación con Matt.

—Eres un arcoiris, desde luego —comentó Matt al obligarse a apoyar la mano entre los dos. La palpitación en la parte inferior de su cuerpo se intensificaba. Quería tomarla. Ahogarse en sus ojos, adorar esos labios con forma de pétalos y sentir los brazos de Jenny a su alrededor, abrazándolo como solo una mujer podía.

—Eso es bonito —suspiró Jenny—. ¿Sabes cómo te veo yo? —se mordió el labio, señal de que la ponía nerviosa aventurarse de esa manera.

—¿Cómo me ves? —con el fin de eliminar la tensión, bromeó—: ¿Como una almeja? ¿Lleno de blindajes? ¿Como un muro?

—¡No! —rió Jenny—. Te veo... —alzó los ojos hacia la oscuridad del techo— como un maravilloso caballero de reluciente armadura.

—Jenny, no soy ningún caballero —gimió Matt—. Si no me crees, pregúntale a mi ex mujer. A sus ojos como mucho habré llegado a ser un caballero al estilo de don Quijote, nada más —rió con desdén.

Jenny supo que esa era la oportunidad de ahondar en su pasado que había buscado.

—¿Cómo era... tu ex mujer?

Matt puso los ojos en blanco.

—Marilyn es una abogada pelirroja. Penalista. Un tiburón de primera clase.

—Algo debía de gustarte en ella.

—Sí —convino con una mueca—. Me gustaban su pasión, su fuego, su creencia en luchar por los oprimidos y ayudar a la gente que por lo general no puede permitirse el lujo de pagar a una abogada como ella. Era de las mejores en un bufete de primera categoría, y lo que me gustaba era que le importaban las personas más desprotegidas del mundo. Siempre. Marilyn jamás las miró con desprecio —se frotó la cara para desterrar el cansancio que empezaba a dominarlo—. La hago parecer un demonio, pero no lo es. Lo que pasa es que me machacó cuando nos divorciamos y todavía me duele.

—He visto algunos divorcios que han terminado de forma realmente desagradable —convino Jenny.

—El nuestro fue de esos. No tenía por qué ser así, pero los dos éramos obstinados. Ninguno quería ceder. Yo terminé del lado de los perdedores y, si soy sincero al respecto, es algo que me desagrada. Debo olvidar lo sucedido y olvidarla a ella.

—¿Tuvisteis hijos? —vio la angustia y el dolor en los ojos de Matt.

—No, gracias a Dios, no los tuvimos.

—Pero ¿queríais?

—Sí, pero decidimos esperar hasta pasar de los treinta años. Marilyn tenía su carrera y por ese entonces yo pasé de la Marina a trabajar en Perseo. No consideramos que fuera justo traer a un niño a un hogar en el que los dos padres luchaban por establecerse en sus respectivas carreras.

—Es estupendo que lo tuvierais en consideración. Un niño podría sufrir por ese tipo de situación —le gustaba la idea de que Matt fuera sensible a los cuidados que requeriría criar a un hijo.

—Sé que te gustan los niños. Daniel cree que eres su segunda madre —rio entre dientes.

Incluso ese día, después de que los hubieran llevado de vuelta a Agua Caliente, Jenny había bajado a pie hasta el río, donde María lavaba la ropa para sus muchos clientes mientras Daniel jugaba cerca, en una piscina pequeña que la gente del pueblo había construido para los niños. Una vez más le había llevado al niño el postre de la cafetería de la base, y Daniel se había mostrado encantado. A María le había entregado varias mantas viejas que la mayor Stevenson había consentido que distribuyera entre los pobres. María había derramado lágrimas de agradecimiento mientras el pequeño Daniel se aferraba a los pantalones de Jenny con las manos con tarta de chocolate. No le había importado que el niño la manchara. De hecho, lo había levantado en brazos para besarlo con cariño.

—Algún día —susurró Jenny en ese momento con sonrisa soñadora—, quiero tener hijos.

—¿Cuántos?

—Dos, creo. Dos es suficiente. En la actualidad hace falta mucho dinero para criarlos. Me gustaría darles las oportunidades que yo nunca tuve. Facilitarles la vida, para que puedan seguir sus sueños, fueren cuales fueren.

—Serás una gran madre —musitó Matt con sinceridad. Vio la mirada lánguida de ella a pocos centímetros de él. Los labios entreabiertos. Respiró hondo y cerró los ojos—. Creo que será mejor que te diga que estás en peligro, Jenny.

—¿Qué? —abrió mucho los ojos y al instante se sentó. La sábana se enroscó en torno a su cintura.

Él la miró fijamente. El camisón de algodón blanco que lucía era sencillo, pero femenino, con encajes alrededor del escote. Se llevó las manos al pecho con expresión de verdadera preocupación.

—Tranquilízate —alargó la mano y le acarició el brazo. La piel era suave y cálida. Incitadora.

—¿Cuál es el peligro? —comenzó a mirar en torno a ellos—. ¿Espías?

—No..., yo.

Clavó la vista en él. Le recordó a un puma tumbado perezosamente sobre una roca.

—Ah... —tragó saliva—. Creo que será mejor que hablemos.

Él asintió con expresión lóbrega. En ese momento, Jenny era como un cervatillo asustado y hermoso. En sus ojos se reflejaban conmoción e incredulidad. ¿Acaso desconocía lo hermosa que era?, ¿lo deseable que resultaba para él?

—Si quieres que sea sincero, me está costando mucho mantener las manos lejos de ti —gruñó—. No sé qué ha pasado, Jenny. Tienes el don de atravesar la armadura de un hombre. De llegar hasta su corazón. Al menos, así es como lo siento. No sé cuándo ni cómo sucedió, pero ha pasado. Y tengo en cuenta el hecho de que compartimos la misma cama y quiero compartir mucho más que ese espacio contigo.

Ella contuvo el aliento. Lo observó boquiabierto.

—¿Te... te gusto?

—¿Gustarme? —la miró divertido—. Eso es un eufemismo, Jenny. Te deseo. De todas las maneras concebibles. Pero no estoy seguro de lo que sientes tú por mí. Hay algo mágico en ti. ¿Sabes?, eres como una mariposa. Hermosa. Distante. Y siento que si extendiendo las manos para atraerte a mis brazos y besarte hasta que nos fundamos, podría asustarte..., destruirte... En algunos sentidos te veo tan frágil... —frunció el ceño—. Tiene que ser algo mutuo o no irá a ninguna parte. Y tampoco sé adónde puede conducir. No tengo ni la más remota idea. Lo único que sé es que te deseo. Me gusta escucharte hablar. Me gusta compartir nuestras historias vitales. Me haces reír..., ¿lo sabías? Despierto por la mañana con el deseo de pasar el día contigo, y hace mucho que no siento eso, mucho de verdad. Disfruto con tu compañía. Me gusta ver el mundo a través de tus ojos idealistas, porque tal como yo la veo, la vida es mucho más fea. Haces que me sienta limpio por dentro, Jenny... No sé de qué otra manera explicarlo. Sé que las palabras no se me dan bien...

Ella permanecía muy quieta. Las palabras de Matt cayeron como una cascada de sol cálida e inesperada.

—Yo... Me cuesta tanto creer lo que oigo, Matt. Quiero decir... —carraspeó y la voz le salió trémula—: Jamás pensé que estarías interesado en alguien como yo. Creía que te interesaría más una de esas pilotos que entrevistamos. Una mujer fuerte, segura. No alguien que chilla nada más ver una araña.

—Yo te veo como alguien seguro —le sonrió—. Como alguien cuya autoestima está floreciendo. ¿Y qué si chillas al ver una araña? Yo también tengo miedo. Nos pasa a todos.

—No lo sabía, Matt —susurró mientras apoyaba las manos en sus mejillas encendidas—. No pensé que fuera... No pensé que tú... —cerró los ojos. El estómago le dio un vuelco por el deseo salvaje que la recorrió. Solo pudo sentarse y notar el inesperado reconocimiento de Matt.

—Escucha, este es mi problema, Jenny. Solo quería advertirte que no te asustes, por si alguna noche, dormido y por accidente, me doy la vuelta y te tomo en brazos. Bastará con que me des con el codo en el pecho, despertaré y te soltaré. ¿De acuerdo?

Con las manos apoyadas en el pecho, Jenny notó el martilleo de su corazón. Lo miró y vio lo desdichado que parecía.

—Es tan asombroso, Matt. ¡Jamás pensé que mostrarías el más mínimo interés en mí!

—Ningún hombre en su sano juicio podría no estar interesado en ti, Jenny —cuando ella puso la mano en la sábana, entre los dos, Matt se la cubrió con la suya en un gesto protector.

—Pues esa no es mi experiencia. De hecho, no han estado llamando con insistencia a mi puerta, Matt. He tenido dos relaciones y ambas han sido un desastre..., al menos para mí —bajó la cabeza y sintió que él le acariciaba la mano. Eso le dio valor para continuar—. Será mejor que sepas el resto de mi historia. En la universidad, cuando trabajaba para terminar la carrera, me enamoré de un chico llamado Mark. Yo estaba mucho peor que ahora —lo miró con ironía y soltó una risa débil para tratar de restarle importancia, pero fracasó.

—¿A qué te refieres?

—Con el DDA, ¿recuerdas? Tenía hormigas en los pies. No era capaz de estarme quieta. Movimiento constante. Inquietud. Locuacidad. Le advertí a Mark de mi... problema y de cómo era. No pareció importarle, pero a medida que nuestra relación progresaba, sí le molestó. La luz de noche le molestaba. Y no quería hablar. Bueno, ya sé que a lo hombres en general no se les da bien comunicarse..., pero decía que yo nunca me callaba. Eso me dolió.

—Desde luego —Matt tuvo ganas de encontrar al tal Mark y arreglarle la cara—. Continúa...

Con una mueca, Jenny apartó la mano y alzó las rodillas. Las rodeó con los brazos y apoyó el mentón encima. Su voz sonó vacilante y llena de confusión.

—Simplemente, no podía ser lo que Mark quería, así que rompí con él.

—Eso fue lo más sano. Si no era capaz de aceptarte como eres, entonces no ibais a tener muchas cosas positivas entre los dos.

—Exacto. Bueno, eso me marcó bastante y corté con los hombres durante mucho tiempo. Tuve un par de años en los que solo me dediqué a estudiar. En mi último año de universidad, conocí a Bobby. De hecho, me persiguió durante meses antes de que yo accediera a tener una cita. ¡Uf! Me resulta tan bochornoso contártelo, Matt... —cerró los ojos con fuerza unos momentos.

Matt se incorporó para apoyarse contra el cabecero. La angustia en la voz de Jenny lo desgarraba. Alzó la mano y la movió levemente sobre los hombros tensos y encogidos.

—¿Fue detrás de ti para llevarte a la cama? ¿Una aventura de una noche? —adivinó.

Jenny asintió y giró la cara para mirarlo. La tranquilizaba el masaje que le daba en los hombros.

—Sí, y yo caí. Con veintidós años, caí. Supongo que esperaba que lo de Mark hubiera sido un error aislado. Dijo que nadie querría estar jamás con alguien como yo. Que lo volvería loco. De modo que soy tímida hasta lo enfermizo. Por eso me cuesta creer que estés interesado en mí. Tú eres un héroe, Matt. Un héroe de verdad, con condecoraciones y medallas para probarlo. Y, sin embargo, eres tan amable y sensible bajo esa armadura que llevas.

—Y crees que lo que acabo de compartir contigo significa que busco una aventura de una noche, ¿verdad?

Jenny esquivó su mirada penetrante. Apenas fue capaz de susurrar:

—Sí...

—Porque no crees ser merecedora de una relación duradera, ¿verdad?

—¿Quién quiere a una cobarde en su vida, Matt? —asintió, encogida por dentro.

—Escúchame —apoyó las manos en sus hombros y la volvió hacia él—. ¿Qué te parece si borras «cobarde» y en su lugar insertas «superviviente»? —apretó los dedos y se inclinó hasta quedar a unos centímetros de su cara. Lo dominaron las emociones y la voz fue un gruñido grave —. Desde tu nacimiento has superado más adversidades de las que la mayoría de la gente llega a conocer jamás. No te hiciste drogadicta como tu madre, y podrías. Tienes DDA, pero has aprendido a llevar tu vida y a seguir adelante en el mundo. Y has sacado una licenciatura en Psicología, lo cual muestra con claridad disciplina, perseverancia y empuje. A mis ojos, Jenny, eres una heroína en toda regla —la sacudió un poco para recalcar su discurso vehemente, expuesto con una mezcla de frustración, ira y deseo. Anhelaba comunicarle que era un ser humano maravilloso y que los demás no la veían como ella se veía a sí misma —. ¿Quieres saber cuál es el verdadero valor? Es vivir la vida, un día tras otro, de la mejor manera que sabes, cariño. Es tratar de ser un ser humano decente aunque estés cansado, te sientas fatal o la vida te haya estado maltratando. Es luchar para tratar siempre a los demás con respeto y amabilidad.

Relajó los dedos sobre los hombros de ella mientras buceaba en esos ojos empañados.

—¡Eres todas esas cosas, Jenny! A mis ojos y en mi corazón eres una heroína. Una verdadera superviviente..., no una cobarde. Quiero que creas lo que te digo. Por favor. Si ejerzo alguna influencia sobre ti, deja que mis palabras cambien el modo en que te ves a ti misma, ¿de acuerdo?

—Matt... —unas lágrimas ardientes cayeron por sus ojos. Alzó las manos y las apoyó en los hombros anchos y poderosos de él.

Incapaz de soportar verla llorar, susurró con voz quebrada:

—Quiero abrazarte, Jenny. ¿Por favor? Quiero ofrecerte un lugar seguro. ¿Me permites abrazarte un rato? No puedo soportar ver a una mujer o a un niño llorar. Me parte el alma...

Se recostó en los brazos abiertos de Matt y experimentó una sensación maravillosa. Apoyó la

mejilla en su hombro, cerró los ojos y con timidez deslizó los brazos alrededor de su torso. Sentir una mano protectora sobre la espalda, que luego subió para acariciarle el pelo, provocó más lágrimas en sus ojos cerrados.

—Yo... jamás imaginé... nunca imaginé... —sollozó.

—¿Qué? —susurró él sobre el cabello sedoso—. ¿Que eres una buena persona? ¿Que ya eres valiente, aunque seas la última en darte cuenta? ¿Por qué crees que la mayor Stevenson y los pilotos te respetan? Nadie se ha burlado de ti. Te admiran, cariño. Lo que pasa es que tú no lo ves —siguió sosteniéndola en brazos. Cuánto deseaba besarla. Pero no podía..., no se atrevía a dar ese paso hasta que no lo diera primero Jenny. Juró no aprovecharse de ella como habían hecho ese Mark y el otro imbécil. En ese instante, mientras ella lloraba de forma desconsolada en sus brazos, sacudida con cada sollozo, quería ofrecerle un lugar seguro para refugiarse de la vida dura que había soportado hasta ese momento.

Apretó los dientes con ira y clavó la vista en la penumbra de la habitación. Si fuera por él, los días de soledad de Jenny, en los que se sentía una perdedora y una cobarde, se habrían terminado. Aquella mujer merecía un amor que le hiciera olvidar su desgraciada infancia. Era una de las personas más generosas y cariñosas que jamás había conocido. Matt sabía que no era perfecto, pero tampoco era como los hombres que ella había conocido. Valoraba una relación estable. Se preguntó si habría esperanza para ellos.

Estaba asustado. Cerró los ojos, suspiró y simplemente absorbió el calor y la feminidad de Jenny en sus brazos. Estaba más asustado de lo que podía recordar haber estado nunca. Y tampoco sabía qué más decir. Ni hasta dónde llegar con ella. Todo se reducía a que era Jenny quien debía dar el siguiente paso. Tenía que esperar y ser paciente. Debía dejar que la conmoción, el trauma y la belleza de haberse mostrado con sinceridad las almas esa noche se asentara en el corazón y en la mente de ella. Requeriría tiempo.

Lo que desconocía era si lo tenían. Matt sabía que en cuanto regresaran al cuartel general de Perseo, lo estaría esperando otra misión y que se ausentaría durante tres meses. Llegó a la conclusión de que la vida no era justa.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, después de llegar a la base Jaguar Negro, Jenny necesitó todo su temple para concentrarse y no recordar una vez más la increíble ternura que Matt había compartido con ella durante la noche. El cuerpo aún le vibraba por cómo la había abrazado, como si fuera un jarrón delicado y hermoso que sin duda se quebraría si lo apretaba demasiado en sus brazos, fuertes y cálidos.

Matt se hallaba sentado en un rincón del despacho. Estaba bebiendo un café cuando se presentó la primera entrevistada del día. Una mujer de ojos oscuros y cabello negro que le llegaba a la altura de los hombros llamó a la puerta abierta. Medía aproximadamente un metro y sesenta y cinco centímetros, tenía una musculatura firme y el rostro, alargado. Aunque no llevaba ninguna identificación de rango en el uniforme negro, Matt sabía que era la capitán Sarah Klein, la segunda oficial al mando. Era la mano derecha de la mayor Stevenson y gran responsable del éxito de la base. Observó mientras Jenny se levantaba y le ofrecía la mano.

—Hola, capitán Klein —la recibió—. Pase, por favor. Sé que está muy ocupada. Siéntese y terminaremos con la entrevista lo más pronto posible para que pueda volver al trabajo.

—Gracias, y llámeme Dallas, ¿quiere? Es como me llama todo el mundo —giró y asintió en dirección a Matt—. Buenos días, señor Davis.

Modales impecables. Conservadora y diplomática. Matt asintió y se reservó el análisis.

—Buenos días, Dallas. ¿Ya ha tomado café? —señaló la cafetera situada en el aparador próximo al escritorio de Jenny.

—Sí, sí —rio con voz ronca—. Mi día empezó a las cuatro de la mañana, cuando un técnico de mantenimiento se topó con un problema mecánico inesperado con nuestro Blackhawk. Ya he rebasado mi dosis de cafeína. Una taza más y tendrían que bajarme del techo —añadió de buen humor.

Jenny sonrió. Dallas le cayó bien de inmediato. El puesto de segunda al mando requería mucho trabajo duro de despacho, a juzgar por lo que le había contado Matt durante el vuelo desde Agua Caliente. La mayor daba las órdenes y la capitán las ejecutaba y hacía que las cosas se pusieran en movimiento. Era el trabajo más duro del escuadrón. Y mirando a Dallas, que relajó una pierna sobre la otra, con las manos largas y finas en el regazo, pudo ver el cansancio que acechaba bajo los centelleantes ojos negros.

No obstante, había suavidad en la comisura de los labios, y Jenny descubrió que la piloto le caía bien sin saber a ciencia cierta por qué. Simplemente, Dallas la inspiraba con su presencia serena, tranquila y firme. Abrió la carpeta sin dilación y preguntó:

—¿Por qué quiere ofrecerse voluntaria para la misión de la frontera, Dallas? ¿No está lo bastante ocupada aquí?

—Hasta una oficial de operaciones necesita un cambio de ritmo de vez en cuando —abrió las manos y una sonrisa flotó sobre los labios bien formados—. Le pregunté a Maya, la mayor Stevenson, qué le parecía que pensara en presentarme voluntaria para semejante misión, debido a las responsabilidades y deberes que tengo aquí. Le pregunté si podría arreglarse sin mí durante

tres meses.

—¿Y podría?

—Dijo que sí —se encogió de hombros—. Maya miente bien —rio entre dientes con tono indulgente—. Sabe que llevo en el puesto tres años y que necesito un descanso mental de toda esta... —señaló hacia la puerta— actividad demencial.

—¿De manera que ve esta misión en la frontera mexicano-estadounidense, y el necesario entrenamiento de los pilotos de los Apache, como algo menos arduo que lo que realiza aquí? —quiso saber Jenny.

—Desde luego —respondió mientras se pasaba la mano por el pelo—. Sería una fiesta comparado con la constante tensión bajo la que funcionamos aquí.

—La misión necesita a alguien con mucha diplomacia. Nuestro análisis de misión apunta a que la persona elegida debe ser capaz de llevarse bien con los hombres, aunque habrá prejuicio contra una mujer al mando de los entrenamientos —alzó los ojos—. ¿Está preparada para que los pilotos de los helicópteros Apache le planteen problemas debido a que es usted una mujer, Dallas?

Se adelantó y apoyó un codo en la rodilla.

—Es una buena pregunta, Jenny. Mi respuesta es sí, puedo. Después de todo, soy una piloto israelí de paso por el ejército de Estados Unidos. Me entrené en el Fuerte Rucker, Alabama, hace bastante tiempo. Fuimos la primera clase de mujeres que entraba en ese bastión masculino y tuvimos que luchar contra muchos prejuicios. Aprendimos mucho de aquella experiencia —sonrió y entrecerró los ojos—. Creo que mi edad, veintinueve años, y mis tres años de experiencia en zona de combate, conseguirán que esos pilotos más jóvenes terminen por respetarme a mí y lo que tengo que enseñarles. Puede que no les guste que sea mujer, pero respetarán el hecho de que soy una veterana de combate. Una cosa es haber estado en la Guerra del Golfo, que apenas duró unos días, y otra completamente distinta operar a diario en una zona de guerra como la que tenemos aquí y vivir para contarlo.

—Comprendo. ¿Y por qué querría someterse a la misma situación que soportó antes con los pilotos estadounidenses de helicópteros Apache?

Dallas sonrió y se reclinó, relajada.

—Es muy buena formulando las preguntas adecuadas —murmuró—. Debería ser usted la segunda de aquí.

—Gracias —rio un poco sonrojada y captó en Matt una expresión de «ya te lo dije»—, pero no creo que tenga el brío y el coraje que muestran ustedes cada vez que se enfrentan a los Tiburones Negros Kamov que andan al acecho para destruirlos —mover la cabeza y tocó el ordenador—. Me ceñiré a mi papel de entrevistadora, ¿le parece?

—De acuerdo..., como usted prefiera —Dallas sonrió—. Aunque siempre nos vendría bien alguien como usted aquí. En mi puesto de oficial ejecutiva, soy más directora de personal que otra cosa, ya que he de ocuparme de que todo marche sobre ruedas. Usted tiene esa misma percepción certera sobre la gente. Y en este puesto es un don tan necesario como el entrenamiento militar.

—Gracias, Dallas —repuso, feliz por dentro—. ¿Y considera su capacidad para dirigir a las personas uno de los motivos por los que quiere esta misión?

—Sí. Pienso que puedo limar asperezas y enfrentarme a los retos y a la adversidad mejor que la mayoría —sonrió con un poco más de intensidad—. Fui criada en un kibbutz en Israel. Mi padre era piloto militar.

—Y muy condecorado —apuntó Jenny al mirar el historial.

—Sí. Y mi madre forma parte del Mossad, el servicio secreto de nuestro país.

—De modo que procede de una familia militar.

—Si uno vive en Israel, lo militar forma parte fundamental de su vida, Jenny. Todo el mundo debe cumplir un servicio militar obligatorio de dos años.

—¿Qué hizo que deseara convertirse en piloto de helicóptero de combate? En Israel, no tienen mujeres en esa rama de las fuerzas aéreas.

—Exacto —frunció los labios—. Nací para volar. Recuerdo que de pequeña observaba las águilas y los halcones volar cerca de nuestro kibbutz. Yo también quería sentir el impulso de ese aire caliente del desierto elevándome hacia el cielo azul. Mi padre era piloto militar. Me enseñó a pilotar a los catorce años. Luego, los helicópteros llegaron a encantarme, y al cumplir los dieciocho, tenía cientos de horas de vuelo con ellos. Me sugirió que solicitara el ingreso en el ejército de Estados Unidos, para entrenarme como parte del programa de intercambio de pilotos extranjeros —se encogió de hombros—. Tuve suerte..., bueno, quizá esa no sea la palabra adecuada. Mi padre, debido a quién es, pudo abrirme esa puerta. El ejército de Estados Unidos me permitió venir a entrenarme aquí, y así fue como conocí a Maya. Después de que recibiéramos nuestras alas, solicité venir a formar parte de esta operación secreta. Me aceptaron y el resto es historia.

—Es impresionante —murmuró Jenny—. Ha hecho mucho para abrir las posibilidades para que las mujeres en Israel puedan pilotar aparatos de combate.

—Eso espero —sonrió con calidez. Miró el reloj de pulsera—. Lo siento, he de irme... Dentro de cinco minutos tengo una reunión de táctica y estrategia. ¿Desea formular alguna otra pregunta? —inquirió al levantarse.

—Una más —Jenny asintió—. ¿Por qué la llaman Dallas y no por su nombre verdadero, Sarah?

—Bueno... —Dallas se detuvo ante la puerta—. ¿Sabe que todo piloto recibe un apodo durante sus años de estudio?

—Sí.

—¿Recuerda *Dallas*, la serie de televisión?

—Desde luego.

—En mis años jóvenes, tenía una obsesión con el Oeste. Vaqueros. Indios. Y mi programa favorito era *Dallas*. Así que mis compañeras de escuadrón eligieron ese apodo para mí.

—¿Ha estado en Texas? ¿En Dallas? —preguntó Jenny con una sonrisa.

—Sí, sí —puso los ojos en blanco—. Pero esa es otra historia para otro día —alzó la mano y añadió—: Gracias por tomarse el tiempo para verme. Mantendré los dedos cruzados para que me tome en cuenta en esa misión de entrenamiento en la frontera.

—¿Qué diferencia de personalidades! —exclamó cuando Matt y ella se quedaron solos.

Él se levantó y dejó la taza de café sobre la mesa.

—Estás viendo la diferencia entre una piloto en el escuadrón como Akiva y alguien cuyos deberes añadidos son mucho más exigentes. Ser comandante o segundo es uno de los puestos más duros que hay.

—¿Qué piensas sobre Dallas?

—A juzgar por el entusiasmo que veo en tus ojos —sonrió—, diría que has encontrado a la mujer perfecta para dirigir esa misión en la frontera.

—No puedo ocultarte nada, ¿verdad? —musitó.

—No..., pero ya sabes que lo que reveles está a salvo conmigo —por encima de cualquier cosa, lo que quería era que Jenny se sintiera cómoda con él. La noche anterior, mientras la abrazaba y dejaba que se desahogara con el llanto, supo que había dado un paso importante en esa dirección.

Jenny alargó el brazo y tocó la mano de Matt, que reposaba en el borde de la mesa, cerca de la taza de café.

—Haces que me sienta segura —musitó—. Esta noche, cuando me eché a llorar..., no te haces idea de lo maravilloso que fue estar en tus brazos...

—Siempre seré un refugio seguro para ti, Jenny —replicó sin dejar de mirarla—. Y eso significa más allá del alcance de esta misión. Hasta ahora nos han juntado, pero me gustaría pensar que cuando volvamos a casa, lo que tenemos, lo que hemos compartido, no se habrá acabado.

Ya lo había dicho. Había depositado sus máximas esperanzas en esas palabras. A juzgar por la expresión sorprendida en los ojos azules de ella, supo que había tocado una fibra sensible. Durante un momento, Jenny frunció las cejas rubias y delicadas y se ocupó con las carpetas. Matt ya la conocía lo suficiente como para saber que se trataba de una reacción nerviosa. Se preguntó si habría ido demasiado lejos.

Jenny se humedeció los labios y lo miró con nerviosismo.

—Cielos, Matt..., en este momento todo me parece tan raro, tan diferente... —el corazón le martilleaba ante la idea de que él quisiera seguir explorando la relación una vez que se terminara la misión que los había juntado. La esperanza luchó con el tonto idealismo que proyectaba en toda relación. En su experiencia, había descubierto que siempre terminaba por esperar demasiado de un hombre. Sin embargo, la sinceridad de Matt, la expresión encendida que lo dominaba, hizo que el corazón le diera un vuelco con un júbilo que no pudo soslayar.

—Sí... —convino él—. No era mi intención presionarte, Jenny.

Antes de que pudiera decir otra palabra, la alarma reverberó en el interior del complejo subterráneo. Vio que Jenny se sobresaltaba por el sonido duro y luego se obligaba a sentarse y a relajarse.

Con el corazón y la mente sumidos en un torbellino por el reconocimiento de Matt, no sabía qué más decir o hacer en ese momento.

—Ahí se acaba nuestra siguiente entrevista —indicó mientras alzaba la carpeta de la suboficial Cam Anderson, una pelirroja de ojos verdes de veinticinco años y procedente de Montana.

—¿Está de guardia?

—Sí —asintió y se puso de pie—, igual que la otra voluntaria, la capitán Dove Rivera —titubeó, conmocionada aún por la declaración de Matt. ¿Cuántas veces había soñado con que un hombre le dijera esas palabras maravillosas?

—Será mejor dar por concluido el día, ¿verdad? —preguntó él—. No se sabe cuánto tiempo estarán fuera —vio que su expresión era reflexiva y que pegaba la carpeta al pecho.

—Sí, será mejor que volvamos a Agua Caliente —murmuró.

Sonrió levemente al mirarla a los ojos. ¿Esquivaría Jenny su declaración? Eso parecía. Lo inundó la decepción. Miró la hora y dijo:

—Es casi mediodía. ¿Qué te parece si vamos de excursión a la orilla del río Urubamba? Ayer María me contaba que hay un lugar muy agradable y arbolado. Y también está cerca de Agua Caliente. ¿Te gustaría?

—¿Una excursión? —le gustó la idea.

—Sí —respondió al ver el interés y el entusiasmo en los ojos de Jenny mientras guardaba el ordenador portátil en la funda negra de nailon—. ¿Te apuntas?

—¿Solos tú y yo?

—Sí. ¿Representa alguna presión para ti? —el corazón le palpitó con fuerza mientras le hacía

la pregunta.

Cerró la funda del ordenador y alzó el mentón.

—Me encantaría, Matt —el corazón se le desbocó porque era verdad.

No sabía adónde iba a conducir toda la situación. Él era tan atractivo, fuerte y seguro. Seguía sin entender qué podía ver en ella. Pero entonces se frenó e impidió que esa vieja cinta del pasado se pusiera en marcha. No, se dijo que era merecedora de tener a alguien como Matt Davis. Se lo repitió muchas veces mientras apagaba la luz y se marchaba del cuarto en compañía de él. Una parte de ella creía que tenían posibilidad..., aunque era una parte muy pequeña. Otra se preguntaba si semejante sueño se haría realidad. Y luego, esa parte enferma y herida que aún tenía que sanar, le decía que volvía a ser una tonta, que no era merecedora de nada y que Matt solo buscaba llevársela a la cama.

Mientras caminaban por el pasillo, el corazón se le inflamó de júbilo. La dominó la euforia. De pronto, la parte de ella que empezaba a curarse sí creyó que Matt estaba auténticamente interesado en ella. «Hasta una rana con verrugas puede tener un compañero en la vida», se recordó mientras bajaban las escaleras metálicas que los conducirían al suelo de lava negra de la cueva. De camino hacia el cochecito que los llevaría por el túnel hasta el lado excavado de la montaña y el mundo del exterior, Jenny sonrió. Era la sonrisa de una mujer que encontraba la puerta de su cárcel, la abría y salía a la luz del día por primera vez en la vida.

—Sándwiches de queso de llama —murmuró Matt al alargarle a Jenny las enormes rebanadas de pan negro con tomate pelado y queso blanco.

Había llevado una vieja manta del ejército sobre la que se habían sentado para disfrutar del picnic. Gracias a las indicaciones de María, habían localizado la pequeña playa bajo las ramas protectoras de un eucalipto que se alzaba junto a la orilla. A treinta metros, rompía y atronaba el Urubamba. Había rocas inmensas de todos los colores y tamaños, lo bastante grandes como para que la implacable corriente no pudiera arrastrarlas. De hecho, el agua parecía más un jardín de piedras que una corriente.

Jenny tomó el sándwich con ambas manos.

—¡Es enorme! No podré comérmelo todo, Matt —Kannie y Patrick, los propietarios de India Feliz, le habían ordenado a su chef que les preparara un «maravilloso» almuerzo para picnic. Y lo era..., aparte de gigantesco.

—Come lo que puedas —indicó Matt mientras sacaba la botella de vino blanco peruano. La descorchó y sirvió el líquido dorado en unos vasos de plástico—. Kannie tiende a pensar que estás demasiado flaca —y para corroborarlo, también había incluido unas porciones de tarta de chocolate de postre.

Jenny suspiró y masticó el delicioso sándwich. Estaba sentada en un costado de la manta con las piernas cruzadas; el mantel de picnic estaba extendido entre Matt y ella. La sombra moteada del eucalipto cortaba el calor y la humedad, que siempre aumentaba entre el mediodía y la puesta de sol. La ribera estaba entre cinco y diez grados más fresca que la selva. De hecho, cuando Jenny había probado el agua antes, le había parecido helada. No entendía cómo María o cualquier otra mujer peruana podía trabajar de forma constante en el agua fría del afluente. Quizá por eso sus manos eran tan correosas y gruesas, para protegerse de la hipotermia.

Alzó la vista y gesticuló hacia el río.

—Jamás he visto un río tan furioso como este.

—Por eso está catalogado como un río «cinco» —la informó. Sacó las servilletas de algodón rojo y le entregó una. Había sido una idea perfecta el picnic; se la veía joven y relajada junto al agua—. La gente que surca los rápidos califica los ríos del uno al cinco. Cuanto más peligroso, o sea, cuanto más rápido y con más rocas para esquivar, más alto el número —movió la cabeza mientras bebía un sorbo de vino—. Con franqueza, considero demente a cualquiera que intente surcar el Urubamba. Nadie podría conseguirlo. Se mataría con la velocidad que alcanzan sus aguas y terminaría lanzado contra las rocas.

—No vas a encontrar oposición en mí. Además, el agua está muy fría.

—Por eso es tan buena para la pesca de la trucha —sonrió—. Las truchas proliferan en agua helada. Nací en Ketchum, Idaho. Mi padre dirigía una empresa de equipamiento deportivo. Crecí dedicado al senderismo y a la pesca —su padre tenía una pequeña empresa que había convertido en un negocio multimillonario.

—Qué infancia maravillosa —Jenny estudió el río largo rato antes de continuar—. María me contaba que un chico que trabaja en un hotel de la localidad fue arrastrado por el afluente en el que ella lava la ropa. Resbaló por una roca mientras cruzaba maletas con otros jóvenes. El chico fue arrastrado al centro de la poderosa corriente, y en un abrir y cerrar de ojos terminó en el Urubamba —bajó la voz—. Me dijo que encontraron su cuerpo tres días después, en el otro extremo de la ciudad. Es una gran pena, y prueba de que estamos ante un río con el que no se juega.

—No voy a discutirte eso —murmuró Matt antes de dar otro bocado al sándwich. El sol jugaba sobre el cabello rubio de Jenny y lo moteaba con puntos que semejaban monedas de oro. Para él, Jenny era un tesoro. En todos los sentidos—. ¿Sabes hace cuánto que no me tomo tiempo para ir de picnic?, ¿para estar sentado y ver pasar el mundo? —inquirió.

—No —sonrió y bebió un poco de vino—. Dímelo.

Matt se estiró y se apoyó sobre unas rocas lisas y pequeñas.

—No lo recuerdo. De joven me gustaba bajar al arroyo que teníamos en nuestros terrenos para pescar y estar tumbado bajo el enorme roble.

—Suena estupendo. ¿Y te apetecería disfrutar más de eso ahora?

—Eres adivina.

—Gracias. ¿Y bien? ¿Quieres descansar de tu peligroso e intenso estilo de vida? ¿Dedicar tiempo solo a ver pasar el mundo?

—Sí, es posible. Ya soy mayor. Siento como si deseara asentarme.

—¿Y antes?

—Libre como el viento, como se suele decir. Probablemente fue lo que destruyó mi matrimonio.

—¿Estar lejos tan a menudo? —Jenny sabía que muchas de las misiones de Perseo duraban entre tres y seis meses. A veces más, en particular las secretas. Y eso era mucho tiempo de ausencia, a menos que tuvieras un cónyuge muy comprensivo, caso poco frecuente.

Matt asintió y bebió un sorbo de vino.

—Sí, mis ausencias llevaron el matrimonio a la ruina. Todo lo demás que ayudó a empujarlo al precipicio fue secundario. Cuando al fin «entendí» que mis numerosas ausencias estaban en el centro de la cuestión, intenté cambiar. Pero... —frunció el ceño— ya era demasiado tarde, aunque yo no quise reconocerlo. Había dejado las fuerzas especiales y me había incorporado a Perseo, con la idea de que, de algún modo, eso salvaría lo que teníamos. Pero no fue así.

—Desde mi punto de vista, la vida es una escuela —manifestó Jenny con gentileza—. Todos cometemos errores. Lo que cuenta es lo que hacemos la siguiente vez con lo aprendido de ellos.

—Sabias palabras de una mujer joven y sabia —concedió al terminar el sándwich. Alargó la mano hacia la tarta de chocolate y quitó el film que la protegía. Tomó un tenedor de plástico y cortó un trozo.

El silencio se extendió entre ellos. En realidad, con el bramido del Urubamba, no se podía considerar silencio. Matt disfrutaba viendo comer a Jenny. Esta daba mordiscos pequeños. Después de cada uno, se chupaba las yemas de los dedos, manchadas de queso de llama. Últimamente había notado que gran parte de su desasosiego y actividad frenética, casi maníaca, había cesado. Parecía mucho más serena. Feliz. ¿O la imaginación lo engañaba? ¿Sería él? ¿Perú? ¿O estaría creyendo más en sí misma y en su capacidad a medida que avanzaban las entrevistas? Matt no estaba seguro. Al final, reunió el suficiente valor para preguntarle lo que llevaba un tiempo con deseo de expresar.

—¿Jenny?

—¿Qué?

—¿Cuáles son tus sueños? ¿Qué quieres de la vida? ¿Dónde te ves dentro de cinco años?

Capítulo 9

Jenny reflexionó un momento y luego se limpió los dedos una última vez con la servilleta roja. Vio seriedad e interés en los ojos de Matt y supo que la pregunta iba en serio.

—Bueno..., ya sabes, jamás tuve un molde para mi vida —se encogió de hombros—. Quizá al pasar de familia en familia me desquicié y nunca me vinculé a nada... o a casi nadie. Pero sabía que quería llegar a ser alguien, lloviera o tronara. Tenía que demostrarme que no soy la tonta que todo el mundo creyó en las distintas escuelas a las que fui. Terminar la universidad era mi único objetivo.

Miró hacia el rugiente y enorme Urubamba y continuó con desdén:

—En ciertos sentidos, mi vida ha sido como ese río, Matt. Observa esas rocas, cientos de ellas, diseminadas a lo largo de su curso. Siento como si hubiera sido una pelota de ping-pong, golpeando desde pequeña las rocas de la vida para rebotar contra la siguiente —sonrió con melancolía y lo miró—. ¿Mis objetivos? ¿Sueños? Me concedo libertad, ¿sabes? Conseguir esta misión y trabajar para Morgan fue una alegría inesperada. Lo adoro. Es como un oso de peluche gruñón, pero con un lado muy tierno. Y Laura..., bueno, es maravillosa. A veces..., a veces en un momento de debilidad, fantaseo con que Laura y Morgan son mis verdaderos padres. Sé que es una estupidez..., pero me inspiran eso. Y por el modo en que me tratan, como si fuera otra hija, quiero quedarme en Perseo el tiempo que ellos deseen. Sé que el hecho de que Morgan me concediera la oportunidad de realizar esta misión es un premio. No quiero estropearlo. Quiero hacerlo bien y demostrarle que su fe en mí está justificada.

—Jenny, no vas a estropear esta misión. Ya puedes ver que eres buena en lo tuyo. Sé que Morgan va a quedar satisfecho con el modo en que llevas todo y con quien elijas para las tres misiones.

—Sí... —asintió y jugó con la servilleta— empiezo a verlo —le sonrió—. Gracias a ti... y a los pilotos que, a su propia manera, también me apoyan y animan.

—Te lo mereces —murmuró Matt—. ¿Qué me dices de tu vida personal? Me has contado lo que quieres en tu carrera, pero ¿y la Jenny Wright civil? ¿Cuáles son sus sueños, sus anhelos?

Ella cerró los ojos, sonrió y juntó las manos sobre el regazo.

—¡Soy una soñadora!

—¿Puedes compartir algún sueño conmigo? —pidió Matt. En ese momento Jenny parecía un ángel dorado, con el reflejo del sol sobre su cabello, agitado por la brisa procedente del río. La expresión de júbilo que veía en su cara le inflamaba el corazón. Deseaba ponerse de rodillas, adelantarse sobre la manta y plantarle un beso ardiente en los labios risueños.

—Me encanta hacer de canguro para Laura. Adoro a los niños. Bueno... —abrió los ojos y rio—, lo habrás podido suponer por lo mucho que me gustan Daniel y otros niños de la ciudad. Algún día querría tener una familia propia —frunció el ceño—. Me gustaría disponer de la oportunidad de deshacer lo que se hizo conmigo y darles a mis hijos un entorno estable, seguro y cariñoso. Me gustaría tener a un hombre que quiera ser padre, no alguien que llegue a casa por la noche y solo esté disponible para los niños los fines de semana —abrió las manos y añadió con ironía—. Sé

que es un sueño. Sé que no es realidad. Pero ahí están Morgan y Laura. Él va a casa casi todos los mediodías y se queda al menos una hora. Y a veces, cuando las cosas están tranquilas, Laura lleva a los gemelos para que lo vean. Me encanta ver a Peter y a Kelly. Ya tienen doce años. Les fascina y despierta su curiosidad que el cuartel general esté bajo tierra. Les gusta ver las grandes pantallas que muestran las imágenes de los satélites y los puntos de colores que reflejan nuestras misiones por todo el mundo...

—De modo que quieres a un hombre que se involucre de verdad en la educación de sus hijos.

—Desde luego. De lo contrario, ¿para qué tenerlos? ¿Por qué dejarle toda la responsabilidad a la mujer mientras él es un padre ausente? No estoy de acuerdo con eso, Matt. Probablemente espere demasiado del hombre con el que pueda casarme algún día, pero es un tema demasiado importante para no tratarlo con seriedad. No le haré eso a un niño. Veo lo maravillosa que ha salido Katy, la segunda hija de Laura y Morgan, con la influencia diaria que ha ejercido sobre ella Morgan. Es una jovencita de diecisiete años asombrosa y hermosa. Se parece mucho a Laura.

—Jason es un poco diferente —comentó Matt antes de beber un sorbo de vino.

—Bueno —indicó Jenny con tono preocupado—, ¿sabes que fue secuestrado por un capo de la droga cuando era muy joven? Aunque dos de los mejores hombres de Morgan lo rescataron en Hawai, era lo bastante mayor como para recordar esos acontecimientos, y estoy segura de que han dejado cicatrices. Y aunque ya tiene diecinueve años y está en su segundo año en la Academia Naval, Jason es un joven reservado. Al ser el primogénito, sigue los pasos de su padre y quiere ser marine. Pero no es confiado ni abierto como sus otros tres hermanos. Puedo entender sus motivos.

—Creo que tienes razón —dejó el vaso vacío—. Hay mucha agitación en su interior. Se ha convertido en un solitario y no confía en nada ni en nadie aparte de en sí mismo.

—Lo sé —suspiró con pesar—. Observé a Morgan y a Laura cuando fue a pasar las vacaciones de Semana Santa con ellos. Lo adoran. Quieren que sea feliz, pero ven que no lo es. De algún modo, desde el secuestro, una conexión profunda entre Jas y sus padres se ha roto. Es muy triste verlo. Me dan ganas de llorar. Jas se fue a su habitación para estar solo, y cuando Laura trató de que participara en las actividades familiares, se marchó a dar un paseo por las montañas.

—El muchacho tiene heridas emocionales —convino Matt—. Quizá estar en la academia lo ayude a entender el compromiso y el trabajo en equipo. Al menos podemos esperar que así sea.

—Sí, y que a medida que se haga mayor y experimente los golpes de la vida, pueda ser capaz de entrar en contacto con sus emociones y sentimientos y establecer otra vez el vínculo con Morgan y Laura. Sé que en algún plano inconsciente, Jas culpa a sus padres del secuestro que sufrió y de haber sido abandonado. Tiene mucha furia inconsciente dirigida hacia ellos. Estoy convencida de que él no sabe que sus actos hieren a alguien. Es natural que un niño considere verse separado de sus padres como una especie de castigo. Y sin importar el ánimo, el amor y el apoyo que le han brindado desde su rescate, siempre los ha rechazado. La experiencia lo hizo sentirse demasiado vulnerable y ha erigido un muro a su alrededor para evitar que así vuelva a ocurrirle.

—¿Tu infancia te afectó de esa manera, Jenny? —quiso saber Matt.

—No. Pero aunque yo me sentía abandonada, igual que Jason, a mí no me secuestraron, y ahí radica la diferencia. Quiero decir, al pobre Jas lo sacaron literalmente de la cama en la que dormía. Durante el rescate, Sabra lo llevó en brazos mientras Craig Talbot, el piloto del helicóptero, los sacaba de la villa del capo de la droga. Pero el aparato fue abatido a mitad de camino y se vio obligado a realizar un aterrizaje forzoso. Jas encima tuvo que soportar ese trauma.

Sabra empleó su propio cuerpo para protegerlo durante el aterrizaje de emergencia.

Se encogió de hombros y añadió con dulzura:

—Jas lo recuerda todo. Y lo que es peor, consideraba a Sabra su «tía». De pequeño había estado muy unido a ella, por eso Morgan la destinó a la misión de rescate. Sabra resultó herida por una pieza de metralla cuando el helicóptero estalló. Encontraron a Jas llorando y a ella, ensangrentada e inconsciente —experimentó un escalofrío—. Ha soportado mucho. Ese tipo de recuerdos son como una marca a fuego en tu corazón y tu cerebro. Son acontecimientos que alteran tu vida y te afectan para siempre.

—No cabe duda de que Jason ha sufrido mucho —Matt asintió—. Quizá estar en la academia naval lo ayude. Tiene muchos deseos de continuar con la tradición militar de la familia. Creo que también desea borrar la mancha en el honor familiar.

—Ah..., eso —suspiró y bebió vino con placer—. Creo que Morgan ha demostrado que no fue el traidor por quien lo tomaron durante la guerra de Vietnam.

—Lo digo porque lo vi en los ojos de Jas el año anterior a marcharse a la academia. Sabes que Laura y Morgan dan una gran fiesta de Navidad todos los años para los que en ese momento estamos libres.

—¡Ah, sí! —sonrió—. A Laura le encanta recibir a la gente y conseguir que se divierta. Conoce la tensión por la que pasan los mercenarios y sus familias. El año pasado la ayudé con la decoración y fui con ella a comprar los regalos. La celebración fue muy divertida y conocí a mucha gente que trabaja para Perseo.

—Yo me perdí la última porque estaba en una misión, pero varios compañeros que pudieron asistir me dijeron que fue la mejor.

—Fue maravillosa, Matt —suspiró—. Laura es tan buena consiguiendo que la gente salga de su caparazón y se mezcle y haga vida social... Morgan también, pero Laura se entrega a ello en cuerpo y alma.

—Y al ver el brillo en tus ojos, adivino que eres como una niña grande en Navidad —era una de las muchas cosas que había llegado a apreciar de Jenny. Cuando necesitaba ser adulta, lo era. Pero en cuanto podía salirse de ese perfil, se volvía una persona espontánea e infantil, llena de asombro y maravilla ante el mundo que la rodeaba. Se daba cuenta de que conseguía que él mismo se sintiera más como un niño.

Con risa alegre, Jenny desenvolvió su porción de tarta y con ganas comenzó a consumirla.

—Es una cosa que me agrada de mí misma, la capacidad de poder seguir siendo una niña. Quizá por eso me gustan tanto los niños. No han perdido la habilidad de ser flexibles y espontáneos.

—De modo que volvemos a la pregunta original, Jenny Wright —la contempló con párpados entornados—. ¿Qué quieres de la vida?

Apoyó el plato en el regazo, titubeó unos segundos y movió las manos.

—Lo mismo que todos. Algún día me gustaría casarme. Me encantaría tener dos hijos.

—¿Equilibrarías la carrera y los hijos? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy convencida de que los niños necesitan a una madre a tiempo completo los primeros siete años de su vida. Tuve algunas madres adoptivas que se quedaban en casa todo el tiempo y otras que trabajaban fuera, mientras yo conocía a una canguro tras otra.

—Has podido llegar a desarrollar una perspectiva única al respecto —apuntó Matt.

—He pensado mucho en ello..., tiendo a ser obsesiva —reconoció con una risita—. Me gustaría que mi marido ganara dinero suficiente para permitir que yo me quedara en casa con nuestro hijo.

De no ser así, entonces trataría de realizar algún tipo de trabajo desde casa. Y si eso no funcionara, intentaría conseguir un trabajo nocturno para que al menos pudiera estar en casa durante el día —lo miró con expresión contenta—. Desde luego, el padre también llevaría la parte que le corresponde en la educación de su hijo. No todo recaería en mis hombros. Aprendería a lavar al bebé, a cambiarle los pañales y a cuidarlo tanto como yo.

—Me parece justo —convino.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó antes de llevarse más tarta a la boca.

—¿De mí? —se encogió de hombros—. Después del divorcio, juré que jamás volvería a casarme. Pero ahora... Supongo que la edad y el tiempo le han dado fecha de caducidad a esa afirmación —sonrió un poco—. Para ser sincero, no me gusta la soledad. No me gusta llegar de una misión y tener que ir al piso que Perseo tiene en Philipsburg destinado a los mercenarios.

Jenny terminó la tarta y guardó el plato de papel y su envoltorio en la bolsa.

—Es lo estupendo que tiene un buen matrimonio. Puedes hacer y compartir cosas con tu mejor amigo, con quien además puedes hablar.

—Sí, y en un mal matrimonio, ninguna de esas cosas está en su sitio.

—Al ver lo poco que duran los matrimonios en la actualidad, creo que la clave para que uno tenga éxito radica en que la pareja sea amiga, que comparta las cosas que ama.

Matt giró la mano, alzó los dedos de Jenny y depositó un beso tierno en ellos. Los ojos de ella mostraron sorpresa, para pasar de inmediato a la languidez del placer. Al soltarle la mano con renuencia, Matt le sonrió.

—¿Podemos ser amigos? —preguntó.

Jenny le sonrió. ¡Casi era esperar demasiado! Matt quería su amistad. El pensamiento la llenó de felicidad... y se preguntó cómo sería llegar a conocer de verdad a aquel hombre.

Expectante, Jenny estaba sentada a la mesa que tenía en la base Jaguar Negro. La segunda suboficial, Camilla Anderson, de veinticinco años, debía llegar de un momento a otro para la entrevista. Matt se sentaba con una postura relajada en la silla próxima a la pared, con un café en la mano. Le sonrió levemente.

Pero la noche anterior había sido un infierno para él. Jenny había dormido sin incidentes, como un bebé, a su lado. Y él apenas había podido pegar ojo, dominado por la fragancia del champú de jengibre con el que ella se había lavado el pelo. Cuánto había deseado alargar la mano para abrazarla y pegarla a él.

Debía reconocer que el dormir juntos estaba ayudando a Jenny. Cada noche la veía menos inquieta. Dormía más profundamente. Las ojeras habían desaparecido de su rostro y empezaba a florecer como las hermosas orquídeas que tanto proliferaban en Agua Caliente.

La entrada de la segunda suboficial, Camille Anderson, interrumpió sus pensamientos. Centró la atención en la piloto del helicóptero Apache, que entró a la carrera, sin aliento, y que antes de ocupar su silla les sonrió.

—Lo siento. Casi llego tarde —miró el reloj que llevaba en la muñeca izquierda—. Surgió un imprevisto en la sección de mantenimiento y tuve que solucionarlo con la sargento York. Nos topamos con algunos problemas en un Apache... —se pasó los dedos por el pelo castaño y ondulado.

—No se preocupe. Hemos aprendido que las cosas por aquí son como un corcho en el océano y que debemos ser flexibles.

Cam sonrió y asintió. Se alisó el uniforme sobre los muslos, largos y de aspecto fuerte.

—Así son las cosas.

—Llámeme Jenny. ¿Cómo quiere que la llamemos?

—Cam —amplió la sonrisa.

Jenny sonrió. Le caía bien la piloto. Cam Anderson tenía unos ojos verdes vivaces, cara cuadrada y pelo castaño corto que apenas se quedaba quieto detrás de sus orejas. La rubicundez de las mejillas y los cientos de pecas que moteaban su nariz fina le daban un aspecto decididamente irlandés. Irradiaba un estado sereno de alerta. Medía un metro setenta y cinco y tenía una complexión fuerte. Observó su historial y vio que pesaba sesenta y cinco kilos. Era toda piernas, con unas caderas amplias. Y al igual que todas las mujeres de la base, Cam trabajaba en el gimnasio.

—Al terminar la instrucción en el Fuerte Rucker —continuó la piloto—, me llamaban Puma —se encogió de hombros—. Soy de Montana. Nací en las Montañas Rocosas. Esa zona está atestada de pumas y osos negros. Siendo muy joven, mi madre me dejó en el patio de atrás de la casa, que daba a un parque nacional. Cuando regresó unos minutos más tarde, vio a un puma sentado a menos de tres metros de mí. Solo me observaba.

—Santo cielo —exclamó Jenny—. ¡Apuesto que su madre estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón!

—Yo tenía seis años. Aún recuerdo el incidente. No me asusté. No paraba de decir: «¡Aquí, gatito, gatito, gatito!». Y eso es lo que desquició a mi madre.

—Asombroso. ¿Qué pasó luego?

—El puma dio un salto y se largó en cuanto vio a mi madre correr hacia mí —Cam sonrió.

—¿Pensaría en comérsela?

—No, no creo —repuso con expresión risueña—. Todavía recuerdo la sensación de aquel encuentro. Fue como volver a ver a un viejo amigo, a pesar de lo extraño que suena. Estaba feliz de ver al puma.

—Siento pena por su pobre madre —Jenny se tocó la mejilla—. Debió pensar lo peor.

—Mi madre se mostró muy serena. Recuerdo que me alzó en brazos y me explicó que el puma era demasiado grande para ser un gato de casa y que no debería intentar llamarlo, porque no iba a aparecer. Que su sitio estaba en las montañas.

—¿Es así como se ve usted, Cam? ¿Como una mujer cuyo sitio está en las montañas?

—Estupenda pregunta. Sí. Siempre he estado muy segura de mí misma, y probablemente eso se deba a mis padres, que desde muy joven me dijeron que podría hacer lo que quisiera en la vida, y con éxito.

—Bien por ellos —murmuró Jenny mientras escribía la información que luego trasladaría al ordenador—. Dígame, ¿por qué quiere presentarse voluntaria para una de estas tres misiones?

Cam se puso muy seria. Cruzó una pierna y frunció el ceño.

—Voy a ser sincera con usted, Jenny. Probablemente me costará la posibilidad de conseguir entrar en una de las misiones, pero le debo la verdad de por qué me gustaría que se me tomara en cuenta..., y también a la mayor Stevenson.

—La escucho —vio dolor en los ojos de Cam.

Cam suspiró, abrió las manos y bajó la voz.

—Hace un año, la mayor Stevenson y yo volábamos en un Cobra en una misión de cartografía, buscando los caminos nuevos que abrían los traficantes para llegar hasta los puntos donde soltaban sus cargamentos de cocaína. Volábamos a la altura de los árboles —la voz adquirió un

tono triste—. De repente apareció un Kamov. Ninguna de las dos lo vio llegar. Nos derribó.

—Cielos... —Jenny frunció el ceño.

—Sí —musitó Cam—. Supongo que ya habrá oído la historia..., es bastante antigua por la base.

—¿Qué historia?

—Cómo abandoné a Maya después de caer —enarcó una ceja—. Llegaban los traficantes. Podía verlos avanzar en sus camiones hacia nosotras. El Cobra ardía a treinta metros de las dos. Logré arrastrar a Maya fuera del helicóptero en llamas, porque había perdido el sentido. Una rama le había dado un golpe en el casco cuando caímos entre los árboles —se frotó la cara y musitó—: En cualquier caso... —suspiró con resignación— abandoné a Maya. Huí. Me adentré en la selva para eludir a los traficantes.

Jenny sintió que un puño le atenazaba el corazón. Vio la angustia en el rostro de Cam y la oyó en su voz ronca y baja. Le lanzó un rápido vistazo a Matt y captó que estudiaba con expresión sombría a la piloto. Aunque mostraba una expresión inescrutable, pudo percibir que también sufría por Cam.

—Espere... —murmuró Jenny al tiempo que alzaba la mano—. No, nadie me ha contado la historia, Cam. Y no poseo ningún pasado militar con el que juzgar su decisión.

—Yo sí —intervino Matt. Dejó la taza de café sobre la mesa y juntó las manos—. Podría explicarle a Jenny los motivos por los que obró de esa manera, Cam. Creo que yo los conozco, pero necesita compartírselos con ella para que pueda comprender el contexto de su decisión en aquellas circunstancias...

Cam asintió.

—Sí..., desde luego —volvió a centrarse en Jenny—. Tenía que tomar una decisión militar. Maya era mi comandante. Ya ha visto lo densa que es la selva, ¿verdad?

—Sí, casi imposible de atravesar —convino Jenny—. Tengo entendido que el único modo de hacerlo es abriéndote paso con un machete.

—Correcto —susurró Cam—. Bueno, Maya estaba sin sentido. Los traficantes se hallaban a poco más de medio kilómetro y avanzaban a toda velocidad por aquel sendero de tierra. Sabía que nos capturarían a las dos. También sabía que nadie en la base estaba al tanto de que habíamos caído. Yo... yo tenía que tomar una decisión: dejar a Maya o tratar de llevarla conmigo.

—Pero —intervino Jenny con celeridad— si estaba inconsciente, ¿cómo iba a poder transportarla a través de ese muro selvático? Sería imposible.

—Ese era el dilema al que me enfrentaba —asintió Cam—. Yo solo tenía una leve herida en el brazo. Podía conseguirlo. Y al cabo de uno o dos días, estaba convencida de que lograría regresar a la base para contar lo sucedido. Entonces podríamos planificar el rescate de Maya.

—En esas circunstancias —indicó Jenny con suavidad—, no veo que tuviera mucha elección. ¿Escapó?

—Sí... De mala gana, se lo aseguro —se frotó la cara y clavó la vista en el suelo entre sus botas de piloto—. Jamás me sentí peor... que cuando tuve que dejar a Maya. No sabía lo malherida que estaba. Solo sabía, desde una perspectiva militar, que lo correcto era largarse, pero... No quería dejar a mi camarada caída en manos de los traficantes, que sabía que podían herirla o matarla.

Jenny sintió angustia por la piloto, cuya cara estaba tensa por el tormento.

—No veo que dispusiera de elección.

—Bueno, por eso estoy aquí —musitó Cam—. Al final me encontraron la sargento York y la Mujer Salvaje, me sacaron de la selva y me trajeron de vuelta a la base, donde conté lo sucedido. Por suerte para nosotras, las cosas salieron bien y Maya fue liberada..., aunque aún me duele aquí

—se llevó la mano al corazón—. Todavía siento como si la hubiera abandonado. Mi cabeza me dice que hice lo correcto, pero se me enseñó que jamás había que abandonar a alguien enfermo o herido. Y siento que debería haberme quedado a su lado... —apretó los labios y miró a Jenny.

—¿Y por eso quiere ofrecerse como voluntaria para una de estas misiones? ¿Quiere compensar aquel incidente?

—Bingo. Lo ha entendido —se irguió y echó hacia atrás los hombros orgullosos, como si quisiera quitarse de encima el peso invisible que llevaba—. Busco una oportunidad con una de las misiones. De algún modo, quiero compensar el pasado. Sé que Maya estaría orgullosa de mí, quizá me perdonara, si pudiera tener éxito en alguna. Y eso es lo que me gustaría..., la posibilidad de trabajar en la frontera. Tengo muchos motivos para desearlo, para mostrarle que puede tener renovada fe y confianza en mí.

—Comprendo —murmuró Jenny—. Volveré a tomar en consideración su deseo de arreglar las cosas, Cam.

—Gracias... —se le iluminó la cara—. Significaría mucho para mí. Se lo debo a la mayor. Me gustaría pagárselo de esta manera.

Capítulo 10

Cuando se fue Cam, Jenny observó a Matt. Se levantó y, en silencio, cerró la puerta del cuarto. Se volvió y se apoyó en ella con los brazos cruzados.

—Me gustaría tu opinión sobre los motivos que aduce, Matt. Ahora mismo, no siento que Cam sea la persona idónea para la misión de la frontera.

Él se levantó y se frotó el mentón mientras miraba por la ventana pequeña que daba a la parte de atrás de la cueva.

—No te equivocas al sentir de esa manera —murmuró. Se dirigió hacia la mesa y se sentó en el borde delantero con las manos apoyadas sobre el frío metal. Jenny parecía preocupada y frustrada—. A Cam la motiva la culpabilidad —indicó—. Una culpabilidad que hostigaría a cualquier militar, y eso es lo que necesitas situar en perspectiva. Se nos entrena para no abandonar nunca a un compañero caído en el campo. En las fuerzas especiales es algo inaceptable. El Cuerpo de Marines posee una tradición similar. Sentí pena cuando compartía esa experiencia con nosotros. Yo también me sentiría desgarrado. Pero en esas circunstancias... —señaló con el dedo pulgar por encima del hombro—, con la selva ahí fuera, Cam no habría avanzado ni tres metros con Maya al hombro. Una cosa es poder moverte y otra muy distinta cargar con una persona inconsciente. Y con un metro ochenta de estatura, Maya no es una persona ligera.

—Entonces ¿crees que hizo lo correcto?

—La única persona que puede responderte a eso es Cam. Su formación le decía que no dejara a Maya sola, herida y en manos del enemigo. Otra parte de ella, la superviviente, vio que si no escapaba entonces, nadie en la base sabría lo que les había ocurrido ni dónde estaban. Al menos si escapaba y lograba volver a la base, habría esperanza de que se pudiera rescatar a Maya.

—Comprendo los dos lados de la cuestión —murmuró Jenny—. Me pregunto qué haría yo en su lugar.

—Exacto —Matt asintió—. Tienes que ponerte en su pellejo, con su formación y su forma de ser. El otro factor, que es el comodín en todo esto, es la personalidad involucrada. Con franqueza, y por lo que sé del incidente según lo contado por ella, diría que tomó la decisión acertada. Escapar y vivir para luchar en otra ocasión. Escapar para informar a su equipo sobre lo sucedido y luego montar un grupo de rescate para la camarada caída. Creo que hizo lo correcto. Y en cuanto a que considere que Maya se lo reprocha, sé que no es así. Cam se lo echa en cara a sí misma. Maya entendió su decisión... Lo sé porque lo hablé con ella esta semana, cuando vi el nombre de Cam en la lista. De hecho, Maya le ha dicho a Cam que ella habría hecho lo mismo de haber estado en su lugar.

Jenny se acercó a Matt hasta quedar a menos de medio metro de él. Contuvo el impulso de acariciarle los brazos y estudió sus facciones serias.

—Me alegra saber que has hablado con Maya de todo esto —le lanzó una mirada divertida—. Si yo estuviera en peligro, irías a ayudarme, ¿verdad?

—Por supuesto —la miró a los ojos—. Y tú también, si la situación fuera la contraria.

—Sí, claro que sí —asintió.

—¿Aunque la situación fuera adversa? ¿Aun a sabiendas de que podrías morir en el rescate?

—Sin ninguna duda.

—La gente como tú —afirmó Matt tras observarla un rato— es la que cuando una granada enemiga entra en un sitio atestado de personas, se arroja sobre ella para salvar a los demás. Mueren por sus actos.

—Es un acto de coraje definitivo..., poner tu vida en peligro por otra persona sin conocer el resultado —convino mientras se mordía el labio inferior. Lo vio poner los ojos en blanco—. ¿Qué? ¿Qué habrías hecho de forma distinta?

—Probablemente expulsaría la granada con el pie o la recogería para arrojarla lejos. No soy un idealista —le acarició la mejilla, que al instante se encendió. Vio el placer que experimentaba Jenny ante el contacto inesperado. Cuánto anhelaba besarla, sentir esos labios suaves bajo su boca hambrienta y codiciosa...—. Tú sí.

A pesar de que tenía miedo, Jenny superó el temor y con osadía le revolvió el pelo.

—Tú eres el realista. Me gusta ser la idealista del equipo.

Él le tomó la mano y esbozó una sonrisa. Ella se relajó dentro de sus brazos cálidos y fuertes. Matt vio el júbilo y los destellos dorados en los ojos de Jenny. Con la otra mano, le abrió los dedos y le acarició la palma. Al instante vio cómo entreabría los labios por la sorpresa... y el evidente placer.

—¿Sabes una cosa? —murmuró mientras sostenía su tierna mirada—. Me gusta como eres —le apretó la mano antes de soltársela—, pero no encuentres ninguna granada sobre la que tirarte. Te quiero cerca de mí por mucho tiempo.

Aturdida, intentó sonreír, pero sin éxito.

—¿Quieres a un ratón como yo cerca? No me lo creo —dijo medio en broma, medio en serio.

—Entonces —gruñó Matt en tono de advertencia— cree esto... —apoyó las manos en sus hombros mientras Jenny lo miraba con una mezcla de sorpresa y deseo, y automáticamente posaba las manos en sus brazos. Él se inclinó y frotó la nariz contra el pelo suave y sedoso, que olía a jengibre silvestre—. Tengo tantas ganas de besarte que me duele, pero no lo haré... No puedo, a menos que tú quieras —puso los labios sobre el cabello de ella y la sintió contener el aliento. Las manos de Jenny subieron con gesto vacilante hasta sus codos y con timidez se acercó a él. En ese momento apenas los separaban unos centímetros. Matt podía sentir el calor femenino del cuerpo de ella, y cómo su corazón valeroso palpitaba bajo los pechos pequeños.

El mundo de Jenny se detuvo. No había esperado que Matt hiciera eso..., que la tomara en brazos y la acercara tanto a su cuerpo duro y masculino. Soltó el aire que había retenido en los pulmones.

—Te deseo —confesó él con voz insegura—. Por todos los motivos adecuados, cariño. Para mí eres preciosa, ¿me oyes? —subió las manos a los hombros de Jenny y se obligó a no pegarla contra él. Tenía que ser algo recíproco o jamás funcionaría. No sabía muy bien por qué le revelaba lo que anidaba en su corazón. Quizá por la atormentada historia de Cam. O porque sabía que en su profesión la vida era un tesoro que podía perderse en un abrir y cerrar de ojos.

Jenny sintió el aliento cálido de Matt en una mejilla. Con ansia, absorbió la sensación de las manos ásperas sobre su blusa. Su cuerpo se redujo a una llama de intenso anhelo. Con una necesidad tan abrumadora que consumió todo temor o vacilación del pasado. Matt merecía una mujer tan valiente como él lo era en ese momento. Jenny entendió el precio que pagaba por revelar lo que había en su corazón. Y no dudó de su sinceridad.

Alzó la barbilla y se ahogó en la mirada tormentosa. Con el cuerpo trémulo, susurró:

—Eres sincero, Matt, lo sé. Sé que dices la verdad cuando afirmas que me deseas —alzó la mano y la apoyó en una mejilla de la cara recién afeitada. Había tantas cicatrices pequeñas en su cuerpo. Le dolía pensar en cómo las habría recibido. Sabía que detrás de cada una debía de haber alguna historia traumática—. Jamás seré el guerrero que eres tú, Matt.

—A mis ojos, en mi corazón, ya eres una heroína, Jenny, una superviviente, y te admiro y respeto por ello. No me importa cómo te veas tú. Lo que importa es lo que de verdad eres. ¿Entiendes eso, cariño?

Ella cerró los ojos y asintió con gesto apenas perceptible.

—Mereces a alguien valeroso. Alguien con quien puedas contar, Matt. Me has ayudado a ser más fuerte y a creer más en mí misma. Has sido un amigo tan maravilloso que no sé por dónde empezar...

—Chist —la interrumpió—, no me lo digas, Jenny. Demuéstrame lo que sientes por mí. Es por donde hay que empezar. Tenemos una amistad, nos respetamos y admiramos mutuamente. Partamos de ahí. ¿Qué te parece? —contuvo el aliento al ver el efecto que tenían sus palabras en ella. El deseo lánguido que captó en los ojos de Jenny cuando los volvió a abrir hizo que quisiera soltar un gemido. Tenía los labios entreabiertos y el inferior le tembló cuando avanzó, se fundió contra él y le rodeó el cuello con las manos para hacer que se inclinara... y besarlo.

Matt susurró el nombre de Jenny como una oración mientras sentía el primer contacto de esos labios. Un gemido escapó de su interior. Al instante la pegó a él. Era suave, redondeada... y parecía fluir contra los ángulos más duros de su cuerpo tenso. Ella se estiró y abrió la boca a sus labios hambrientos y exploradores. Sabía a canela dulce y a café. La respiración le salía con jadeos caóticos, cálida y hormigueante sobre su piel sensibilizada.

Matt respiró hondo y pensó que Jenny estaba en sus brazos. ¡Lo besaba! Tuvo ganas de recompensar su coraje, su osadía, porque sabía que había superado muchos miedos para abrirse a él, y le pasó la lengua por el labio inferior. Sintió el escalofrío que la dominaba y el gemido de placer que dejó escapar. Lo invadió la satisfacción.

Le pasó las manos por los brazos y los hombros esbeltos. Tuvo ganas de coronarle los pechos, pero se contuvo. «Es un beso de introducción, de mutua exploración», se recordó con severidad. Sin embargo, tenía el cuerpo duro por el deseo. Encendido como un fuego, tuvo la certeza de que Jenny era más que un poco consciente de su estado excitado mientras frotaba las caderas ingenuamente contra las suyas.

Jenny se ahogaba en el esplendor de la boca de Matt. Sedienta, bebió de él. Era fuerte y sólido, y compartía eso con ella. Le daba el valor de comportarse con igual ardor. La parte inferior de su cuerpo palpó con un fuego abrasador que estalló violentamente a la vida mientras la boca de él se deslizaba con seguridad sobre sus labios.

Se confió sin reservas al cuerpo fuerte y duro de él. Pegada a Matt, era salvajemente consciente de cómo la necesitaba. Un calor intenso fluyó por ella como un río de lava. Jamás un beso la había proyectado a semejante reino de belleza y júbilo.

Demasiado pronto, él se apartó. Jenny quedó confusa. El corazón le palpitaba desbocado en el pecho mientras Matt retrocedía con renuencia sin soltarle los brazos.

—Tu próxima entrevista es dentro de diez minutos —jadeó. Esbozó una sonrisa de desaprobación mientras trataba de arreglarle el pelo—. Creo que debemos serenarnos para poder mantenerla, ¿no te parece?

Matt tenía razón. Con un leve gemido, se agarró un momento a su brazo.

—Sí..., por supuesto —respiró hondo y lo miró—. Besas tan maravillosamente...

La sonrisa de Matt fue como la de un pavo real muy satisfecho de sí mismo; a Jenny no le quedó más remedio que reírse. Todavía podía sentir el sabor de él en sus labios. Era un descubrimiento embriagador lleno de promesas.

—¿Sí?

—Sí —corroboró ella. Al final lo soltó y se separó. No quería. Deseaba besarlo una y otra vez, y explorarlo despacio. Con las manos, con el cuerpo, con los labios. Matt sacaba a la luz un lado decididamente sensual que desconocía. Y aunque la sorprendía, también le encantaba—. Haces que sienta con intensidad. Siento mi cuerpo más que nunca.

Para Matt, su rubor era comedido y su honestidad arrebatadora. Le acarició la mandíbula y susurró:

—Tú me provocas lo mismo, Jenny. Creo que tenemos mucho en común, ¿no te parece?

—Oh, sí —respondió con leve risa abochornada. Rodeó el escritorio y se sentó antes de caerse. Su mente y su concentración no estaban en la entrevista inminente. Abrió un cajón y sacó el bolso. Después de cepillarse el pelo, intentó acomodarse la blusa y esperó tener un aspecto serio y presentable.

Matt se sentó en el borde de la mesa con una sonrisa de depredador y un brillo en los ojos que decía: «Eres mía. Toda mía».

Era la hora del crepúsculo cuando se alejaron de la plataforma de aterrizaje del helicóptero en dirección al camino de tierra paralelo a las vías del ferrocarril que los llevaría a Agua Caliente. En esa ocasión, Jenny tomó la mano de Matt. Él le llevaba el maletín en la otra.

Jenny le ofreció una sonrisa tierna y Matt sintió que el pecho se le inflamaba de júbilo. El beso perfecto que habían compartido le había revelado lo que anidaba en su corazón. Matt sabía que no se le daban bien las palabras. Los sentimientos que le inspiraba Jenny habían sido traducidos a través de ese beso que alteraría sus vidas.

Mientras caminaban por el sendero, Matt vio unas brillantes orquídeas amarillas con exuberantes labios rojos. En una ocasión, mientras Jenny jugaba en la rústica piscina que había junto al río, donde todos los niños se hallaban a salvo de las poderosas corrientes, María le había susurrado que se trataba de la orquídea del matrimonio, y que un hombre que estuviera pensando en casarse con la mujer de su vida, le ofrecería esa orquídea, ya que era símbolo de su intención de pedirle la mano y el corazón. Por ese entonces, Matt se había preguntado si sus sentimientos eran tan transparentes. Debían serlo.

La detuvo con gentileza.

—Un momento —le dijo mientras rompía el tallo verde de la orquídea. Se irguió, dio la vuelta y dejó el maletín en el suelo. Metió el tallo en el ojal de la blusa de Jenny y lo arregló para que la flor quedara sobre su hombro, justo debajo del mentón.

La orquídea era fragante; Jenny cerró los ojos y respiró hondo.

—Qué hermosa —susurró maravillada al tiempo que le acariciaba el brazo—. Gracias, Matt. Nunca antes un hombre me había regalado flores.

La observó asombrado y se guardó el comentario. Recogió el maletín y la condujo por el sendero bien marcado.

—Bueno, pues espéralas a menudo de mí.

A Matt le gustaba el itinerario diario que habían establecido. Jenny siempre guardaba el postre del almuerzo en la base para llevárselo a Daniel. A esa hora del día, María se hallaba junto al río

lavando la ropa de sus clientes. El pequeño Daniel, que siempre esperaba ansioso hasta divisarlos, los recibiría con saltos y movimiento de brazos. Sabía que llegaba el postre.

Jenny tocó la orquídea.

—Es preciosa, Matt. Gracias —era tan tierno y considerado..., aunque si alguien lo observara, jamás sospecharía que tenía ese lado romántico. Sonrió—. Este día es perfecto. Perfecto en todos los sentidos.

Mientras avanzaban por la parte empinada del sendero, él dijo:

—El primer día del resto de nuestra vida.

Sin soltarla de la mano, la condujo hacia una plataforma rocosa donde unas veinte mujeres se afanaban con la ropa que lavaban. A mitad de camino de la orilla, el pequeño Daniel, con su brillante camisa roja y los pantalones cortos marrones, los pies descalzos y embarrados, los saludó con gestos felices. Matt sonrió y Jenny se adelantó hacia él mientras le devolvía el saludo alegre.

Al acercarse, Matt vio la cuerda enroscada cerca de María. Cuando terminara de lavar la ropa, tendería los aproximadamente treinta metros de cuerda desde un árbol de la orilla hasta el otro, y luego colgaría las prendas para que se secaran por la noche. Por la mañana, bajaría a recogerlas, a doblarlas y a llevárselas en cestas a sus clientes, los cuales le pagarían unos pocos soles a cambio de sus esfuerzos.

Los ojos de María brillaron al ver acercarse a Jenny. Su sonrisa se amplió al notar la orquídea que lucía.

Matt se dio cuenta de que Jenny desconocía el significado de la flor. Se dijo que ya lo compartiría con ella.

La orilla del afluente era rocosa, con alguna zona de arena. Daniel corrió por el borde de la rugiente corriente con la pelota en la mano izquierda. No paraba de pronunciar el nombre de Jenny mientras saltaba por encima de las rocas.

Matt se detuvo junto a María para saludarla. Luego dejó el maletín en el suelo y alzó la vista a tiempo de ver algo horrible.

Daniel avanzaba por el terreno pedregoso hacia Jenny cuando sus pies embarrados resbalaron en una roca lisa. El niño gritó y la pelota roja que llevaba en la mano salió disparada hacia las remolineantes aguas mientras él intentaba recuperar el equilibrio. El pequeño se volvió y gritó al tiempo que alargaba los brazos hacia la pelota, que daba vueltas a unos metros en un torbellino de agua helada.

Matt fue a gritar. María soltó un chillido y se levantó, y su voz se fundió con el estruendo del río. Pero era demasiado tarde. Su hijo se había tirado al río a recuperar la pelota. A los pocos segundos fue arrastrado por la poderosa corriente.

La voz de Matt quedó ahogada por el bramido del río mientras veía a Jenny dejar en el suelo el plato con la tarta. Sin titubear, sin pensárselo, saltó al agua con el fin de tratar de agarrar la mano pequeña y extendida de Daniel. Pero la corriente mortífera la hizo perder pie y desaparecer bajo las espumeantes aguas verdosas.

Capítulo 11

En cuanto Jenny entró en el agua, sintió que sus pies eran arrastrados por la furiosa corriente y gritó. No fue tanto un grito de miedo como de respuesta al frío helado que le quitó el aliento en una fracción de segundo.

Por encima del bramido oyó la voz de Matt dominada por el pavor. Ni siquiera tuvo tiempo para mirar, ya que la corriente la sacó hacia las olas espumosas y la trayectoria de una roca del tamaño de un coche pequeño. Para horror suyo, vio al pequeño Daniel golpear contra el costado de la piedra, rebotar y hundirse. Instintivamente, Jenny subió las piernas hacia el cuerpo, cruzó los brazos y respiró hondo antes de golpear la roca.

El dolor surcó su lado derecho. Al salir despedida de la roca, el flujo violento la arrastró bajo el agua. Un remolino invisible pero mortal volvió a sumergirla.

¡No! Pateó con fuerza. Al emerger con un jadeo, vio a Daniel justo delante de ella. Gritaba y agitaba los brazos y tenía la boquita torcida. El miedo le desencajaba los ojos. Jenny se impulsó hacia delante con la mano extendida.

¡Sí! Los dedos blancos se cerraron con fuerza en torno a la muñeca pequeña de Daniel. Mientras la corriente la hacía dar vueltas, acercó al niño a su cuerpo y lo sostuvo con todas sus fuerzas. El pequeño dejó de chillar. En sus ojos muy abiertos anidaban la ansiedad y la súplica. Los bracitos se cerraron en torno al cuello de Jenny con la fuerza que le quedaba.

Jenny se hundió. ¡No! ¡Oh, no! ¡Así no! Braceó con fuerza y volvió a salir a la superficie. Mientras trataba de orientarse, oyó la voz de Matt que rugía por encima del ruido atronador del río. Lo vio correr en paralelo a ellos, a quince metros de distancia. Tenía el rostro decidido y en la mano llevaba la cuerda que María usaba para colgar la ropa. En la carrera esquivaba las piedras más grandes y a veces resbalaba y caía en la superficie irregular de la orilla. En un instante, Jenny se dio cuenta de lo que iba a intentar hacer. Giró hasta que quedó de cara a la confluencia con el Urubamba y se dio cuenta de que les quedaban menos de cien metros antes de que la corriente los vomitara a ese río implacable e inclemente.

Daniel gritaba aterrado. Jenny lo sujetó con fuerza y volvió a hundirse, porque la temperatura helada le succionaba el calor y la fuerza del cuerpo. Le entró agua por la nariz y por la boca abierta. La oscuridad se cerró a su alrededor mientras luchaba por volver a emerger. Las botas empezaban a convertirse en pesos mortales en sus pies. Tiraban de ella hacia abajo. No había tiempo para quitárselas; además, si lo intentaba podía perder a Daniel.

Al salir a la superficie, agarró al niño por debajo de los brazos y lo sostuvo en alto para evitar que quedara sumergido bajo la superficie del agua. Todo empezaba a moverse despacio. Jenny sintió como si su vida fuera una película que avanzara a cámara lenta, de fotograma en fotograma. A su derecha, corriendo y gritando, iba la madre de Daniel. Detrás de ella, unos diez o quince lugareños le pisaban los talones. Todos intentaban alcanzar a Matt, muy por delante de ellos.

El río la hizo dar vueltas y volvió a confundir su sentido de la orientación. Sin previo aviso, porque no pudo verla, se estampó brutalmente contra otra roca.

Soltó un grito al chocar contra el obstáculo. Una vez más, su costado recibió el impacto

principal. Sintió que algo cedía y que un dolor penetrante le surcaba el pecho. Gritó con agonía, pero apretó con más fuerza a Daniel mientras seguía esforzándose por mantenerlo por encima de las fauces del agua.

Cuando volvió a chocar con otra roca, la corriente la arrastró hacia abajo. Sintió que Daniel se debatía. Estaban bajo el agua, que penetraba por su nariz mientras luchaba con el terrible remolino. ¡Sabía que si no oponía resistencia morirían los dos!

La idea de la muerte de Daniel era demasiado terrible para aceptarla. Desde algún rincón de su interior encontró fuerza. La adrenalina le permitió dar patadas en el agua para tratar de emerger. ¡Necesitaban aire por encima de cualquier cosa!

Salió a la superficie con un grito en los labios. Al vomitar con violencia el agua de sus pulmones por la boca y la nariz, oyó el gemido de Daniel. Se aferraba a ella con más debilidad. Vio el miedo en sus ojos marrones. Trataba de respirar y se ahogaba.

Solo les quedaban cincuenta metros.

Con sus últimas fuerzas, se enderezó para quedar de cara al Urubamba, que parecía precipitarse hacia ellos. En el borde de la orilla donde el afluente se fundía con el río, vio que Matt se detenía. Percibió el terror en sus ojos mientras preparaba un lazo con el extremo de la cuerda. Luego comenzó a hacerla girar alrededor de la cabeza como un vaquero preparado para echar el lazo a un novillo.

La mente de Jenny estaba embotada por el agua fría y no era capaz de pensar con claridad. Como a través de una bruma, comprendió lo que iba a intentar Matt. Iba a arrojarles el lazo. Si conseguía agarrar la cuerda a tiempo, podría arrastrarlos a la orilla antes de que los arrastrara el río Urubamba.

Jenny sabía que estaba muerta. Lo sabía en el alma, en el corazón. Pero también sabía que Daniel debía vivir. Si pudiera atrapar la cuerda... Dispondría de una única oportunidad. Una. Porque si caían en el Urubamba, perecerían los dos. La corriente era implacable, veloz y mortal.

Su corazón se rebeló. ¡No podía morir! ¡Daniel no podía ahogarse! ¡Era demasiado joven! ¡Tenía toda una vida por delante! Y en ese momento se dio cuenta de otra cosa. Algo tan precioso y positivo, que creó un fuego interior de determinación que nunca antes había experimentado. Amaba a Matt Davis. Inequívocamente. Para siempre. Y quería la oportunidad de descubrir ese amor.

Como un caballo de carreras que trastabilla al avanzar hacia la línea de meta a pesar de que no le quedan más fuerzas, decidió no rendirse. El deseo de vivir estalló en ella como una bomba que detonara en su alma.

En esos segundos apretó los dientes. Pateó con todas sus fuerzas y luchó contra la succión de la poderosa corriente. Estaba débil. Sentía cómo el agua helada le robaba la vida como un vampiro codicioso. «¡No! ¡No! No caeré sin luchar. ¡No! ¡Te amo, Matt! ¡Oh, te amo! ¡Por favor... por favor, dame fuerzas, ayúdame! ¡Quiero decírtelo!»

Al emerger a la superficie, oyó su nombre de labios de Matt. Al instante alzó la mano, preparada para capturar la cuerda que él hacía girar por encima de la cabeza.

El alivio que inundó a Matt fue tremendo cuando vio que ella entendía lo que tenía en mente. Era imposible, a pesar de que hubiera pertenecido a las fuerzas especiales, que pudiera meterse en el agua para rescatarla. Nadie podría vencer a ese río, con sus mortíferas corrientes y su temperatura helada.

Durante un momento, Jenny flotó en la superficie en una zona tranquila entre dos rocas. Mantenía la mano alzada, con los dedos blancos estirados como garras.

Fue en ese momento cuando Matt tiró el lazo. Había visto el punto tranquilo entre las rocas y rezado para que la corriente llevara a Jenny y a Daniel hasta allí. Debía mostrar una gran precisión. Si la cuerda caía demasiado delante, se la llevaría de inmediato la corriente. Si caía muy atrás, Jenny no podría nadar contracorriente para capturarla.

Vio lo blanca que estaba la cara de ella. Sabía que sufría hipotermia. Percibió la mueca de la boca, el grito en los labios pálidos y azulados. El pequeño Daniel se aferraba a su cuello con una fuerza sobrehumana. Matt tuvo la certeza de que no respiraba bien. Y a juzgar por la cantidad de agua que tragaba, era solo cuestión de tiempo que se quedara sin oxígeno y se dejara hundir despacio, para siempre, bajo las aguas violentas y furiosas.

Solo disponían de una oportunidad. Una sola. El corazón le atronó en el pecho al ver que aún tenía la mano levantada. Al menos era capaz de pensar. María y el resto de los lugareños se arracimaron alrededor de él, asustados y ansiosos. Hizo girar el lazo por encima de la cabeza y lo estabilizó lo mejor que pudo. Una oportunidad...

En ese momento se dio cuenta de que amaba a Jenny por encima de todo. Y la furia y la necesidad que tenía de ella se potenciaron al saber que era posible que se ahogara con Daniel y se la llevara el río. La angustia le quemó el pecho y fue como si un hierro al rojo le marcara el corazón. ¡Acababa de encontrarla! Acababa de darse cuenta de lo maravillosa que era. Y la necesitaba, más que a cualquier persona en su vida.

Con la mano en la cuerda, sincronizó el lanzamiento. En cuanto Jenny se situó entre las rocas y el agua se tranquilizó, envió el lazo hacia la mano levantada.

Todo el mundo contuvo el aliento.

Alguien gritó.

Jenny vio el lazo avanzar en dirección a ella. La corriente la colocó de costado. ¡No! Luchó contra el agotamiento que dominaba todo su cuerpo y se obligó a girar.

Lo hizo justo a tiempo para que la cuerda le golpeará los dedos. El lazo cayó en torno Daniel, pero ella estaba demasiado cansada. La corriente comenzó a alejarla del remanso en dirección a las aguas revueltas. «Pasa la cuerda alrededor de ti.» La mente no dejaba de ordenarle que lo hiciera, pero su mano no quería obedecer. El lazo se hallaba en torno a Daniel. Trató de recogerlo y pasárselo por encima de la cabeza mojada, pero no lo consiguió. Disponía de pocos segundos antes de que fueran arrastrados hacia el Urubamba.

Al menos Daniel se podría salvar... Volvió a tantear la cuerda con dedos agarrotados. No podía sentir nada. Con el otro brazo, pegó a Daniel contra ella con gesto protector. El lazo volvió a caer. Con un grito débil, sintió que la arrastraban. Una poderosa corriente se enroscó en torno a sus piernas mientras con creciente cansancio las movía para mantenerlos a flote.

Miró a la izquierda y se dio cuenta de que eran succionados hacia el Urubamba. Con un grito frenético, cerró los ojos. Era el fin. Iba a morir. Al menos Daniel viviría...

Pero justo cuando giraron y comenzaron a fluir hacia el río, abrió los ojos. La invadió una determinación profunda y sorprendente. En ese momento en que todo parecía moverse con una lentitud angustiosa y dolorosa, recogió el lazo una última vez. Le ordenó a sus dedos que se cerraran alrededor de la cuerda, aunque no era capaz de sentirla.

Matt le rugía algo, pero su voz quedaba ahogada por el tronar del Urubamba.

La invadió una descarga de energía. La sintió crepitar en su interior y bajar por sus extremidades heladas como lava ardiente. Esa oleada de calor le proporcionó la fuerza para alzar el lazo y pasárselo por la cabeza.

Matt gritó pidiendo ayuda. Al instante, varios lugareños bajaron por la colina y sujetaron la

cuerda detrás de él. La tensó y de inmediato vio que el lazo se cerraba alrededor de Jenny y Daniel.

En cuanto la cuerda se puso tirante, Matt tiró con todo su peso. Jenny y Daniel avanzaban hacia un grupo de rocas enormes. Si las golpeaban, quedarían inconscientes por la furia y la velocidad de la corriente. Cinco hombres tiraron con él al mismo tiempo. Se oyeron gruñidos. No dejaba de mirar cómo los dos luchaban contra la corriente. Dos vidas pendían del extremo de ese cabo.

—¡Tirad! —gritó—. ¡Tirad con todas vuestras fuerzas!

Los lugareños gruñeron y jadearon con las espaldas encorvadas. Los pies plantados en el barro resbalaron. Los dedos se desesperaron por aferrar la cuerda que escapaba a toda velocidad.

Matt plantó los talones de las botas en la roca y el barro y se echó hacia atrás con todo su peso. ¡La cuerda volvió a tensarse! Impotente, observó cómo Jenny volvía a sumergirse con Daniel en brazos.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! —le gritó a los otros.

Cada hombre tiraba con todas sus fuerzas de la cuerda para tratar de llevarlos a la orilla. Pero mientras lo hacían, Jenny y Daniel se vieron arrastrados bajo la superficie. El propio intento de rescatarlos podría matarlos.

Matt sintió lágrimas de furia y frustración y notó la sal en los labios. Entrecerró los ojos hasta que solo se marcaron dos rendijas. El corazón le martilleaba con frenesí en el pecho.

¡Ahí! La cabeza de Jenny salió a la superficie mientras al fin lograban acercarlos a la orilla. Vio que ella soltaba a Daniel. Estaba inconsciente. Sabía que había tragado mucha agua. Por fortuna, la cuerda mantuvo al pequeño contra ella mientras los arrastraban los últimos tres metros hasta la orilla.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, Matt soltó la cuerda y se lanzó por la empinada orilla. Patinó hasta donde Jenny yacía inconsciente, de costado, con medio cuerpo fuera del agua. Daniel gritaba. Manoteaba y trataba de mantener el agua fuera de su rostro.

Matt fue el primero en llegar, seguido de los hombres del pueblo. Se metió hasta las rodillas en el agua y a punto estuvo de perder el equilibrio sobre el limo de las rocas. Con una mano, agarró a Daniel de la pechera de la camisa, y con la otra, a Jenny por la axila del brazo derecho. Alzó el peso muerto de ambos y cayó hacia atrás con ellos en brazos.

Uno de los lugareños, el padre de Daniel, Juan, sacó a su lloroso hijo de encima de Matt. El niño pasó de unos brazos a otros hasta quedar en la orilla y en la seguridad del seno de su madre.

Matt sintió unos brazos fuertes debajo de las axilas. Dos hombres lo irguieron mientras él sostenía a Jenny, que estaba sin sentido. Tenía el rostro morado. El cabello le caía lacio sobre la helada piel de la cara.

Una vez fuera del agua, logró ponerse de pie con la ayuda de los hombres que lo rodeaban para protegerlo de alguna caída. Con un movimiento brusco alzó a Jenny contra él y se dio la vuelta. Los lugareños se dieron cuenta de que tenía que hacerle la respiración boca a boca, algo imposible en esa pendiente rocosa. Necesitaba una zona lisa y limpia donde poder tenderla y atenderla. Sin decir una palabra, se volvieron y lo ayudaron a subir hasta el suelo de tierra seca de arriba.

Jadeante, depositó a Jenny boca abajo. Con rapidez le levantó los brazos por encima de la cabeza y enderezó el cuerpo pequeño y precioso. Le giró la cara hacia un lado y se puso a horcajadas sobre ella. Con las manos, presionó entre los omóplatos en un movimiento hacia los hombros. Los lugareños los rodearon. Muchos rezaron en voz alta. Otros observaban con ojos enormes y bocas abiertas por la angustia.

Con el primer esfuerzo, el agua brotó de los labios flojos y entreabiertos de Jenny. Matt empujó otra vez. Más agua. Gruñó su nombre.

—¡Jenny! ¡Vuelve a mí! Maldita sea, no te mueras. ¡Ahora no! ¡Así no!

Empujó otra vez. Más agua.

¿Cuánto había tragado? ¡La muy tonta! Se había sumergido para mantener a Daniel por encima de la superficie. Adrede, había entregado su vida a cambio de la del niño. Las lágrimas agujearon los ojos de Matt mientras no cejaba en su empeño de reanimarla. Hacer que vomitara el agua no garantizaba nada. Cuando dejó de expulsarla, se quitó de encima de ella y la hizo girar. Era como una muñeca de trapo, laxa y mojada.

Se inclinó sobre ella para pegar la oreja a la nariz y la boca de Jenny y no percibió ninguna respiración. ¡No respiraba! Le buscó el pulso con dedos temblorosos. Nada. Estaba muerta.

—¡No! —aulló. ¡No! ¡No de esa manera!

Le echó la cabeza hacia atrás, le alzó el mentón y se lo sujetó con manos trémulas. Con los dedos le tapó la nariz y apoyó la boca con firmeza sobre sus labios. Lo alarmaba lo fría que estaba. Fue entonces cuando comprendió el valor que había tenido para permanecer consciente durante tanto tiempo. Había sobrevivido el tiempo suficiente para saber que Daniel viviría.

Le bombeó aire y observó cómo el pecho ascendía bajo la tela mojada de la blusa. Volvió a ponerse a horcajadas y apoyó la mano en el esternón, que presionó cinco veces con fuerza, para conseguir que el corazón arrancara. Oyó un crack. Supo que le había roto el esternón con la fuerza de sus manos, pero era inevitable. ¡Tenía que salvarla!

Volvió a darle aire por la boca. Volvió a masajearle el corazón. ¡Tenía que volver junto a él! ¡Tenía que hacerlo!

El gris comenzó a sustituir la oscuridad en la que Jenny flotaba. Vio un túnel de luz y reconoció a gente a la que había querido, que había muerto. Y entonces vio dos figuras. Eran borrosas; sin embargo, la sensación de amor que emanaba de ellas era abrumadora mientras flotaban en dirección a ella en el túnel resplandeciente.

«Vuelve.»

Permaneció allí, confusa por la orden telepática. Las figuras, que en ese momento se cernían sobre ella, eran luminosas y de apariencia etérea.

«Vuelve. Tu tiempo aún no ha llegado. Debes volver.»

En cuanto esas palabras reverberaron en su mente, Jenny sintió que era succionada hacia abajo por lo que parecía un veloz tornado de energía. Mientras descendía dando vueltas la luz se atenuó y todo se volvió negro... Y luego..., colores. Veía los colores del arcoiris... Movié los párpados. Sintió calor. Oyó jadeos. Oyó a gente hablar en voz baja y tensa. ¿Qué sucedía?

Los párpados le temblaron. Sintió unas manos cálidas y fuertes que la alzaban. Su cabeza le cayó sobre el hombro de alguien. Y luego sintió el primer aguijonazo de dolor en el lado derecho y en el centro del pecho.

Fue el dolor lo que le devolvió la conciencia. Pero al recuperar el sentido, sintió como si la acunaran unos brazos cariñosos. Sintió el contacto tembloroso de los dedos de alguien en la frente, que le apartaban el pelo de los ojos y la mejilla.

Después de ciertas dudas, Jenny al fin abrió los ojos. Lo primero que vio fue a Matt inclinado sobre ella, con los ojos abiertos por la ansiedad y el miedo. La sostenía en brazos. Y vio otra emoción en los ojos entrecerrados: amor. Amor por ella. Fue el momento más extraño de su vida, mientras se hallaba en medio, entre el túnel de luz y ese lugar, de vuelta en su cuerpo. Podía leer la mente de Matt, sentir lo que había en su corazón. Fue la revelación más asombrosa, ya que jamás

había experimentado la telepatía.

¡Qué a salvo se sentía! Cuando al fin consiguió abrir aun más los párpados, vio que la tensión en la boca de Matt se mitigaba. Vio que abría los labios, y entonces oyó unas palabras que jamás creyó que oiría de él.

—¿Jenny? Jenny, ¿estás bien? Soy Matt —la voz se le quebró. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras le acariciaba el pelo mojado con mano temblorosa—. Te amo. ¿Me oyes? Te amo. No te vayas. ¡No te vayas nunca! ¿Me oyes?

Capítulo 12

Has entrado en calor ya? —susurró Matt cerca del oído de Jenny. Estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Ella se hallaba abrigada con una manta de alpaca y reposaba la cabeza en su pecho. El médico que la había examinado había diagnosticado que también se había roto la parte del cartílago del esternón. Tardaría en soldar unas tres semanas. Las costillas tardarían lo mismo, o quizá un poco más.

—Sí, me siento mucho mejor —susurró Jenny con los ojos cerrados. Las últimas dos horas habían sido las más aterradoras y jubilosas de su vida. Jamás había experimentado tanta ternura y cuidados de parte de un hombre.

Casi la mitad del pueblo había seguido a Matt cuando había cruzado la plaza en dirección a la pequeña clínica. Detrás de él iban Daniel y sus padres. Jenny estaba preocupada por el pequeño, pero comparado con ella, Daniel había salido ileso de su pequeño roce con la muerte.

No pudo dejar de llorar mientras el médico la examinaba detrás de la cortina de tela. Por suerte, Matt no abandonó su lado en ningún momento ni la soltó. Debido a la hipotermia, la había desnudado y envuelto en varias mantas para masajearle la espalda y los brazos y así estimular la circulación sanguínea.

La enfermera le había dado a beber té de hoja de coca para hacerla entrar en calor. Pero lo que la había devuelto a la vida habían sido los cuidados de Matt. En ese momento se preguntó si de verdad le había dicho que la amaba. Su corazón se contrajo. Sintió que la extenuación la dominaba. El modo en que la mano de él temblaba ligeramente sobre su pelo aún húmedo hizo que deseara volver a ponerse a llorar.

Matt cerró los ojos y la abrazó con suavidad.

—Hoy has estado a punto de morir —le susurró al oído—. Jenny..., me asusté tanto. Tuve miedo de perderte —apretó los labios y supo que debía decir lo que sentía. Lo que desconocía era si la asustaría. Le echó un poco la cabeza hacia atrás para poder mirarla a los ojos y continuar—: ¿Me escuchaste antes, cuando trataba de reanimarte? Quizá no. Quizá no estabas lo suficientemente consciente...

A Jenny el corazón le dio un vuelco. Vio la expresión tormentosa en los ojos de Matt y supo... supo lo que iba a decir. Con el corazón henchido de felicidad, contuvo el aliento y esperó.

—Yo... Jenny, te amo —ya lo había soltado. Ella podía aceptarlo o rechazarlo. En los segundos que sus palabras tardaron en ser asimiladas por ella, se sintió sin aire.

Los rasgos tensos de Matt se tornaron borrosos. Desde que había recuperado la conciencia solo había sido capaz de llorar, sin ningún control sobre su tambaleante estado emocional. Unas lágrimas enormes cayeron por sus mejillas mientras sostenía la mirada ansiosa de él.

—¿Me... me amas?

—Sí —gruñó, humedeciéndose los labios—. ¿Tú qué sientes por mí? —el corazón le palpó con fuerza. Nunca había estado tan asustado como en ese momento..., en ninguna de las misiones en las que había participado se había sentido como en ese momento. Las lágrimas de Jenny lo desgarraban. Alzó la mano y con ternura se las secó con dedos encallecidos.

Jenny cerró los ojos y el contacto gentil de Matt no solo le acarició la piel, sino el corazón atribulado, y lo llenó de euforia. Cuando él apartó la mano, se la sujetó con fuerza.

—No puedo explicarlo, Matt —comenzó con voz quebrada—. Me siento como una cobarde. Tú tienes mucho más valor que yo. Has... has despertado sentimientos poderosos en mí desde que te conocí. Temía llamarlo amor porque parecía demasiado pronto. Estaba asustada..., temía que lo que yo sentía por ti no fuera correspondido —tragó saliva—. ¿Tiene sentido?

Matt susurró su nombre y con cuidado la volvió para que lo mirara a la cara. Consciente de las costillas rotas, le pasó un brazo en torno a los hombros abrigados, le soltó la mano y le tomó la cara.

—¿Sabes lo que significas para mí, cariño? ¿Cuánto anhelo despertar contigo a mi lado cada mañana? Todas las noches he luchado conmigo mismo para no envolverte en mis brazos y amarte hasta que tu cuerpo cantara de gozo con el mío. Tantas veces me ha levantado el ánimo tu risa. Haces que me sienta más feliz de lo que merezco.

Con un suspiro audible, Jenny cerró los ojos.

—Eres tan hermoso con tus palabras, Matt... Un poeta —se llevó una mano al corazón y abrió los ojos para mirar la expresión cálida de él—. Creo que te he amado desde el principio.

Matt asintió y notó que la avalancha de miedo se evaporaba de sus hombros. ¡Jenny lo amaba! Intentó mantener la perspectiva.

—Creo que yo también. Necesitábamos este incidente para entenderlo.

Jenny cerró nuevamente los ojos y absorbió el constante contacto con Matt.

—Sí... —mientras la acariciaba, los dedos de él crearon un fuego placentero y creciente que la recorrió por completo y la hizo sentir amada y muy deseada—. Bésame, Matt.

La voz le temblaba. Él vio que abría los hermosos ojos azules. Vio las lágrimas, el júbilo, la luz brillante en la mirada solo iba destinada a él. Se dio cuenta de que en esa ocasión eran lágrimas de felicidad. Para ser compartidas. Le sonrió, le enmarcó el rostro entre las manos y se inclinó. Por encima de todo, quería que ella supiera que la adoraba. Que era insustituible para él, más de lo que jamás había imaginado. Matt había considerado que el amor era una palabra de cuatro letras que solo podía herir. Reconoció su equivocación. La mujer cuyos labios rozaba en ese momento, cuyo aliento inhalaba hasta el corazón, hasta el alma, le había demostrado que se equivocaba.

Jenny dejó escapar un leve gemido cuando la boca fuerte y certera de Matt le cubrió los labios en una ligera caricia de mariposa. Sus manos la sostuvieron cuando se alzó en busca de más. Entendiendo qué deseaba, presionó los labios con firmeza sobre su boca y con lengua hábil y movimiento lánguido se la abrió. El efecto fue tan asombroso y potente, que Jenny tembló.

—¿Así? —susurró Matt con voz entrecortada. Abrió los ojos y vio que ella estaba entregada a su caricia. Algo le dijo que Jenny carecía de experiencia, y hasta que no estuviera seguro, iba a tomarse su tiempo con ella. Le enseñaría, compartiría, averiguaría qué le gustaba y para qué estaba lista.

—Mmm... —ella se derritió por completo bajo el ataque encendido de aquella boca tan masculina. Se perdió en su fuerza, en el tierno embate contra sus sentidos. Sintió que él se contenía, como si ella fuera a romperse si se mostraba demasiado apasionado. La mente embriagada le dijo que en esas circunstancias no se hallaba en condiciones de hacer el amor con Matt.

Poco a poco, Matt se separó, y al abrir los ojos, sin dejar de enmarcarle la cara con las manos, vio la expresión somnolienta de Jenny mientras lo observaba arrobada. Sonrió. Le acarició la

frente y susurró:

—Te amo, Jenny Wright. Anhele el día en que pueda amarte totalmente...

Tembló por el tono ronco de él y por cómo le acarició la cara y el cuello. Ansiaba que le tocara los pechos. El fuego palpitante en la parte inferior del cuerpo resultaba casi demasiado doloroso. Logró soltar una risa suave y tensa cuando las manos de Matt volvieron a posarse en sus hombros y le dio la vuelta.

—No sé si podré aguantar tanto —murmuró Jenny con timidez. Ningún hombre la había mirado jamás de esa manera y logrado que se sintiera tan femenina y libertina. Por el motivo que fuere, conseguía que fuera osada.

—¿Sí?

—Sí —corroboró Jenny con una sonrisa.

Riendo, Matt la abrazó con cuidado. Le besó la frente, la nariz y la boca sonriente.

—¿Sabes una cosa? Creo que ya te he calado. Ofreces una fachada dócil y suave, pero por dentro eres una verdadera princesa Xena: valerosa, fuerte e invencible.

Encantada, Jenny le tomó la mano.

—¿Invencible? No lo creo. Si no hubieras mantenido la cabeza fría para recurrir a la cuerda, ahora estaría muerta. No, no soy invencible, cariño..., pero contigo, me siento de esa manera. Eres un modelo a seguir para mí.

—Escúchame, Jenny —perdió la sonrisa y le sujetó el mentón—. No te atrevas a pensar que no eres heroica, porque lo eres. Yo soy un soldado entrenado en las fuerzas especiales y no estoy seguro de que hubiera sobrevivido a ese río. Esas aguas habrían helado al hombre más fuerte —la miró con gravedad—. Permaneciste en esas aguas heladas durante casi tres minutos. El tiempo suficiente para sufrir hipotermia, pero no lo permitiste. Mantuviste a Daniel a flote hasta el final para que no tragara agua. Eres fuerte. Eres apasionada. Fue ese enorme corazón tuyo el que te dio el valor, la fuerza física y la obstinación para salvar a ese pequeño.

Las palabras la reconfortaron. Alimentaron su alma hambrienta como nada más habría podido lograrlo. Matt era completamente sincero en el análisis de sus cualidades, y respetaba su decisión de saltar en pos de Daniel a pesar del peligro. De pronto se vio a sí misma de un modo que nunca lo había hecho. Le acarició la cara y susurró:

—Tu fe en mí, tu convicción de que podía ser valiente, una heroína, me ayudaron a creer en mí misma. A saber que podía hacer lo que hice —lo miró a los ojos—. ¿El amor no trata sobre eso, Matt? ¿Uno de los dos ayuda al otro a convertirse en lo que puede ser? El amor significa construir, no derribar.

—Sí, sí —acordó él—. Así es, Jenny —le tomó la mano y le dio un beso prolongado y cálido en el centro de la palma—. Creo que ahora necesitas un par de días de descanso. Voy a hablar con la mayor Stevenson, a pedirle unos días para que puedas curarte antes de terminar las entrevistas. ¿Te parece bien?

Jenny enarcó las cejas y se incorporó con demasiada rapidez. Hizo una mueca de dolor y se llevó una mano a las costillas.

—¡No! No... no hagas eso. Le prometí que no iba a ocupar mucho de su tiempo. No dispone de él. Estoy bien, Matt. Mañana a primera hora quiero ir a la base según lo planeado.

—Muy bien, tigresa —suspiró. La miró lleno de amor y añadió—: Quédate aquí. Bajaré a la plaza un minuto.

Jenny frunció el ceño cuando él se levantó.

—¿Por qué?

—Kannie y Patrick, los dueños del India Feliz, van a prepararte tu plato favorito y te lo van a traer hasta aquí. Es su manera de darte las gracias por salvar a Daniel —sonrió—. Se suponía que debía ser una sorpresa, curiosa.

—¡Qué agradables son! No tenían por qué hacerlo.

Matt abrió la puerta de la habitación y le sonrió.

—Tendrás que acostumbrarte a recibir algunos elogios por tu rescate, cariño. Yo diría que merecidos. Vuelvo en seguida.

Jenny quedó aturdida cuando el helicóptero civil, conducido por una de las pilotos de los Apache de incógnito, los transportó a la zona militar de la base y no al oculto detrás de la excavación minera, como era el procedimiento general. Se agarró al asiento cuando la suboficial Akiva Redtail introdujo el pequeño helicóptero Bell a través de una abertura en la pared de lava que conducía al complejo militar. Contuvo el aliento cuando la piloto avanzó por el túnel apenas lo bastante grande como para acomodar las aspas en movimiento, como si diera un paseo dominical. Un mínimo error y supo que las aspas se estrellarían contra el basalto y morirían en un infierno. Sintió la mano tranquilizadora de Matt sobre la suya.

En cuanto dejaron atrás el túnel, Akiva comentó con voz alegre por el intercom:

—Lo llamamos el Ojo. Fuerte, ¿eh?

—Mmm, sí... Fuerte... —murmuró Jenny con un nudo de miedo en la garganta. Oyó la risa ronca de Akiva mientras llevaba el helicóptero hasta la plataforma de aterrizaje de la enorme cueva.

—¿Por qué aterrizamos en el lado militar? —preguntó con el ceño fruncido. Además, volar por el túnel había sido una experiencia aterradora que no quería repetir.

Akiva maniobró, se situó en posición y descendió.

—La mayor Stevenson me ordenó que la trajera de esta manera —respondió de forma enigmática mientras se posaba con suavidad. De inmediato apagó el motor y las aspas comenzaron a frenar. Se volvió y le sonrió a Jenny—. Eche un vistazo —señaló la cueva.

Tuvieron que esperar hasta que las aspas dejaron de moverse para que el personal de tierra se adelantara y colocara unos tacos de madera detrás de las ruedas.

Por la sonrisa en la cara de Matt, Jenny supo que pasaba algo. Frunció el ceño y se inclinó para mirar por la ventanilla. Prácticamente todos los que trabajaban en la base se hallaban en posición de firme en formación rectangular. Todo el mundo llevaba el uniforme verde oscuro de gala del ejército de Estados Unidos, no el habitual de un día de trabajo. Vio a la mayor Stevenson y a la sargento York al frente; en sus caras había sonrisas de bienvenida.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Matt cuando este abrió la puerta después de que se hubieran detenido la hélice.

—Una formación —le informó él. La auxilió a salir del aparato con cuidado, para que no le molestaran las costillas.

Ese día, a pesar de cierta timidez de ella, la había ayudado a vestirse, ya que no podía levantar el brazo derecho. Le había sacado una blusa verde manzana y unos pantalones de color caqui, y ella había logrado enfundarse todo por su propia cuenta, pero no fue capaz de abotonarse la blusa. Matt intentó que no se sintiera avergonzada cuando se dio cuenta de que llevaba una simple camiseta blanca sin sujetador debajo. Jenny se había ruborizado con vehemencia mientras él le abrochaba todos los botones. Era evidente que no le gustaba sentirse a merced de nadie.

En ese momento contemplaba la formación militar desconcertada. Akiva rodeó el helicóptero

con la sonrisa de un jaguar que acabara de avistar a su presa. Los ojos le brillaban de felicidad. Miró a Matt.

—¿Listo?

Él asintió y le sonrió a Jenny, absolutamente perpleja por lo que sucedía. No estaba familiarizada con el procedimiento o el protocolo militares. Cuando él la tomó por el codo izquierdo y la guió hacia las oficiales, ofreció un poco de resistencia.

—Todo va bien —le susurró al oído—. Esto es para ti, Jenny. Es una especie de celebración.

A regañadientes, lo siguió. Al acercarse, las dos oficiales de mayor graduación de la base se pusieron firmes y la saludaron con movimientos secos y precisos. Confusa, Jenny vio que también Akiva se ponía firme y la saludaba al estilo militar.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Maya.

La comandante sonrió levemente. A su izquierda se erguía una mujer en posición de firme que sostenía dos cosas en la mano.

—¿Jenny? ¿Por qué no se adelanta? Queremos homenajearla.

¿Homenajearla? La cabeza le dio vueltas mientras Matt la ayudaba a avanzar con gentileza hasta situarla entre Maya y el personal uniformado. Él exhibía una expresión de orgullo en la cara.

—¿Jenny Wright? —la voz ronca de Maya Stevenson resonó en la cueva.

Sobresaltada al oír su nombre tan alto, se quedó boquiabierta. Y entonces se recompuso. Maya agarró un papel de aspecto oficial y se adelantó en dirección a ella. Se detuvo, se situó ante la formación y comenzó a leer.

—Que quede constancia de que la civil Jenny Wright está siendo homenajeadada por su valor en el día de ayer al salvar la vida de un niño en el afluente de Agua Caliente —alzó la vista y clavó los ojos en Jenny—. Como oficial al mando del escuadrón Jaguar Negro, representa un gran placer para mí concederle el Corazón Púrpura, una medalla reservada para los heridos en combate que dan media vuelta y ayudan a sus camaradas en vez de pensar exclusivamente en sí mismos.

Aturdida, Jenny observó boquiabierta cuando la sargento dio un paso al frente con un pequeño cojín de terciopelo dorado en el que había un corazón púrpura con una cinta púrpura y blanca. Maya alzó la medalla, se volvió y se dirigió con paso vivo al lado de Jenny. Con suavidad, le sujetó la medalla en el lado izquierdo de la blusa, luego retrocedió y la saludó, igual que el resto de oficiales.

—Descansen —ordenó Maya al escuadrón.

De inmediato todas se relajaron y juntaron las manos a la espalda, atentas a lo que iba a decir su comandante.

Jenny se sentía avergonzada. En los labios de Maya danzaba una leve sonrisa. El poder que tenía esa mujer era inmenso, pero los ojos verdes de Maya se suavizaron. Bajó un poco la voz, que aún resonaba con claridad en la caverna, para que todo el mundo presente pudiera oírla hablar.

—Jenny, nos gusta honrar a cualquiera que pone su vida en segundo plano para salvar a otro. En eso se basa este escuadrón. Nuestras vidas representan la línea para mejorar el mundo en general. Cuando se me informó de su valeroso acto, se lo conté a mis oficiales. De manera unánime consideramos que no solo había que honrarla en público por lo que hizo, y por lo que estuvo a punto de morir, sino también concederle una medalla militar por su heroísmo.

Sonrió un poco y señaló la condecoración.

—No tenemos medallas civiles, pero queríamos que recibiera una de las nuestras para que supiera lo mucho que admirábamos su valor. Da la casualidad de que esta es una de las tantas que

yo tengo...

Una risa educada recorrió la formación. Jenny se volvió y contempló los rostros risueños. Resultaba evidente que el liderazgo de Maya era incuestionable, y su gente la quería y respetaba.

Maya continuó con voz cálida:

—Sufrió muchas heridas y a punto estuvo de caer en el rescate del pequeño. A nuestros ojos y en nuestros corazones, es usted una mujer valiente y heroica. Queremos que guarde esta medalla, el Corazón Púrpura, como símbolo de nuestro aprecio, estima y respeto por lo que usted es y representa. Nos enorgullece que sea una de las nuestras —con una amplia sonrisa, extendió la mano hacia ella.

Aturdida, Jenny miró a Matt, que estaba a un lado, junto a Akiva. Luego alzó la mano y estrechó la de Maya. El apretón de la comandante fue como una prensa de acero.

—Gra... gracias, mayor Stevenson... —soltó la mano de Maya. Se volvió y alzó la mano con una ligera sonrisa en los labios—. Gracias a todas. Es algo tan... inesperado. De verdad que no sé qué decir...

Asimiló que la estaban homenajando a ella. Celebraban su acto de valor en el rescate del pequeño Daniel. Sintió un nudo en la garganta. Todo se puso borroso. Se llevó la mano magullada a la medalla. Maya le regalaba una de sus condecoraciones. Una medalla que le habían entregado por resultar herida en combate y bajo fuego enemigo. Le sonrió con coraje a la militar.

—Me siento honrada de que venga de usted y su escuadrón. Jamás lo olvidaré, mayor. Nunca. Muchas gracias. Jamás esperé algo así...

Con un gesto preciso de asentimiento, Maya perdió la sonrisa. Se adelantó y le entregó a Jenny una pequeña pieza de tela.

—Cuando alguien en un escuadrón le entrega a una persona el emblema de dicho escuadrón, es como decir que forma parte de la familia. Es una de nosotras —puso el emblema redondo, que tenía la cabeza rugiente de un jaguar negro rodeado de anillos rojos y azules, en la palma de la mano de Jenny, y añadió—: Bienvenida a la base, señorita Wright. Ahora es una de nosotras, un jaguar negro.

Jenny clavó la vista en el emblema hasta que este se tornó borroso. Parpadeó para contener las lágrimas. Matt se acercó y le puso un pañuelo en la mano. Ella le dio las gracias, se secó los ojos y se limpió la nariz.

—Todo esto es tan maravilloso —habló en voz alta para que la formación de mujeres sonrientes pudiera oírla. Levantó el emblema—. Sé que ninguna de ustedes me conoce, pero durante mucho tiempo no formé parte de ningún grupo. Fui una huérfana que pasó de hogar en hogar. No quiero que me compadezcan. Lo que quiero que sepan es lo estupendo que es que al final te reconozcan como parte de una familia mayor.

Hubo aplausos y vítores instantáneos. Algunas mujeres silbaron, otras gritaron su nombre. Unas sonrieron y a muchas se les humedecieron los ojos.

Jenny se volvió y miró a Maya, que exhibía una expresión tierna. En ocasiones podía parecer muy severa y reglamentaria, pero en ese momento captó verdadera emoción en sus ojos.

—Siento que sabe lo que acaba de darme.

—Lo sé, Jenny —susurró Maya—. Ahora tiene un hogar. Y todos nosotros somos sus hermanas y hermanos. A partir de ahora, tiene una familia. Una familia grande —miró a Matt y se hizo a un lado para que pudiera unirse a ellas.

Jenny le mostró el emblema que tenía en la mano. Vio el orgullo y el amor que brillaban en los ojos de él. Los aplausos continuaron. Se sintió abrumada. Encantada. Alborozada. Cuando Matt le

rodeó los hombros con gesto de ternura, Jenny oyó gritos y vítores. Él le dio un beso ligero en los labios y luego se apartó.

—Empápate en ello, Jenny —le susurró—. Te lo mereces. Te homenajean porque eres una heroína de verdad, de carne y hueso. Te amo. Tienes un corazón tan grande y ancho como el estado de Montana.

Era demasiado para ella. Después de haber estado a punto de morir la tarde anterior, y luego recibir esa celebración sincera en su honor, no pudo contener las lágrimas. Mientras se secaba los ojos, vio que muchos integrantes del escuadrón también tenían los ojos húmedos.

Nunca más iba a considerarse una cobarde. Y juró que jamás se volvería a llamar «gata asustada». Su espíritu se elevó. El brazo de Matt en torno a sus hombros fue como el sol. La expresión de orgullo y amor que mostraba él era lo único que iba a necesitar siempre. Ya podía ir a su lado como una persona completa, no como una sombra temerosa. Con el amor de Matt, el apoyo que le brindaba, se convertiría en un ser humano más equilibrado. ¿No era esa la esencia del amor?

Capítulo 13

Estoy tan entusiasmada! —susurró Jenny mientras caminaba del brazo de Matt en dirección a la cabaña de Morgan.

Era un lugar hermoso que Laura y él habían ido ampliando con el paso de los años a medida que llegaban más hijos. Tenía un salón octogonal. El resto se parecía más a la típica cabaña que se podía encontrar en las Montañas Rocosas. Nevaba. Jenny alzó la cara hacia los copos mientras avanzaban por el sendero de ladrillo.

—¿Por qué? —Matt sonrió—. ¿Por los cinco días de fiesta de Navidad que empiezan mañana?

Ella le sonrió y le rodeó el cuello con los brazos. Él la alzó en vilo y le besó la boca, sonriente.

Mientras se besaban de forma apasionada en el camino, rodeados de poderosos abetos como centinelas verdes, Matt apartó la boca de sus labios a regañadientes. En las semanas transcurridas desde que habían regresado de la misión, la vida le había resultado más feliz de lo que jamás había imaginado. También había postergado su siguiente misión con el fin de pasar más tiempo con Jenny. Había pasado a ocuparse del trabajo de coordinador de misiones con Mike Houston. Ese puesto le brindaba lo mejor de todos los mundos, pero lo que era más importante, disponía de tiempo para estar con Jenny y cultivar su relación cada vez más profunda.

La miró a los ojos azules y la puso de pie sobre el camino.

—¿A qué se ha debido ese súbito y osado ataque? —quiso saber Matt mientras reanudaban la marcha hacia la entrada.

—A que me apetecía.

—Cuando veo esa expresión en tu cara —gruñó con escepticismo—, sé que estoy en peligro, cariño.

—El médico ha dicho que tanto el esternón como las costillas ya han soldado —rio y se detuvo para encararlo—. Espero que sepas lo que eso significa —en sus ojos bailó una luz traviesa al ver la sonrisa que esbozaba Matt—. Sí, veo que sí.

—¿De verdad?

Las últimas seis semanas habían sido un infierno para ambos. Debido a las lesiones de Jenny en el esternón y las costillas, habían decidido esperar hasta que el médico le diera el alta. Un calor dulce emanó de Matt al ver el brillo en los ojos de ella. Cuánto había cambiado desde el regreso de Perú. Y todos los cambios, para bien.

—De verdad —corroboró ella—. ¡Vamos! ¡Llegaremos tarde para la última reunión! ¡Hay tantas cosas que hacer durante cada día de la fiesta! —lo tomó de la mano, subió los escalones a la carrera y abrió la puerta tallada de cedro. El símbolo que exhibía era el del sol y la luna unidos por un arcoiris. Morgan era el sol. Laura era su luna. Y el arcoiris, al menos eso creía Jenny, proclamaba el amor que existía entre ellos y sus cuatro hermosos hijos. Anhelaba un matrimonio igual.

Una vez dentro, colgaron los abrigos en el vestíbulo y luego se quitaron las botas, que dejaron en una alfombra cercana. Jenny se arregló el pelo, húmedo por la nieve. Vio que Matt la observaba con ojos entrecerrados. Su cuerpo anhelaba tocarlo, abrazarlo y amarlo. Las últimas

seis semanas habían sido increíbles para ella. A Morgan le gustaban su nueva actitud y su osadía. Laura aplaudía la evidente seguridad que había traído de Perú. La propia Jenny empezaba a acostumbrarse a su nueva personalidad y le gustaba... mucho. Y mejor aún, Matt la amaba.

La música navideña flotaba por toda la casa, jubilosa. Era el segundo año que Jenny participaba en la celebración de cinco días que Morgan y Laura ofrecían para todas las familias de Perseo que vivían en Philipsburg. Eran cinco días de celebración constante en que la Navidad se hacía memorable y especial no solo para ellos, sino para los necesitados, pobres y enfermos de la zona. Había diversión para todos, en particular para los niños.

Laura les dio un recibimiento caluroso y les pidió que pasaran al salón y se sentaran. Repartió cuadernos y bolígrafos para todos y se lanzó a detallar la lista de actividades de la semana siguiente.

A lo largo de las dos horas que duró la reunión, Matt no fue capaz de quitarse la mente de Jenny. Le había comprado un bonito anillo de compromiso con una esmeralda, y en el momento más oportuno quería pedirle que se casara con él. Lo haría esa noche.

Allí sentado, tenía el corazón henchido con un amor tan profundo y amplio que lo maravillaba la emoción que en él despertaba Jenny. Desde su llegada, vivían en el piso de Perseo. Todas las noches, después del trabajo, anhelaba las veladas con ella. Preparaban la cena y comían delante de la chimenea, sobre una suave alfombra de alpaca que ella había traído de Agua Caliente. En muchos sentidos, estaba convencido de que las últimas semanas habían sido perfectas, una oportunidad para llegar a conocerse sin que el sexo formara parte de su relación.

No es que no quisiera amarla, por supuesto. Pero las costillas aún le provocaban mucho dolor y ni quería pensar en la idea de aplastarla bajo su peso o lastimarla teniéndola en brazos. Lo último que deseaba era causarle dolor.

Jenny alzó la barbilla y lo miró con una sonrisa suave en la cara. Él se la devolvió y le acarició el hombro mientras tomaba nota. Matt empezaba a descubrir que coordinar ese acontecimiento de cinco días era como trasladar un ejército del punto *A* al *B*. No obstante, estaba impaciente porque terminara la reunión, pues había planeado una noche especial para los dos.

Haces de luz de luna se filtraban a través de las cortinas del dormitorio de Jenny, donde Matt esperaba que saliera del cuarto de baño. La había sorprendido con la cena encargada, con champán, rosas rojas y un frasco del perfume favorito de ella. Todo formaba parte del ritual para decirle que la amaba.

La puerta se abrió.

Él entrecerró los ojos. Esa noche, se había cubierto con la sábana verde oscura, porque no llevaba puesto el pijama. Por lo general, se lo ponía por respeto a Jenny. Pero esa noche todo era diferente.

Ella parecía insegura, envuelta en una suave toalla amarilla. Las manos esbeltas sostenían la toalla contra los pechos, y era evidente que debajo estaba desnuda.

Matt contuvo el aliento. Un anhelo profundo le invadió el corazón y le alimentó el alma al mirarla a los enormes ojos azules.

—Ven aquí... —murmuró con la mano alzada. Extendió los dedos y ella se movió como un cervatillo grácil. En cuanto sus dedos se tocaron, alzó la sábana y la guió a la cama junto a él.

—Estoy nerviosa... Sé que no debería ser así, pero no puedo evitarlo —susurró Jenny. Lo miró con expresión de súplica y añadió con sonrisa traviesa—: Y se supone que debo mostrar mucha

seguridad por todo lo que sucedió en Perú.

—Tienes coraje. Siempre lo tienes —afirmó Matt con voz ronca. Jenny se quitó la toalla y dejó que cayera al suelo, luego se acurrucó contra su cuerpo duro—. Salvar la vida de Daniel no fue una insignificancia, cariño —aseguró mientras le rodeaba los hombros con el brazo y la pegaba a él.

—Me... me siento tan insegura en este momento —musitó con los ojos cerrados. El cuerpo de Matt era poderoso, más de lo que jamás había imaginado. Al pegarse a él, deslizó con timidez la mano por su torso masculino—. Me preocupa no satisfacerte..., que mis pechos sean feos... o demasiado pequeños..., o que no te guste lo suficiente... —ya lo había dicho. Abrió los párpados y lo miró.

La ternura que vio en los ojos de él fue su perdición. ¿Cómo podía preocuparse de semejantes cosas? Vio el amor reflejado en la mirada de Matt. Y cuando este le acarició el pelo y la mejilla y luego le tomó el mentón, supo que toda su ansiedad era infundada.

Cuando fue a abrir la boca para hablar, él le cubrió los labios con los suyos.

—Escúchame, ¿quieres? —susurró. Una palpitación ardiente vibraba en su entrepierna, pero la controló por Jenny—. No hay nada feo en ti, cariño. Para mí eres perfecta. En todos los sentidos. Yo me siento tan asustado y preocupado como tú.

—¿Sí? —abrió mucho los ojos.

—No eres la única persona propensa a los nervios.

Cuando Matt la rodeó con los brazos y la pegó a él, Jenny suspiró. Estaba tan asustado como ella... Buscaba complacerla, darle tanto placer como quería ofrecerle ella. A pesar de ser un hombre de mundo, un héroe, también era terriblemente humano... Eso nivelaba las cosas.

Su ritmo cardíaco desbocado se ralentizó. El miedo que la había atenazado no tardó en disolverse bajo la exploración de los labios de Matt. Jenny respondió al beso y la respiración se le aceleró al pegarse lascivamente contra él.

El gemido que reverberó a través del cuerpo tenso y duro de Matt resonó como un tambor dentro de Jenny. Cuando él se volvió y la bajó sobre el colchón, ella cerró los ojos y emitió un suspiro suave y trémulo. Se permitió iniciar una atrevida exploración con las yemas de los dedos.

—Mírame —ordenó Matt.

En el momento de abrir los ojos, el aliento de Matt le acarició la mejilla. Sonrió y en la expresión intensa de él vio todo el amor que le inspiraba. No había duda. Matt la amaba. Había tal ternura en su expresión. Le provocó un cosquilleo intenso cuando acercó al dedo a la comisura de su boca.

—Para mí eres la mujer más hermosa del mundo —le dijo mientras deslizaba el dedo por su labio inferior—. Y lo único que deseo es besarte hasta hacerte perder el sentido y quedar dentro de ti. Jamás he anhelado tanto a alguien, Jenny... —se inclinó y le dio un beso encendido.

Un fuego poderoso estalló en el centro de Jenny. Cuando la clavó al colchón con todo el peso del cuerpo, su fuerza masculina la hizo sentir en la gloria. Al notar la rígida dureza de Matt en el abdomen, respondió con descaro y pegó aún más las caderas contra él. Matt volvió a gemir. El corazón de Jenny cantaba de júbilo con su poder de mujer.

Perdida en la irreflexiva belleza del placer que comenzaba a vibrar a través de ella, sintió que él apartaba la boca. Los dos respiraban con pesadez. Cuando los labios de Matt se posaron en la cumbre enhiesta de un pezón, ella tembló y gritó de placer mientras se arqueaba para facilitarle la succión. Impotente ante ese ataque, no fue capaz de pensar. Lo único que pudo hacer mientras él introducía una rodilla entre sus muslos fue sentir cómo ascendía en un torrente de placer de pura

naturaleza animal. Le acarició los hombros y abrió los ojos para ahogarse en esa mirada que la llenaba. Justo cuando alzaba las caderas para encontrarse y fundirse con Matt, el cuerpo de él se paralizó momentáneamente.

Un gemido de absoluto gozo subió por la garganta de Jenny cuando él se deslizó despacio entre sus muros prietos y lubricados. Sintió que la abrazaba, que la acunaba como si fuera el ser más inapreciable, frágil y amado del universo. Había preocupación en la cara perlada de sudor y un interrogante silencioso en los ojos. ¿Le hacía daño? ¿Se movía demasiado deprisa? La respuesta de Jenny fue instantánea al arquear las caderas e introducirlo con profundidad dentro de ella. Matt soltó el aliento por los dientes apretados. Levantó la cabeza, cerró los ojos y una mueca torturada le marcó los labios.

Jenny gimió otra vez cuando él se inclinó y le tomó los labios con ardor. Lo sintió embestirla, un hombre reclamando a una mujer. No había palabras para la sensación, para el movimiento poderoso del cuerpo masculino contra el suyo más suave y entregado. Con cada movimiento rítmico, sintió que el fuego se avivaba más en su interior. Le rodeó las piernas con las suyas y se aferró a él con la cara pegada contra el cuello sudoroso.

Una sensación poderosa, como un sol que estallara en su interior, la recorrió en una marea de calor y placer. Arqueada como un arco contra Matt, soltó un grito sobresaltado de gratificación descarnada. Ya no era la Jenny Wright dócil y blanda, no. Bajo la guía y el apoyo del amor de Matt, se había convertido en una mujer de deseo salvaje y primario.

Los momentos giraron en un torbellino de colores, en un arcoiris de estrellas rutilantes que surcaron su cuerpo sudoroso y encendido al alcanzar el clímax una segunda y tercera vez en el espacio de minutos. Matt sabía cómo complacerla, cómo activar su cuerpo y su corazón de un modo que ningún hombre había logrado jamás. Se sintió como un violín del que salían gemidos de deseo y saciedad que él tocaba como un maestro experto en la dirección.

Sintió que Matt se ponía rígido. El gruñido animal que dejó escapar, de posesión y amor, la invadió. Notó que ponía tiosos los brazos que la rodeaban al tiempo que soltaba el aire de los pulmones. Sin soltarlo, comprendió que el amor y la vida de él fluían en lo más hondo de su cuerpo abierto. Sonrió con suavidad y prolongó la liberación de Matt moviéndose una y otra vez de manera sinuosa.

Al final se derrumbó con el nombre de ella en los labios y respiración laboriosa y caótica. Jenny le besó la mejilla áspera y luego la boca entreabierta. Las manos de él le sujetaron los pechos y luego bajaron por sus costados hasta los muslos.

—Eres tan generosa —jadeó. Gotas de sudor le perlaban la frente.

—Tú sí lo eres —corrigió Jenny. Luego rio con ganas—. Nunca había sentido lo que ahora, cariño. Eres tú —susurró con voz trémula. Le enmarcó la cara entre las manos y le sostuvo la mirada—. Me siento como un violín exclusivo y hermoso que acaba de ser tocado por un maestro...: tú.

Él rio entre dientes y se apartó de encima de ella. No quería que su peso aplastara el delicado cuerpo de Jenny.

—¿Un violín? Eres una mujer hermosa, Jenny. Hermosa para mí en todos los sentidos.

El corazón de ella aleteó con un júbilo sin igual.

—¿De verdad? ¿No he estado demasiado mal? ¿También a ti te gustó?

Al ver la ansiedad en sus ojos, él le sonrió y le besó la punta de la nariz.

—Me siento adorado, amado y muy, muy satisfecho, cariño —al instante vio que la preocupación desaparecía de los enormes ojos azules. Le sonrió y le acarició el pelo revuelto—.

Eres mi vida, Jenny. Eres todo lo que puedo querer o desear. Puede que nos esperen tiempos duros, pero has de saber que eso no cambiará mi amor. Y juntos lo superaremos como el buen equipo que fuimos en Perú.

Embriagada, Jenny cerró los ojos y se relajó contra el cuerpo húmedo de Matt. Sintió que este suspiraba desde el mismo centro del alma. Sabía que con él a su lado, podría capear todo lo que les deparara la vida.

—¿Te casarás conmigo?

Jenny abrió mucho los ojos y lo miró. Él la estudiaba con ternura a la luz de la luna. No pudo evitar devolverle la sonrisa. Alzó la mano y le acarició la mejilla.

—Sí...

—No lo lamentarás.

—Lo sé... y tú tampoco.

—Lo sé... —alargó el brazo por encima de ella y abrió el cajón de la mesita de noche. Encontró el estuche y lo sacó. La ayudó a apoyarse en él y se lo dejó en la mano—. Toma, es para ti...

Con el corazón desbocado, Jenny levantó despacio la tapa.

—¡Oh, Matt! —incluso a la luz de la luna, la piedra centelleaba.

Orgullosa, observó su expresión mientras lo contemplaba. En ese momento era como una niña asombrada. Lo miró a los ojos.

—¿Te gusta? —quiso saber Matt.

—¿Si me gusta? —su expresión se suavizó—. Me encanta, cariño —lo extendió hacia él—. ¿Quieres? —alargó la mano izquierda.

Qué fácil resultó introducirse en el dedo pequeño y fino. Matt sonrió con timidez mientras le sostenía la mano y la miraba.

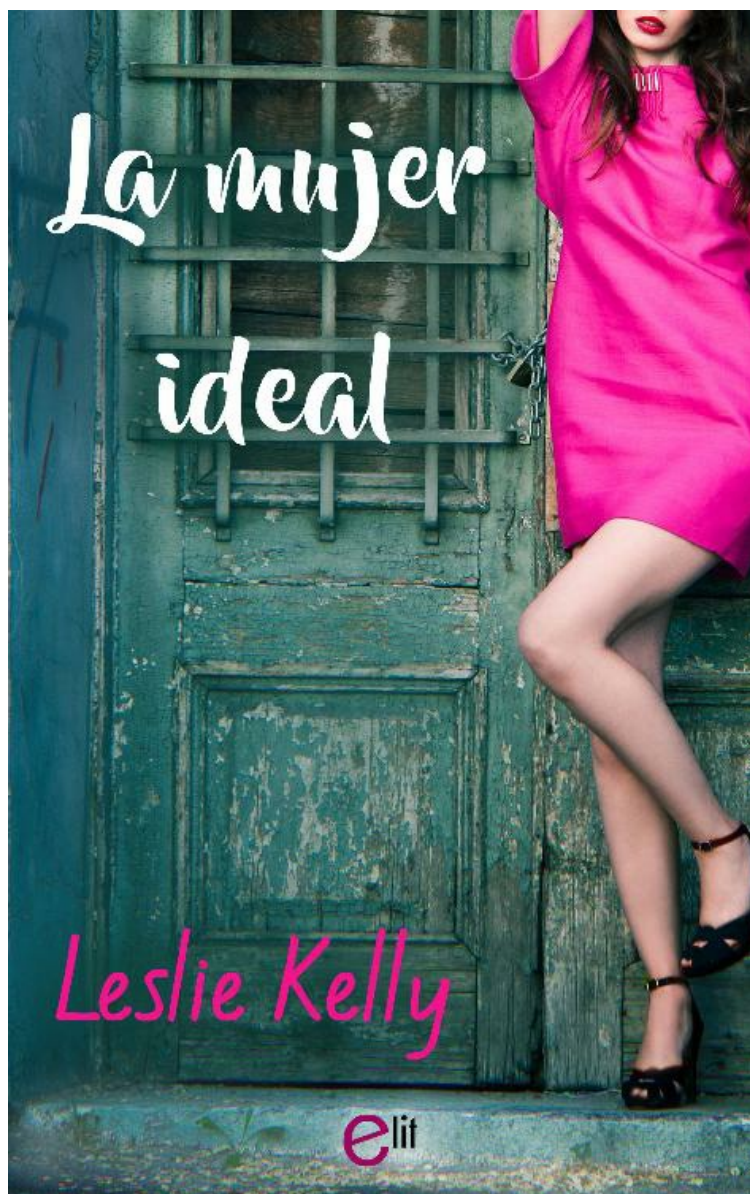
—¿Qué piensas?

Ella sonrió. Vio la esperanza y el amor en la mirada intensa de Matt.

—Sí... —corroboró con voz trémula—. Me casaré contigo...

Necesitó todo su control para no aplastarla contra el pecho. Se inclinó y le dio un beso suave. Mientras la luna los bañaba con un fulgor silencioso, Matt le prometió a Jenny que a partir de ese momento atesoraría cada momento de vida con ella... para siempre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com

Table of Content

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Publicidad](#)